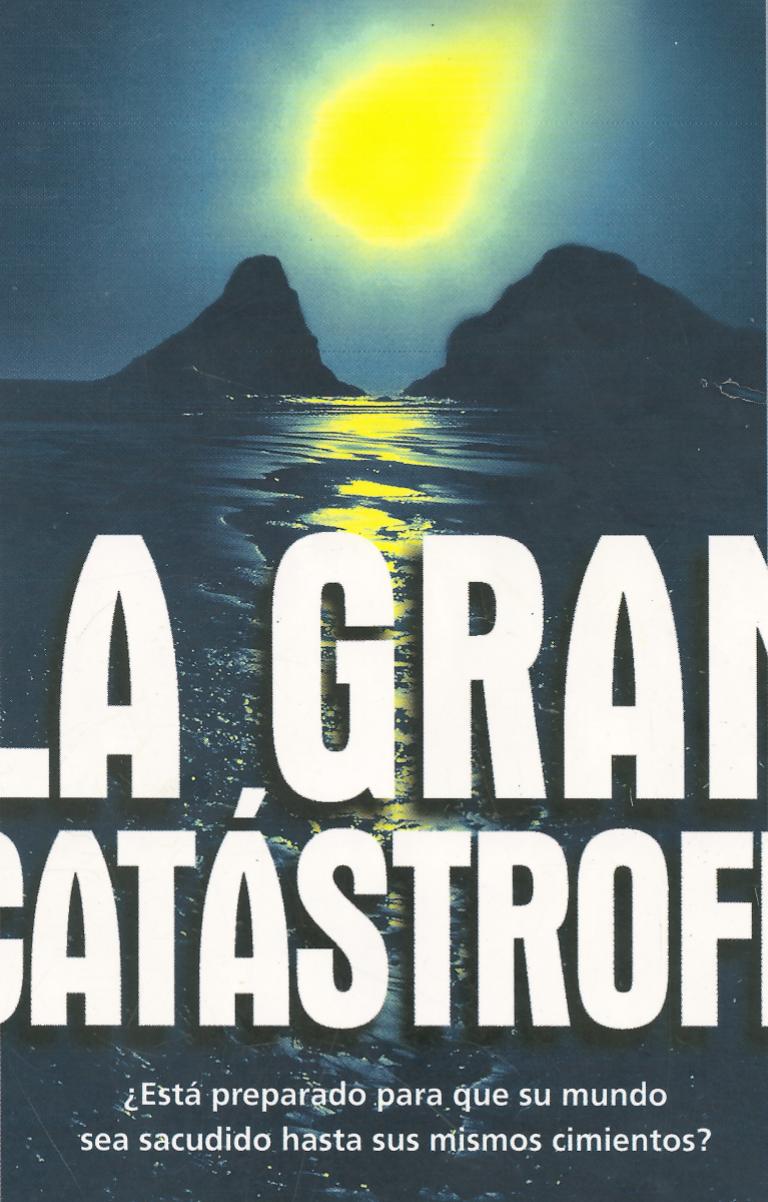


Marvin Moore



LA GRAN CATÁSTROFE

¿Está preparado para que su mundo
sea sacudido hasta sus mismos cimientos?

¿Está preparado para que su mundo sea sacudido hasta sus mismos cimientos?

La religión controlará a los gobiernos de nuestro mundo justamente antes de que Jesús regrese. La Biblia lo predice. Pero algo drástico deberá ocurrir antes para que los poderes espirituales logren cautivar no sólo la atención, sino también la obediencia incondicional de las masas seculares que hoy se ríen de la religión.

Marvin Moore dirige nuestra atención hacia algunas predicciones bíblicas sorprendentes acerca del futuro inminente. Todo podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos en respuesta a calamidades que están más allá de todo lo que la humanidad haya alguna vez experimentado.

Estar prevenido es estar preparado. Prepárese para vivir los eventos que inaugurarán un nuevo orden mundial. *La gran catástrofe* es un aviso, una advertencia. De usted depende estar preparado.

Marvin Moore es editor de la revista *Signs of the Times* [Señales de los Tiempos]. Ya se han vendido miles de ejemplares de sus libros *El desafío del tiempo final* y *El anticristo y el nuevo orden mundial*. Moore expone vastamente acerca de los acontecimientos del tiempo del fin en encuentros campestres y otras reuniones cristianas que solicitan sus presentaciones.



LA GRAN
CATÁSTROFE

LA GRAN

CATÁSTROFE

Por el autor de *El desafío del tiempo final*

MARVIN MOORE

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, Argentina

Título del original: *The Coming Great Calamity*, Pacific Press Publishing Association, Nampa, Idaho, E.U.A., 1997.

Traducción y redacción editorial: Hugo A. Cotro

Diagramación: Eval Sosa

Tapa: Hugo O. Primucci

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

MM - 2M

Es propiedad. © Pacific Press Publishing Association (1997).

© ACES (1999).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-743-2

236	Moore, Marvin
MOO	La gran catástrofe - 1 ^a ed., 1 ^a reimp. - Florida (Buenos Aires): Asociación Casa Editora Sudamericana, 2000. 189 p.; 20x14 cm
Traducción de: Hugo A. Cotro	
ISBN 950-573-743-2	
I. Título - 1. Escatología	

Impreso, mediante el sistema offset, en talleres propios.
230900

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Contenido

Capítulo 1	Cambio de paradigma.....	7
------------	--------------------------	---

Desastres naturales

Capítulo 2	Las armas de Dios	16
Capítulo 3	Los juicios inminentes de Dios	25
Capítulo 4	Señales en los cielos (Parte 1)	41
Capítulo 5	Señales en los cielos (Parte 2)	48
Capítulo 6	Bolas de fuego	62
Capítulo 7	Los cambios de paradigmas y la profecía bíblica	73
Capítulo 8	Los cambios de paradigmas y los desastres	81

Movimientos milenaristas

Capítulo 9	Los desastres y los movimientos milenaristas	85
Capítulo 10	Un engaño moderno	93
Capítulo 11	Una perspectiva diferente del tiempo del fin	108
Capítulo 12	Los desastres y la crisis de Apocalipsis 13.....	122
Capítulo 13	Nuestra responsabilidad para con el mundo	132
Capítulo 14	Preparación para los desastres que se avecinan	139

Capítulo 15	Cómo hacer frente al tiempo del fin sin temor	153
Apéndice A	Reflexiones acerca del fin del tiempo de gracia	166
Apéndice B	Preguntas acerca de una cita del libro <i>Palabras de vida del gran Maestro</i>	178

Cambio de paradigma

En el otoño de 1994 pasé una semana en la casa de un amigo en el sur de California. El domingo de mañana, poco antes que llegara la hora de mi partida rumbo al aeropuerto, se me ocurrió dar una vuelta por su sala de estar, y vi sobre la mesa un ejemplar de la revista *Omni* correspondiente al número de octubre de ese año. Tomé la revista y comencé a hojearla. Un artículo acerca de las apariciones milagrosas de la virgen María cautivó mi atención. He aquí un par de párrafos del artículo en cuestión:

“El 21 de marzo de 1994 el programa noticioso ‘Testigo presencial’, transmitido a las once en punto en Nueva York, terminó con un cable religioso: Una solemne y modestamente vestida familia egipcia y sus amigos colmaron un apartamento en Bensonhurst, Brooklyn, posando reverentemente ante una reluciente estatuilla de cobre que representaba a la virgen María. El comentarista anunció entonces que esa imagen, que la familia Boutros compró en una feria de beneficencia realizada en una iglesia de El Cairo, llora lágrimas de aceite. La cámara mostró entonces la figura exótica

de un hombre barbado y vestido con un largo manto negro: el obispo de la Iglesia Ortodoxa Copta, una rama disidente del cristianismo procedente de Egipto. Él aseguró entonces a la mayor audiencia de Nueva York que efectivamente había ocurrido un milagro.

“Nuevamente en la sala de noticias del canal, el periodista sonríe como diciendo: ‘Quién sabe’. Aquella historia fue un ingrediente más dentro de la variada vida de la gran ciudad” (*Omni*, octubre de 1994, p. 54).

Si usted es un occidental promedio, es probable que al leer lo anterior haya exhalado un suspiro, haya sacudido su cabeza y haya sonreído como el periodista aquél mientras pensaba cuán crédula puede ser cierta gente. Puedo asegurarle que reacciono de la misma manera ante historias como ésa.

Sin embargo, no se sonría demasiado ni suspire tanto, ya que tal vez también nosotros hayamos sido embaucados.

No estoy diciendo que creo que la virgen de cobre haya derramado lágrimas milagrosas de aceite. Si pudiéramos abrir la cabeza de esa imagen metálica, probablemente encontraríamos dentro un depósito de aceite comestible común y corriente conectado mediante un delgado conducto con los ojos de la estatuilla. Y con nuestras mentes lógicas, tan cuidadosamente entrenadas para buscar evidencias lógicas y científicas para todo, proclamaríamos que aquel ícono es un fraude y seguiríamos con nuestras ocupaciones.

La razón por la que digo que tal vez nosotros también hemos sido víctimas del engaño es que en esa historia de la estatuilla hay otros elementos que subyacen tras lo que resulta aparente para el observador ocasional, especialmente para quienes miran las cosas con ojos occidentales y científicos. El artículo de la revista *Omni* va más allá y señala que “el milagro del aceite de Brooklyn es sólo el último episodio dentro de una larga serie de incidentes milagrosos y apariciones relacionadas con la virgen María”, lo cual revela que “un intenso anhelo de tener una

experiencia religiosa, un contacto directo con lo milagroso y lo divino... está haciendo que la gente recorra el país en busca de lugares como Bensonhurst". El artículo de *Omni* declara que muchas personas han tenido visiones en las que contemplaron a la virgen, y menciona algunos de los episodios más conocidos ocurridos en Norteamérica y otras partes del mundo. Algunos de ellos tuvieron lugar en barrios residenciales, lo que hizo que *Omni* comentara que "los norteamericanos de clase media... no logran conciliar la parte consciente, científica, escéptica y mundana de sus mentes con sus anhelos y temores religiosos profundamente emocionales".

Por sobre todo, usted y yo debemos comprender que el tema central de aquella crónica acerca de la estatuilla que lloraba aceite no es la búsqueda de una demostración racional. Es una cuestión de creencia. Se trata de la necesidad que el ser humano tiene de algo *más* que lo racional para todo en la vida. Es la necesidad profunda de lo espiritual.

Cambio de paradigma

Esa necesidad está floreciendo en nuestra sociedad occidental y se le ha dado el nombre de "cambio de paradigma".

Un paradigma es la manera básica como explicamos la realidad. Dos de las maneras más comunes de hacerlo son la científica-racional y la religiosa-sobrenatural. Un cambio de paradigma ocurre cuando una sociedad varía su manera de explicar la realidad. Durante los últimos siglos, el pensamiento occidental ha estado cada vez más basado en explicaciones científicas y racionales de la realidad. Pero se está produciendo un cambio de paradigma incluso mientras usted lee este libro. Y ése es el punto central acerca de la historia de la estatuilla que lloraba. El problema del periodista del noticiero de Nueva York no es que no crea en un presunto origen sobrenatural de aquellas lágrimas de aceite. Su problema es que no es capaz de ver en la fe del humilde sacerdote algo más que mera credulidad. Su pro-

blema es que no logra comprender que la sociedad a la que él está acostumbrado, en la cual reinan soberanas la lógica y la ciencia, está cambiando.

Los seres humanos cambian a veces sus paradigmas rápidamente. Esto ocurre, por ejemplo, cuando un científico se vuelve cristiano. Esto no significa que ese científico renuncie a todas las presuposiciones científicas con las que ha crecido y a las que está acostumbrado. Significa que la ciencia ya no es la única manera o la manera primordial como esa persona explica la realidad.

La sociedad cambia a un ritmo mucho más lento. Un cambio de paradigma dentro de una cultura puede demorar siglos. Ese ha sido al menos el caso en el pasado.

Helenismo

Hace dos mil años, el helenismo dominaba la manera de pensar de la gente a través del mundo mediterráneo desde hacía varios siglos. El helenismo era el mejor esfuerzo que la humanidad había hecho hasta entonces para desarrollar una base racional que permitiera comprender la realidad.

Sin embargo, cuando Cristo vino al mundo, un cambio importante de paradigma ya estaba gestándose. Elena de White lo describe acertadamente en su libro *El Deseado de todas las gentes*:

“‘Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo’. La Providencia había dirigido los movimientos de las naciones, así como el flujo y reflujo de impulsos e influencias de origen humano, a tal punto que el mundo estaba maduro para la llegada del Libertador. Las naciones estaban unidas bajo un mismo gobierno. Un idioma se hablaba extensamente y era reconocido por doquier como la lengua literaria...

“En aquel entonces los sistemas paganos estaban perdiendo su poder sobre la gente. Los hombres se hallaban

cansados de ceremonias y fábulas. Deseaban con vehemencia una religión que dejase satisfecho el corazón. Aunque la luz de la verdad parecía haberse apartado de los hombres, había almas que buscaban la luz, llenas de perplejidad y tristeza. Anhelaban conocer al Dios vivo, con el fin de tener cierta seguridad de una vida allende la tumba” (pp. 23, 24).

Note el interés en la espiritualidad, que Elena de White dice que estaba creciendo en el tiempo cuando Cristo vino a la tierra, hace dos mil años. Numerosas sectas con sus ritos de iniciación y misterios secretos estaban cautivando la mente de las personas en esa época. Una de las más conocidas fue el mitraísmo. Elena de White señala una de las principales razones por las que estas religiones eran tan populares: Los hombres “deseaban con vehemencia una religión que dejase satisfecho el corazón... Anhelaban conocer al Dios vivo, con el fin de tener cierta seguridad de una vida allende la tumba”.

Otra “secta” de aquella época era el cristianismo,* el cual, al igual que el mitraísmo, tenía un rito de iniciación consistente en una purificación (bautismo) y un misterio secreto (la comunión). Usted y yo entendemos que el cristianismo ofrecía la única solución verdadera para esos anhelos. Y ésa es la razón por la que Dios eligió ese período de la historia —cuando la gente estaba buscando la verdad— para establecer su nueva religión: el cristianismo.

Finalmente, el cristianismo conquistó el Imperio Romano y el cambio de paradigma estuvo completo. Durante los siguientes doce siglos, la religión, y específicamente la religión cristiana, fue la manera dominante de pensar en el mundo europeo. El islam prevaleció sobre el cristianismo en el Medio Oriente y en el norte de África, pero también era una religión. En consecuencia, todo el mundo del Mediterráneo fue dominado por patrones de pensamiento religiosos durante la mayor parte del primer milenio y la mitad del segundo.

El Renacimiento

El Renacimiento cambió eso. En 1510, Copérnico anunció que nuestro globo terráqueo era apenas uno de varios planetas alrededor del Sol, y que nuestro mundo no era el centro del universo. Por supuesto que todos los patrones de pensamiento se resistieron tenazmente contra aquella novedad, y los patrones de pensamiento religiosos prevalecientes durante un milenio y medio no fueron la excepción. La iglesia combatió el nuevo conocimiento con ahínco. Aproximadamente ciento veinte años después del anuncio de Copérnico, Galileo fue obligado a retractarse de esta realidad científica ante una corte eclesiástica.

Sin embargo, ninguna autoridad, no importa cuánto tiempo haya dominado las mentes de las personas, puede impedir que éstas cambien su manera de pensar una vez que comienzan a comprender la realidad de acuerdo con un paradigma diferente. A comienzos del siglo XX, la ciencia (o el científicismo) penetró firmemente en los patrones occidentales de pensamiento. Otra designación de esta manera de pensar es “secularismo”, o, como es llamado a menudo, “humanismo secular”. Desde entonces y de manera creciente, las personas a través del mundo comenzaron a explicar la realidad primordialmente en términos seculares, racionales, en lugar de hacerlo desde un punto de vista religioso.

Aun el cristianismo, que pretende basar sus conclusiones en lo sobrenatural, ha sido profundamente afectado por el paradigma racional secular, científico. Por ejemplo, cuando su médico de cabecera se siente perplejo acerca de cuál es el mal que lo aqueja a usted, ¿espera usted que él consulte la Biblia o sus libros de medicina para hacer su diagnóstico? ¿Qué clase de libros piensa usted que leyó su mecánico durante su período de capacitación? Y aunque damos por sentado que en nuestra cultura adventista queremos que la Biblia sea el texto básico para la educación, ¿qué libro espera usted que su hijo o hija estudie en la escuela o colegio si él o ella se están especializando en física o

química?

Este paradigma secular permea nuestras vidas actualmente de una manera inadvertida aún para nosotros mismos. Esperamos que las principales instituciones de nuestra cultura sean seculares: la educación pública, las comunicaciones (noticias, libros, revistas), los entretenimientos, el gobierno, etc. He comprendido cuánto ha afectado este paradigma secular mi propia manera de pensar cierto día en que estaba leyendo una revista popular femenina en la sala de espera de un médico. Mientras hojeaba la revista, encontré un aviso publicitario de un producto religioso, y tuve la extraña sensación de que tal aviso estaba fuera de lugar en aquella revista. Tuve que detenerme y convencerme a mí mismo de que el fabricante de un producto religioso tenía tanto derecho como cualquiera a publicitar su producto en esa revista.

Este patrón secular, científico, de pensamiento ha dominando la cultura occidental durante mi generación, así como también durante la de mis padres y abuelos. La mayoría de las personas probablemente se sienten cómodas con la idea de que esta ideología ha alcanzado su apogeo a mediados del siglo XX, con la explosión de la bomba atómica sobre Japón en 1945 y el alunizaje de la nave Apolo en 1969.

La Era de Acuario

No obstante, encuentro sumamente significativo el hecho de que el siguiente cambio importante de paradigma dentro de la cultura occidental ya estaba en marcha cuando Neil Armstrong dio su primer paso en la Luna. El movimiento *hippie* de la década del 60 puede parecer un candidato demasiado insignificante como para ser considerado una primicia del nuevo cambio de paradigma, pero eso fue exactamente lo que ocurrió. Porque si definimos la espiritualidad como la vida basada en la intuición y en la "luz interior" en oposición al racionalismo, entonces encontramos que el hipismo fue algo profundamente espiritual. Fue tam-

bien una rebelión contra el científicismo y una afirmación de valores diferentes del dinero y la tecnología, dos de las características distintivas del paradigma científico-racional.

El movimiento de la Nueva Era es otra evidencia del profundo cambio de paradigma que está produciéndose ahora mismo, mientras usted lee estas palabras. Los cristianos conservadores creen que el movimiento de la Nueva Era es algo falso, pero ése no es el punto central de esta discusión. Lo que importa es que la Nueva Era también rechaza la ciencia y la tecnología como fuentes únicas de la verdad. Los entusiastas de la Nueva Era creen que la era de Piscis está dando lugar a la de Acuario, la cual pretenden que se caracterizará por el logro de la paz mundial.

El movimiento de los Doce Pasos es otra evidencia de que estamos entrando en una era que destaca la espiritualidad tanto como el racionalismo. Este movimiento se inició a fines de 1930 con un grupo de alcohólicos en Akron, Ohio. Sin embargo, durante sus primeros veinte o treinta años de existencia se limitó al tratamiento de personas alcohólicas. Fue recién dos o tres décadas atrás cuando esa terapia llegó a ser ampliamente aceptada como una manera de vencer una gran variedad de conductas compulsivo-obsesivas. Y este movimiento centrado en lo espiritual y que no está vinculado a ninguna religión ha florecido durante el mismo período en el que las ideas espirituales de la Nueva Era han estado captando la atención del mundo entero.

Las así llamadas "experiencias extracorpóreas" son otra evidencia de la creciente importancia que los occidentales de fines del siglo XX están concediendo a la espiritualidad a expensas del racionalismo. El interés en los ángeles y en las apariciones de la virgen María también son evidencias de este cambio de paradigma que está ocurriendo.

Un fenómeno que está captando la atención de los adventistas del séptimo día en Norteamérica es la creciente influencia

de la Derecha Religiosa, cuya expresión más obvia es el movimiento conocido como Coalición Cristiana. La creciente popularidad de programas radiales conservadores como el de Rush Limbaugh va de la mano con el aumento del poder de la Derecha Religiosa. Y a nivel mundial vemos a la Iglesia Católica Romana emerger como una especie de policía moral del mundo. En relación con ciertos asuntos morales, ¡incluso los musulmanes fundamentalistas están aliándose con ellos!

Sí, un cambio de paradigma de grandes proporciones está ocurriendo en todo el mundo, no sólo en Occidente. Ese cambio consiste en un alejamiento respecto de las fuentes seculares de autoridad y de las maneras seculares de entender la realidad, para acercarse a autoridades espirituales y maneras espirituales de explicar la realidad.

Por favor, preste cuidadosa atención a lo que expresaré seguidamente, porque creo que ello constituye una de las evidencias más significativas de que estamos viviendo en el tiempo del fin: Dios eligió un momento histórico cuando estaba ocurriendo un cambio capital de paradigma en la sociedad occidental para enviar entonces a su Hijo al mundo por primera vez. La evidencia sugiere que él está eligiendo un momento histórico similar a aquél para enviar a su Hijo al mundo por segunda vez.

Referencia

* El hecho de que nos refiramos al cristianismo como una “secta” puede sonar ofensivo. Sin embargo, el vulgo del primer siglo consideraba el cristianismo como una secta.

Las armas de Dios

Demos un paseo juntos. Vamos a ir hacia atrás en el tiempo: antes del nacimiento de Jesús, antes de Daniel, antes de David e incluso de Jacob. Vamos a viajar hacia atrás en el tiempo hasta llegar a la época de Abraham. Pero no vamos a visitarlo a él. En este viaje vamos a ir hasta Sodoma para conocer al hermano Lot.

Imaginemos que somos Lot y su esposa.

Estamos sentados a la entrada de la ciudad un caluroso atardecer, en pleno verano, contemplando los torbellinos de polvo que crea el viento en el desierto. De pronto vemos dos siluetas humanas que se recortan a la distancia. Viene en dirección a nosotros por el camino que conduce a la ciudad, y a medida que se aproximan nos damos cuenta de que son extranjeros.

De acuerdo con la buena tradición de los habitantes del desierto de aquella región, los invitamos a hospedarse en nuestra casa, y aunque en un primer momento se niegan, finalmente logramos persuadirlos de que nos acompañen.

Después de la cena, mientras conversan como parte de la

sobre mesa, nos sentimos impresionados por su manera agradable de ser. Nos parecen las personas más amigables que hayamos conocido. Quisiéramos que en el pueblo hubiera más gente como ellos. Los instamos entonces a radicarse en el lugar, a quedarse y formar parte de la comunidad; pero ante esa sugerencia, nuestros visitantes se sumen de pronto en un extraño silencio. Intercambian miradas de preocupación, y por primera vez nos sentimos incómodos en su presencia.

Cuando preguntamos si pasa algo malo, uno de ellos carraspea para aclarar su garganta, como si se dispusiera a decir algo, y luego hace una pausa mientras desliza su dedo sobre el mantel. Ambos hombres permanecen en silencio durante un largo rato. De alguna manera sentimos que tampoco nosotros deberíamos romper aquel silencio, así que permanecemos sentados y esperamos. Finalmente, uno de ellos decide hablar.

—Dios va a destruir esta ciudad —dice.

Nosotros nos ponemos de pie de un salto.

—¿Cuándo? —preguntamos.

Mirándonos directamente a los ojos, nuestro invitado contesta:

—Mañana.

—¿Cómo? —preguntamos—. ¿Qué hará?

Pero nuestro huésped guarda silencio. Lo único que dice es lo siguiente:

—Avisen a todos los familiares que tienen en la ciudad que huyan por sus vidas antes de que amanezca. No deben demorarse.

Es casi medianoche, pero salimos apresuradamente a la calle. Al llegar a la casa de nuestro hijo, golpeamos con energía la puerta. Un momento después escuchamos su voz:

—¿Quién es?

—Somos nosotros, mamá y papá —exclamamos—. Ábre-nos. Debemos decirte algo. ¡Es terriblemente urgente!

Nos precipitamos dentro tan pronto como él abre la puerta.

—¡Hijo, saca a tu familia de esta ciudad! Dios la destruirá mañana.

La boca de nuestro hijo permanece abierta de asombro, y da un paso hacia atrás:

—Mamá, papá, ¿se han vuelto locos? ¿Quién les dijo semejante estupidez?

Entonces señalamos hacia nuestra casa.

—Los extranjeros que están parando con nosotros. Ellos nos lo dijeron.

Nuestro hijo mira hacia el piso y sacude su cabeza, y entonces, con su mirada todavía fija en el suelo, exhala un suspiro y frota su frente con su mano. Un momento luego nos mira mientras sonríe de manera condescendiente.

—Papá —dice—, ya te dije que no metas esa clase de locos en tu casa. Están mal de la cabeza. ¡Esta ciudad está perfectamente a salvo!

Le rogamos, le imploramos y argüimos con él durante media hora, pero en vano. Nuestro hijo está convencido de que nos hemos vuelto fanáticos religiosos. Finalmente nos vamos de allí rumbo a la casa de nuestra hija mayor y su esposo. Obtenemos de ellos la misma respuesta. Papá y mamá se han vuelto locos. Cada uno de nuestros cinco hijos que se fueron de casa nos dicen que hemos perdido la razón y que no tienen intención alguna de abandonar la ciudad sólo porque dos extraños digan que Dios la destruirá.

Al llegar la mañana, toda la ciudad ha escuchado acerca del asunto y todos sus habitantes se ríen de ello. Todos parecen presa de un ataque de histeria mientras aquellos dos extraños nos toman de la mano y nos sacan presurosos de allí. Aunque ya estamos casi a un kilómetro de la ciudad, todavía podemos escuchar el débil eco de las lejanas carcajadas.

Pero los dos extraños no nos dan tiempo de escuchar.

—¡Huyan por sus vidas! —exclaman—. No miren hacia atrás.

Media hora después escuchamos un estruendo ensordecedor, y nos damos cuenta de que la advertencia que nos hicieron aquellos dos desconocidos era cierta. Nuestros corazones se duelen por nuestros hijos y sus familias, pero tenemos que seguir avanzando.

¿Le parece ahora más real la historia de Sodoma? Espero que sí. Pero sigamos imaginando un poco. Volvamos a Sodoma en el momento mismo en que el fuego y el azufre caen sobre ella. ¿Qué oiríamos decir a sus habitantes? ¿Cómo debieron sentirse apenas unos segundos o instantes después que el fuego cayó? ¿Qué pensamientos habrán surcado sus mentes? De algo podemos estar seguros: Ya no se reían. ¡No, no! Estaban dolorosa y terriblemente conscientes de que la advertencia que habían recibido la noche anterior era absolutamente veraz. Súbitamente, el Dios de Lot, al que habían despreciado todos esos años, demostró tener el control pleno de la situación, exactamente como Lot les había dicho.

Supone usted que Lot y su esposa se preguntaron si la advertencia de los ángeles podía ser una gran broma? ¿Estuvieron tentados a sentir que hacían el ridículo mientras los ángeles los sacaban de la ciudad en medio de la multitud escarnecedora? En ese momento el cielo estaba azul y las nubes de buen tiempo se desplazaban serenamente. No había en ninguna parte señal alguna de un desastre inminente, pero los ángeles gritaban “peligro” con todas sus fuerzas. Y todos, excepto Lot y su familia, estaban allí, de pie, riendo a carcajadas. El y su esposa estaban huyendo de este supuesto peligro precisamente cuando el resto de su mundo estaba preparándose como de costumbre para otro día de actividades.

Sí, estoy seguro de que Lot y su familia se sintieron unos tontos. Estoy seguro de que se preguntaron si aquello era realmente cierto. Y es probable que usted y yo habríamos sentido lo

mismo en su lugar. Pero ellos dieron la voz de alarma y actuaron en armonía con ella. Y Dios los preservó del desastre.

Las armas de Dios

Dios podría haber usado al ejército de otra nación para destruir a Sodoma y Gomorra. Ciertamente había permitido que eso ocurriera apenas unos años antes, tal vez como una advertencia (véase Gén. 14:1-24). De haber procedido así, él habría permanecido tras bambalinas, utilizando para lograr su propósito lo que a los ojos humanos habría parecido simplemente el desarrollo normal de los acontecimientos humanos. Excepto por la interacción de los habitantes de Sodoma y Gomorra con Lot y Abraham, quienes los rescataron, aquéllos no fueron conscientes de la participación divina en la derrota y recuperación de su ciudad. Dios usualmente ejecuta su voluntad en el mundo por medio de tales acontecimientos naturales.

Pero en unas pocas ocasiones, Dios ha decidido cumplir su propósito confrontando a los seres humanos directamente con las armas divinas.

“¿Las armas de Dios?”, se pregunta usted.

Sí. ¿No sabía usted que Dios tiene armas? Déjeme hablarle de ellas. Sus armas son las fuerzas de la naturaleza. Por ejemplo, Dios dijo a Job:

“¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, *que tengo reservados para el tiempo de angustia, para el día de la guerra y de la batalla?*” (Job 38:22, 23).

Dios dijo que usa las fuerzas de la naturaleza como armas para la batalla. Esto es con frecuencia evidente en los salmos:

“La tierra fue commovida y tembló; se commovieron los cimientos de los montes, y se estremecieron, porque se indignó él... Puso tinieblas por su escondedero, por cortina suya alrededor de sí; oscuridad de aguas, nubes de los cie-

los. *Por el resplandor de su presencia, sus nubes pasaron; granizo y carbones de fuego. Envío sus saetas y los dispersó; lanzó relámpagos y los destruyó.* Entonces aparecieron los abismos de las aguas, y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, a tu reprepción, oh Jehová, por el soplo del aliento de tu nariz” (Sal. 18:7, 11-15).

Una descripción similar se encuentra en Isaías 29:5-7. Note que aquí Dios usa nuevamente las fuerzas de la naturaleza contra los impíos que atacan a Ariel, es decir, a Jerusalén:*

“Y la muchedumbre de tus enemigos será como polvo menudo, y la multitud de los fuertes como tamo que pasa; y será repentinamente, en un momento. Por Jehová de los ejércitos serás visitada *con truenos, con terremotos y con gran ruido, con torbellino y tempestad, y llama de fuego consumidor.* Y será como sueño de visión nocturna la multitud de todas las naciones que pelean contra Ariel, y todos los que pelean contra ella y su fortaleza, y los que la ponen en apretura”.

“Oh, Dios está hablando de manera metafórica en esos versículos”, dirá usted.

Puesto que nunca hemos visto a Dios usar los elementos naturales de esa manera, es fácil para nosotros suponer que estos pasajes de los salmos y de los profetas son sólo metáforas. Sin embargo, un breve vistazo a la historia bíblica nos ayuda a comprender que en los momentos cuando Dios intervino de manera más dramática y poderosa en los asuntos humanos, utilizó las fuerzas de la naturaleza para cumplir su propósito.

Tomemos la historia que estuvimos justamente considerando. La Biblia dice que Dios “hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego” y que esas ciudades fueron consumidas (véase Gén. 19:24). Elena de White hace un comentario interesante acerca de este incidente: “Cuando el sol salió por última vez sobre las ciudades de la llanura, la gente pensó que comenzaría otro día de impío libertinaje. Todos planeaban con avidez sus ocupaciones o sus placeres, y el mensajero de Dios

fue escarnecido por sus temores y sus advertencias. De pronto, como el trueno retumba en un cielo sin nubes, cayeron bolas de fuego sobre la ciudad condenada” (*Comentario bíblico adventista*, t. 5, pp. 1096, 1097).

No sabemos si estas “bolas de fuego” fueron el resultado de alguna causa conocida, como un volcán o meteoritos, o si Dios prescindió de las fuerzas usuales de la naturaleza y produjo las bolas de fuego “milagrosamente”. No obstante, los pasajes que acabamos de leer en la Biblia sugieren que el método más comúnmente usado por Dios consiste en dirigir las fuerzas naturales existentes en el universo. Este fue seguramente el caso en otros dos acontecimientos dramáticos de la historia bíblica.

Egipto y el éxodo

Cuando Jacob fue a Egipto para estar cerca de su hijo José, Dios permitió que sus descendientes permanecieran allí durante muchos años. No obstante, cuando Dios estaba listo para reinstalarlos en la tierra de Canaán, ellos habían sido esclavizados por un poderoso faraón que no quería dejarlos ir. Dios pudo haber traído a alguna otra nación contra el faraón para que lo derrotara, pero nuevamente decidió utilizar las fuerzas de la naturaleza.

No creo necesario recordarle la historia. Diez plagas terribles cayeron sobre la tierra, devastando Egipto. Cuando Dios terminó, todos los cultivos habían sido destruidos, una tormenta había dañado muchos de los edificios, la enfermedad había matado a la mayoría del ganado y el primogénito de cada familia estaba muerto.

Pero el propósito de Dios estaba cumplido. El liberó a su pueblo del poder del faraón y lo puso en camino hacia una nueva tierra. Cuando el faraón y su ejército persiguieron a los israelitas para esclavizarlos nuevamente, Dios usó de nuevo las fuerzas de la naturaleza para liberar a su pueblo. Hizo que las aguas del Mar Rojo se separaran lo suficiente como para que

los israelitas pudieran huir hasta llegar a la margen contraria, y luego reunió nuevamente las aguas del mar e hizo que ahogaran a los egipcios.

El diluvio

El más sobresaliente ejemplo bíblico de la intervención de Dios en los asuntos humanos mediante las fuerzas de la naturaleza es, por lejos, el diluvio de Noé, que ocurrió, de acuerdo con la cronología bíblica, poco menos de cinco mil años atrás. La Biblia dice que todas las fuentes del gran abismo se rompieron, y que las cataratas de los cielos fueron abiertas. Estos son eventos de la naturaleza utilizados por Dios para acarrear la destrucción de un mundo pecaminoso que había llegado a estar moralmente fuera de control.

Si los científicos de hoy hubieran vivido en el momento del diluvio, y hubieran tenido acceso a la tecnología del siglo XX, no me cabe duda de que podrían habernos dicho exactamente qué fue lo que hizo que las fuentes del gran abismo se rompieran y las cataratas de los cielos fueran abiertas. Lo primero sugiere que un terremoto de alcance mundial rompió los sistemas hídricos subterráneos del planeta, permitiendo de esa manera que las aguas inundaran la tierra. Elena de White se refirió a “torrentes de aguas” que “brotaban de la tierra con fuerza indescriptible, arrojando al aire, a centenares de pies [Nota de los editores del libro citado: 100 pies equivalen a 30,5 metros], macizas rocas” (*Patriarcas y profetas*, p. 87).

Es difícil siquiera suponer qué pudo haber precipitado la condensación de cantidades masivas de agua en la atmósfera, haciendo que ello viniera a sumarse a la inundación de la tierra. La Biblia sólo dice que ocurrió. No dice por qué. Esenteramente posible que un mismo y único evento provocara tanto el terremoto como la condensación de agua en la atmósfera.

Lo único de lo que podemos estar seguros es esto: cuando se produjo el diluvio, Dios utilizó las poderosas fuerzas de la

naturaleza para cumplir su voluntad. Utilizó los fenómenos naturales para destruir las obras de los seres humanos pecaminosos. Empleó sus propias armas de guerra.

Referencia

* Véase el *Comentario bíblico adventista*, tomo 4, página 254, donde se comenta Isaías 29:1.

Los juicios inminentes de Dios

Dios está a punto de intervenir nuevamente con sus armas de guerra. Me refiero al segundo advenimiento de Cristo y a los acontecimientos que conducirán a ello.

Pocos adventistas del séptimo día tienen idea de cuán severa es la crisis que enfrenta el mundo. Desastres naturales horribles se abatirán sobre nuestro planeta; desastres que eclipsarán por su magnitud a aquéllos a los que estamos acostumbrados, haciendo que parezcan insignificantes. A diferencia de nosotros, Elena de White no desconocía estas cosas. Ella no tenía duda alguna acerca de la terrible naturaleza de los desastres que vendrán sobre el mundo en los días finales de la historia de la tierra.

Sospecho que nuestra ignorancia al respecto se debe en gran medida a dos factores. Primero, Elena de White nunca escribió un libro entero o siquiera un capítulo entero acerca de estos desastres. Tendremos que espigar sus declaraciones acerca de los desastres naturales venideros en sus distintos escritos y colocarlas juntas por nosotros mismos para obtener un cuadro abarcante, completo. Pero hasta donde yo sepa, nunca nadie ha

hecho eso.¹ Este capítulo representa un esfuerzo sólo parcial en esa dirección.

Segundo, Elena de White parece haber desarrollado una preocupación especial por este tema alrededor de 1895, lo cual continuó por lo menos hasta 1905. Durante este período, Dios le mostró más acerca de la naturaleza y extensión de los desastres naturales venideros que nunca antes. Sin embargo, la primera edición de su obra magna acerca de los acontecimientos del tiempo del fin —*El gran conflicto*— fue publicada en 1888, varios años antes que Dios comenzara a revelarle más plenamente la extensión de los desastres venideros. Si ella hubiera tenido conocimiento de esos juicios futuros cuando escribió *El gran conflicto*, no tengo dudas de que habría dicho mucho más acerca de ellos. Puesto que no hizo comentarios acerca de ellos en *El gran conflicto*, hemos permanecido mayormente ajenos a ellos.

En este capítulo analizaremos algunas de las más decisivas declaraciones de Elena de White acerca de los desastres venideros. Mi propósito al compartir estas declaraciones con usted es darle una idea de la magnitud de la crisis que se encuentra frente a nosotros. Dividiré los comentarios de Elena de White en varias categorías.

Una crisis terrible se avecina

Elena de White expresó de manera apremiante, durante los últimos años de su vida, que una crisis terrible está por sobrevenir al mundo:

“Nos hallamos en el mismo umbral de la crisis de los siglos. En rápida sucesión se seguirán unos a otros los castigos de Dios: incendios e inundaciones, terremotos, guerras y derramamiento de sangre” (*Profetas y reyes*, p. 208).

Note que después de referirse a la “crisis de los siglos”, Elena de White prosigue para describir esa crisis en términos

de desastres naturales: “Se seguirán unos a otros los castigos de Dios: incendios e inundaciones, terremotos, guerras y derramamiento de sangre”. ¡Estas son las armas de guerra de Dios!

He aquí una declaración interesante con implicaciones significativas acerca de los desastres naturales como armas de guerra de Dios:

“El arsenal del cielo está abierto; todo el universo de Dios y sus pertrechos están listos. La justicia sólo necesita pronunciar una palabra para que se desencadenen terribles manifestaciones de la ira de Dios sobre la tierra. Habrá voces, truenos, relámpagos, terremotos y desolación universal. Cada movimiento en la extensión de los cielos tiene el propósito de preparar al mundo para la gran crisis (*Special Testimonies* [Testimonios especiales], serie A, 1b:38).

La frase inicial de esta declaración resulta particularmente significativa. Elena de White dice que “el arsenal del cielo está abierto”. Un arsenal es un depósito de armas. Las armas de Dios, como vimos en el capítulo anterior, son las fuerzas de la naturaleza, y Elena de White dice que esas armas son “truenos y relámpagos y terremotos”, los cuales provocarán “desolación universal”.

Después de referirse al arsenal de Dios, Elena de White dice que “todo el universo de Dios y sus pertrechos están listos”. La expresión “el universo de Dios” se refiere casi con certeza a los habitantes leales del universo que se encuentran fuera de nuestro mundo, incluyendo a los ángeles. Según mi parecer, los “pertrechos”* de este “universo” son las armas almacenadas en el arsenal de Dios.

Elena concluye este párrafo diciendo que “cada movimiento en la extensión de los cielos tiene el propósito de preparar al mundo para la gran crisis. Esta “gran crisis” es sin duda la “crisis

* Nota del Traductor: El original dice *equipments*; literalmente: “equipos”.

de los siglos” acerca de la cual leímos en la declaración previa. Ella será obviamente causada por las armas contenidas en el arsenal de Dios, cuando él y sus ángeles hagan uso de sus “pertrechos”.

Así, resulta sumamente claro que las armas de Dios —las fuerzas destructivas de la naturaleza— serán elementos clave en la preparación de la crisis mundial venidera.

Una serie de desastres

Elena de White también entendió que esta crisis será precipitada por muchos desastres naturales, no apenas por uno o dos. Ya vimos esto en la declaración de *Profetas y reyes*, según la cual: “En rápida sucesión se seguirán unos a otros los castigos de Dios”. Las siguientes declaraciones se refieren al mismo tema: “Dios no puede soportar mucho más. Sus juicios están comenzando a caer en algunos lugares, y su señal de desaprobación pronto será sentida en otros lugares. Habrá una serie de acontecimientos que pondrán de manifiesto que Dios es el amo de la situación” (*Testimonies for the Church* [Testimonios para la iglesia], t. 9, p. 96).

Note en primer lugar que Elena de White comienza su declaración llamando la atención a los juicios que ya estaban cayendo sobre el mundo “en algunos lugares” en su tiempo. Luego, ella dice que “su señal de desaprobación pronto será sentida en otros lugares”. En este contexto, es evidente que la “serie de acontecimientos” predichos por ella también serán desastres naturales. Y su expresión “serie de acontecimientos” no deja lugar a dudas en el sentido de que los desastres venideros serán muchos, no apenas uno o dos.

Ella también dice que estos desastres revelarán “que Dios es el amo de la situación”. La mayoría de los lectores probablemente recuerda los dramáticos acontecimientos ocurridos durante la segunda mitad de 1989, cuando las naciones del este de Europa rompieron con el comunismo y la dominación soviética.

Eso fue claramente “una serie de acontecimientos”, y todavía puedo recordar que las revistas adventistas de entonces afirmaron que esos acontecimientos señalaban el control que Dios tiene de los asuntos de las naciones. Una serie similar de acontecimientos —esta vez serán desastres naturales— revelarán nuevamente que Dios controla el mundo.

He aquí otra declaración que sugiere que habrá más de un desastre natural como parte de la gran crisis final: “Cuando la crisis esté sobre nosotros, cuando venga el tiempo de la calamidad, ellos [personas provenientes de otras iglesias] avanzarán para ocupar la vanguardia, se ceñirán la armadura completa de Dios y exaltarán su ley” (*Mensajes selectos*, t. 3, pp. 441, 442).

Esta declaración comienza refiriéndose a “la crisis”. Elena de White está ciertamente refiriéndose a la crisis final del mundo que mencionamos en la sección anterior. Note ahora las primeras dos expresiones de esta cita: “Cuando la crisis esté sobre nosotros, cuando venga el tiempo de la calamidad...” No voy a complicarle la vida analizando la estructura gramatical de estas frases. No obstante, aun una mirada somera deja en claro que la crisis y el tiempo de la calamidad son lo mismo.

Un tiempo* es un período breve. Eso significa que habrá un breve período durante el cual vendrán calamidades sobre la tierra. Aunque ahora vemos calamidades por doquier en el mundo, no podríamos decir que constituyen “un tiempo de calamidad”. Creo que cuando llegue ese tiempo de calamidad, todo el pueblo de Dios, y el mundo entero, se darán cuenta de ello.

La siguiente declaración deja absolutamente en claro que se aproxima un tiempo de múltiples calamidades: “Acontecerán calamidades, calamidades de lo más pavorosas, de lo más inesperadas; y estas destrucciones se seguirán la una a la otra” (*El evangelismo*, p. 24).

* Nota del Traductor: En el original inglés dice *season*.

Elena de White inicia esta declaración señalando que “calamidades de lo más pavorosas” acontecerán en el mundo, y luego dice que “estas destrucciones se seguirán la una a la otra”. Nuevamente aquí debemos comprender que en la crisis venidera habrá muchos juicios de Dios, no apenas uno o dos.

Naturaleza de los desastres venideros

¿Qué clase de desastres podemos esperar durante ese tiempo de crisis? La misma clase que los experimentados por el mundo actualmente pero con una intensidad mucho mayor. Elena de White habló de terremotos, volcanes, hambres, epidemias y marejadas enormes, entre otros.

“Terribles sacudidas sobrevenirán a la tierra, y las construcciones de lujo erigidas a gran costo llegarán a ser, sin duda, montones de ruinas. La corteza terrestre se abrirá por el estallido de los elementos ocultos en las profundidades de la tierra” (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 447).

Las “terribles sacudidas” de las que habló Elena de White probablemente se refieren a terremotos, particularmente en vista de que ellas harán que “las construcciones de lujo erigidas a gran costo” se conviertan en “montones de ruinas”. Y su comentario acerca de que la corteza terrestre se abrirá por el estallido de los “elementos ocultos en las profundidades de la tierra” parecen referirse claramente a los volcanes.²

“En las escenas finales de la historia de esta tierra, la guerra prevalecerá. Habrá epidemias, mortandad y hambre. Las aguas del abismo rebasarán sus límites. Incendios e inundaciones destruirán la propiedad y la vida” (*Review and Herald*, 19 de octubre de 1897; *Maranata*, p. 172).

La primera declaración de esta cita habla de guerra y epidemias (“pestilencia”, “plagas”), y hambre. Elena de White hace

luego un comentario sumamente interesante. Ella dice que “las aguas de las profundidades se desbordarán”. Las “aguas de las profundidades” son los océanos, y sus “límites” son las costas. El nombre del desastre causado por el océano cuando traspasa los límites costeros naturales es “marejada gigante” o “tsunami” (la palabra japonesa que designa tales fenómenos).

Elena de White habló por lo menos dos veces acerca de mareas gigantescas que ocurrirán cuando llegue el fin del tiempo. He aquí una de ellas: “‘Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas’ (Luc. 21:15). Sí, ellos traspasarán sus límites, y habrá destrucción en su camino” (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 477).

Terribles calamidades sobre las ciudades

Elena de White llamó especialmente la atención a las ciudades, como focos de los juicios de Dios cuando el tiempo termine. Las siguientes citas son apenas unas pocas de entre las muchas que yo podría compartir con usted: “Las ciudades llenas de transgresión y pecaminosas en extremo, serán destruidas por terremotos, incendios e inundaciones” (*El evangelismo*, p. 24).

“Falta poco para que las grandes ciudades sean barriadas” (*Ibid.*, p. 26).

“¡Ojalá que el pueblo de Dios tuviera una noción de la destrucción inminente de millares de ciudades, ahora casi entregadas a la idolatría!” (*Ibid.*, p. 29).

Note que en la última declaración, Elena de White dice que “millares de ciudades” serán destruidas. El plural “millares” sugiere por lo menos dos millares o miles. El huracán Andrés, que azotó las costas de Florida y Louisiana en 1993, fue el que mayores pérdidas materiales produjo en la historia de Estados Unidos, aunque sólo destruyó una ciudad pequeña: Momestead, en Florida. Esto conduce naturalmente a la si-

guiente pregunta: ¿Qué clase de desastre o de desastres serán necesarios para destruir dos mil ciudades o más?

Los juicios de Dios antes del fin del tiempo de gracia

Una de las preguntas más significativas que podemos hacer en relación con todo esto es si estos juicios de Dios ocurrirán antes o después del fin del tiempo de gracia. En el pasado, muchos adventistas, al leer las declaraciones de Elena de White antes citadas, probablemente daban por sentado que ella estaba describiendo eventos que ocurrirían durante el derramamiento de las últimas siete plagas. Esto, por supuesto, sería después del fin del tiempo de gracia. Sin embargo, la evidencia presente en los escritos de la Sra. White no deja lugar a dudas de que muchos de estos juicios ocurrirán antes del fin del tiempo de gracia. Ya hemos visto en este capítulo la primera parte de la cita que transcribimos seguidamente. No obstante, esta vez incluiremos una porción adicional del texto que nos permitirá entender cuándo ocurrirán estos juicios de Dios en relación con el fin del tiempo de gracia:

“Acontecerán calamidades, calamidades de lo más pavorosas, de lo más inesperadas; y estas destrucciones se seguirán la una a la otra... Las ciudades de las naciones serán tratadas con estrictez, y sin embargo no serán visitadas con la extrema indignación de Dios, porque algunas almas renunciarán a los engaños del enemigo, y se arrepentirán y convertirán, mientras que las masas estarán atesorando ira para el día de la ira” (*El evangelismo*, pp. 24, 25).

Note que el contexto de esta cita es el tiempo cuando las calamidades “más pavorosas, de lo más inesperadas” caerán sobre el mundo una tras otra. Se trata incuestionablemente del tiempo de la crisis final, el tiempo de calamidad acerca del que leímos antes, cuando “una serie de acontecimientos” pondrán de manifiesto que Dios es el “amo de la situación”. Note que

ella dice que como resultado de estos juicios terribles, "algunas almas renunciarán a los engaños del enemigo, y se arrepentirán y convertirán". Tenemos que ubicar el momento al que ella se refiere antes del fin del tiempo de gracia, puesto que nadie dejará a Satanás para ponerse del lado de Dios tras la terminación del tiempo de gracia.

Dos clases de calamidades caerán sobre el mundo como juicios de Dios cuando termine el tiempo. Las primeras serán juicios *de advertencia*. Estos ocurrirán antes que termine el tiempo de gracia y representarán el esfuerzo de Dios por despertar a la humanidad y llamar su atención al hecho de que se acerca el fin del tiempo de gracia y del mundo. Estos juicios serán el último llamamiento de Dios a la humanidad, su invitación final a que los hombres y las mujeres acepten a Jesús como su Salvador y obtengan la vida eterna. Es el tiempo cuando el pueblo de Dios proclamará la advertencia final y dará el fuerte pregón.

La segunda clase de calamidades será la ira terrible de Dios acerca de la cual advierte el mensaje del tercer ángel. El propósito de estos juicios será *castigar*. La Biblia los llama "las últimas siete plagas", y ocurrirán tras concluir el tiempo de gracia.

En este libro no analizaremos las siete plagas en profundidad, sino que nos referiremos a ellas más bien someramente. El tema central de este libro son los juicios de advertencia de Dios antes del fin del tiempo de gracia.

La siguiente cita consta de dos declaraciones más bien extensas. Al comienzo de este capítulo hemos usado la segunda de ellas para mostrar que se acerca un "tiempo de calamidad" durante el cual los juicios de Dios caerán sobre la tierra. Al incluir la frase que precede inmediatamente a ésa podemos ubicar ese tiempo de calamidad antes del fin del tiempo de gracia: "Habrá muchos que saldrán de las filas del mundo, de las diferentes iglesias —aun de la Iglesia Católica—, cuyo celo excederá en mucho al de los que han estado hasta ahora en las filas para

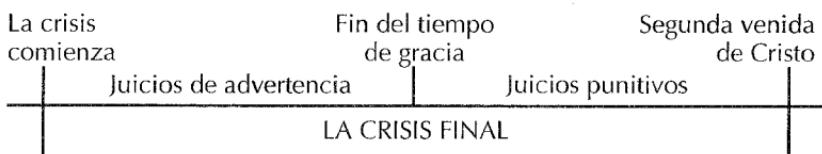
proclamar la verdad... Cuando la crisis esté sobre nosotros, cuando venga el tiempo de la calamidad, ellos avanzarán para ocupar la vanguardia, se ceñirán la armadura completa de Dios, y exaltarán su ley” (*Mensajes selectos*, t. 3, pp. 441, 442).

Ya hemos destacado antes el hecho de que el tiempo de calamidad es un breve período durante el cual ocurrirán desastres naturales en el mundo, y que Elena de White identifica ese tiempo como la crisis final. Por lo tanto, no cabe duda de que el “tiempo de calamidad” y la crisis final comenzarán antes del fin del tiempo de gracia, ya que durante ese período habrá personas que abandonarán las otras iglesias para unirse al pueblo de Dios. Esto no puede suceder después del fin del tiempo de gracia. En esta declaración, Elena de White también llama nuestra atención al hecho de que muchos de quienes acepten nuestro mensaje en ocasión de la crisis final se nos unirán en la proclamación de ese mensaje.

La siguiente declaración también ubica “el tiempo de los juicios destructivos de Dios” antes del fin del tiempo de gracia: “El tiempo de los juicios destructivos de Dios es el tiempo de la misericordia para quienes no han tenido oportunidad de aprender lo que es la verdad. El Señor los contemplará con ternura. Su corazón misericordioso es impresionado; *su mano aún está extendida para salvar*, mientras que la puerta es cerrada para quienes no entrarían” (*Testimonies for the Church*, t. 9, p. 97; la cursiva es mía).

Note que cuando ocurren los juicios destructivos de Dios —el tiempo de calamidad durante el cual “una serie de acontecimientos” revelarán que Dios es el amo de la situación— la mano de Dios está aún extendida para salvar. Nuevamente nos vemos compelidos a situar ese período antes del fin del tiempo de gracia.

El siguiente diagrama ilustra lo que hemos aprendido hasta aquí acerca de la crisis final, el fin del tiempo de gracia y el regreso de Cristo:



Creo que este diagrama representa con exactitud la comprensión que Elena de White tenía acerca del tema de la crisis final; a saber, que comenzará antes de que termine el tiempo de gracia, y que se extenderá más allá de ese punto hasta el regreso de Cristo.

Las calamidades serán repentinamente

Elena de White se refirió en varios de sus escritos al hecho de que los juicios de Dios descenderán sobre el mundo muy repentinamente. Examinaremos la siguiente declaración por tercera vez en este capítulo: “Acontecerán calamidades, calamidades de lo más pavorosas, de lo más inesperadas; y estas destrucciones se seguirán la una a la otra” (*El evangelismo*, p. 24).

Note que estas calamidades serán “de lo más inesperadas”. Más adelante descubriremos el significado del elemento sorpresivo en estos desastres. La siguiente declaración, si bien no menciona desastres naturales destinados a servir como juicios provenientes de Dios, transmite la idea de algo inesperado: “La obra del pueblo de Dios consiste en prepararse para los acontecimientos del futuro, los que pronto lo sobrecogerán con fuerza abrumadora” (*Mensajes selectos*, t. 2, p. 162).

Hagamos una pausa aquí para considerar una declaración bíblica muy significativa acerca del carácter sorpresivo de los juicios venideros de Dios. Pablo dice: “Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción *repentina*, como los dolores a la mujer encinta” (1 Tes. 5:3).

La mayoría de los adventistas que citan las palabras de Pablo se detienen en ese punto. Pero observe que Pablo dice luego: “Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que

aquel día os sorprenda como ladrón” (vers. 4). En otras palabras, el pueblo de Dios debe estar consciente de los terribles y repentinos juicios divinos que están por acontecer en el mundo. ¡No es pues de sorprenderse que Elena de White nos advirtiera vez tras vez acerca de ellos!

En mi opinión, la declaración más impresionante de Elena de White acerca de los juicios venideros de Dios se encuentra en la página 339 del libro *Palabras de vida del gran Maestro* (ed. Biblioteca del Hogar Cristiano). El párrafo en cuestión es más bien largo, así que lo dividiré en dos partes. He aquí la primera: “Es en la crisis cuando se revela el carácter. Cuando la voz fervorosa proclamó a medianoche: ‘He aquí, el esposo viene; salid a recibirlle!’, y las vírgenes que dormían fueron despertadas de su sueño, se vio quién había hecho la preparación para el acontecimiento. Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación”.

Elena de White se refiere allí a un momento muy específico de la historia de las diez vírgenes, el momento cuando fueron despertadas. No se despertaron en forma natural. Fueron despertadas por un “clamor de medianoche” que anunciaba que el esposo estaba en camino. Ese clamor de medianoche precipitó una crisis entre las vírgenes cuando la mitad de ellas descubrieron que no estaban preparadas para la llegada del esposo.

Transcribiré el resto del párrafo en un momento, pero empecemos dando una mirada a las primeras tres palabras que aparecen a continuación de la porción citada arriba: “Así también hoy...” Es obvio que Elena de White habría de aplicar seguidamente el mensaje de las diez vírgenes a nuestro tiempo, y que comentaría especialmente el clamor de medianoche que las despertó. Las diez vírgenes representan a la iglesia actual de Dios, y el clamor que las despertó representa el llamado que despertará a la iglesia de Dios. Con las palabras “así también hoy”, Elena de White prepara el camino para aplicar a la iglesia

actual el llamado a despertar hecho a las vírgenes. Y esto, dice ella, precipitará una crisis para el pueblo de Dios, así como lo hizo con las diez vírgenes.

Note ahora cuál será la naturaleza de este llamado a despertar hecho a los santos durmientes de Dios en nuestro tiempo: “Así también hoy en día: *una calamidad repentina e inesperada*, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios; mostrará si el alma es sostenida por la gracia. La gran prueba final viene a la terminación del tiempo de gracia, cuando será demasiado tarde para que la necesidad del alma sea suplida” (*Ibid.*, p. 339; la cursiva es mía).³

Dediquemos un momento a comparar esta declaración con la del libro *El evangelismo*, página 24, que ya examinamos antes.

* “Acontecerán calamidades, calamidades de lo más pavorosas, de lo más inesperadas”.

* “Así también hoy en día: una calamidad repentina e inesperada” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 339).

Note las siguientes similitudes entre estas declaraciones:

El evangelismo

Calamidades

De lo más pavorosas

De lo más inesperadas

Palabras de vida del gran Maestro

Calamidad

La palabra “terrible” está implícita

Repentina e inesperada

El hecho de que ambas declaraciones se refieren a calamidades es tan obvio que hace innecesario cualquier comentario adicional. No obstante, necesitamos notar que existe una diferencia entre ambas. La cita de *El evangelismo* se refiere a calamidades, en plural, mientras que en *Palabras de vida del gran Maestro* la calamidad mencionada es numéricamente singular: “una calamidad”. Sin embargo, esto no es una contradicción. Para que exista “una serie de” calamidades que “se seguirán la una a la otra”, debe haber una primera en la serie. Mi sugerencia es

que la declaración de Elena de White en *Palabras de vida del gran Maestro* se refiere sólo a la primera calamidad de la serie. Esta es una conclusión apropiada en vista de que el contexto se refiere al llamado a despertar dirigido a las vírgenes que dormían. Para cuando ocurran las calamidades segunda y tercera es presumible que las vírgenes habrán despertado.

Elena de White va más allá al decir que esta calamidad será “repentina” e “inesperada”. Aparentemente, la humanidad será tomada por sorpresa.

Necesitamos ahora formularnos algunas preguntas acerca de esta calamidad. Elena de White la compara con el clamor de medianoche que despertó a las vírgenes en la parábola de Cristo. La primera pregunta es, pues: ¿Dónde están las diez vírgenes hoy? Elena de White nos ayuda a responder esta pregunta por la manera como interpreta la parábola de Cristo: “Cristo... contó a sus discípulos la historia de las diez vírgenes... para ilustrar con ese suceso la experiencia de la iglesia que vivirá precisamente antes de su segunda venida” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 336). En otras palabras, las vírgenes representan a la iglesia universal en el tiempo del regreso de Cristo. Así que la respuesta a la pregunta: “¿Dónde están estas vírgenes hoy?”, es simple: Están alrededor del mundo.

La respuesta a la primera pregunta nos conduce inmediatamente a la segunda: ¿Qué clase de calamidad será necesaria para despertar simultáneamente a todo el pueblo de Dios que se halla esparcido alrededor del mundo? Se trata, por supuesto, de una pregunta imposible de responder. Lo único que se puede decir es que tendrá que exceder a cualquier otra calamidad que haya ocurrido en la historia registrada, excepto por el diluvio de Noé.

El huracán Andrés, en 1993, fue el más destructivo en la historia de los Estados Unidos, pero difícilmente podría decirse que haya despertado a la iglesia alrededor del mundo. Tampoco puede decirse eso de los terremotos ocurridos en el sur de Cali-

fornia y en Kobe, Japón, en 1995, ni de las inundaciones que afectaron al medio oeste de Estados Unidos en 1994, o de los incendios que estallaron en Los Angeles y en Sydney ese mismo año. Ninguna de las calamidades experimentadas por la humanidad en los últimos cien años ha despertado a los santos dormidos de todo el mundo.

Así que, sea cual fuere esta calamidad, se encuentra aún en el futuro.

Un cambio en la conducta divina

Elena de White dice claramente en numerosos lugares que se acerca un cambio en la manera como Dios se relaciona con el mundo. He aquí tres citas representativas: “En el ejercicio de su longanimidad, Dios da a las naciones un cierto período de gracia, pero hay un punto que, si es sobrepasado por ellas, hará que reciban la visitación de Dios con su indignación” (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 452).

En esta declaración, Elena de White aplicó el principio de los juicios de Dios a las naciones. Sin embargo, el mismo principio se aplica al mundo como un todo, como lo demuestran las siguientes citas, especialmente la segunda: “El ángel que estaba a mi lado declaró que el Señor ha señalado un tiempo cuando visitará a los transgresores con su ira por el persistente desprecio de su ley (*Testimonies for the Church*, t. 9, p. 93).

“¿Cree usted que el Señor viene y que la gran crisis final está a punto de desencadenarse sobre el mundo? Pronto se producirá un cambio en la manera de actuar de Dios. Como consecuencia de sus perversidades, el mundo está siendo visitado por desastres: inundaciones, tormentas, incendios, terremotos, hambres, guerras y derramamiento de sangre. El Señor es lento para la ira y grande en poder; pero su paciencia no es interminable. ¿Quién está preparado para el súbito cambio que ocurrirá en la manera como

Dios trata a los pecadores?" (*Fundamentals of Christian Education* [Fundamentos de la educación cristiana], pp. 356, 357).

Esta última declaración deja muy en claro que Dios todavía no había cambiado su actitud —su trato— para con la humanidad cuando Elena de White escribió eso, y creo que no lo ha hecho hasta el presente. En el momento cuando estoy escribiendo estas palabras —a mediados de 1995—, él aún está reteniendo sus terribles juicios. Creo que la crisis final ocurrirá cuando estos juicios comiencen a caer, antes que termine el tiempo de gracia. El propósito de los juicios de Dios en ese período será advertir a la humanidad que su oportunidad de arrepentirse y de aceptar a Cristo como Salvador está por llegar a su fin, que el tiempo se está terminando.

Referencias

¹ Coloqué juntas algunas de esas declaraciones en el capítulo 8 de mi libro *El desafío del tiempo final*. No obstante, ese capítulo sólo se ocupa de los eventos más importantes. En el presente capítulo tampoco analizaremos toda la evidencia disponible contenida en los escritos de Elena de White acerca de los desastres naturales venideros.

² Véase también el *Comentario bíblico adventista*, tomo 7, página 958, donde aparece una declaración acerca de los volcanes, que probablemente se refiere a eventos que ocurrirán inmediatamente antes del regreso de Cristo.

³ En el **APÉNDICE B**, al final del libro, encontrará un análisis adicional acerca de esta declaración.

Señales en los cielos

(Parte 1)

Las predicciones de Elena de White acerca de los desastres naturales que precederán inmediatamente el regreso de Cristo nos ayudan a entender que deberíamos esperar una devastación terrible. La Biblia no dice mucho más que Elena de White acerca de estos desastres. Sin embargo, cuando comparamos lo que la Biblia dice con lo que la ciencia moderna sabe acerca de ciertos tipos de desastres naturales, descubrimos que la Biblia sugiere una devastación aún mayor que la mencionada por Elena de White.

Comenzaré citando un pasaje de Mateo 24 que es muy familiar para los adventistas: “E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas” (vers. 29).

“¡Pero las estrellas cayeron en 1833, y el día oscuro ocurrió en 1780!”, dirá usted.

Eso es correcto, y no es mi intención desafiar aquí esa interpretación de las palabras de Jesús. Sin embargo, creo que no hemos entendido todo lo que esas palabras implican.

Estoy seguro de que usted está consciente de que Marcos y Lucas también dieron sus respectivas versiones acerca del sermón de Jesús referido a las señales del fin. La versión de Marcos es casi idéntica a la de Mateo, así que no necesitamos ocuparnos de ella aquí. Pero Lucas añade alguna información significativa que no encontramos en los otros dos evangelios. Comenzaremos leyendo las palabras de Lucas en el capítulo 21 y los versículos 25 y 26: “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobre vendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas”.

Examinemos las palabras de Lucas dividiéndolas en pequeñas secciones.

Note que en la primera frase, Lucas nos dice que habrá “señales en el sol, en la luna y en las estrellas”, pero no nos dice en qué consistirán esas señales. Afortunadamente, Mateo y Marcos sí nos lo dicen. Puesto que los tres están citando material proveniente del mismo sermón de Jesús, nos es lícito concluir que la declaración de Lucas acerca de las señales en el sol, la luna y las estrellas significa el oscurecimiento del sol y de la luna, y la caída de estrellas.

Mateo y Lucas no nos dicen cuál habría de ser la respuesta de la humanidad a estas señales, pero Lucas la describe muy detalladamente. Según éste, Jesús dijo que los hombres estarían “desfalleciendo... por el temor y la expectación de las cosas que sobre vendrán en la tierra”.

Note que la palabra “hombres” es plural, lo que da la idea de algo internacional. Probablemente deberíamos entender que Lucas está describiendo la reacción de la humanidad entera ante esas señales.

¿Y cuál es esa respuesta? “Temor” y “expectación”.

Así que la caída de las estrellas y el oscurecimiento del sol y

la luna provocarían un temor y una expectación internacionales que harían que el mundo entero se preguntara: “¿Y ahora qué?”

Permítame hacerle dos preguntas. ¿Hubo temor y expectación internacionales como resultado del oscurecimiento del sol en 1780? ¿Estuvo el mundo entero temeroso y expectante en ocasión de la caída de estrellas de 1833?

¡No!

En el versículo 26, Jesús dijo que la humanidad entera estaría “desfalleciendo... por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra”. ¿De qué estarán aterrorizados los hombres? De la conmoción de las potencias de los cielos, es decir, de las señales en el sol, la luna y las estrellas.

Nuevamente necesitamos preguntarnos: ¿Estuvo la humanidad entera aterrorizada por las señales que ocurrieron en 1780 y 1833?

Y nuevamente la respuesta es ¡No!

Mi propuesta es que estas señales todavía no han tenido su cumplimiento más pleno.

¿Significa esto que rechazo la interpretación tradicional acerca de cómo se cumplieron las predicciones de Jesús relativas a las señales en el sol, la luna y las estrellas? No. Sin embargo, creo que nuestros pioneros no comprendieron todo lo que Jesús quiso decir. Ellos creyeron que los acontecimientos ocurridos en 1780 y 1833 significaban que el regreso de Cristo era inminente, que él ciertamente vendría mientras ellos estuvieran vivos. Esto obviamente no ocurrió.

Hoy podemos entender lo que los pioneros no pudieron, que en el tiempo del fin Dios planeaba levantar un movimiento compuesto por personas que se esparcirían por todo el mundo para comunicar la advertencia acerca de su pronta venida. Este movimiento no se podía desarrollar en un año o aun en diez años. A medida que se consolida, el movimiento ya ha abarcado varias generaciones, y todo este período es llamado “el tiempo

del fin".

Creo que las señales en el sol, la luna y las estrellas ocurridas en 1780 y 1833 significaron que el tiempo del fin *había comenzado*, no que ese tiempo estaba por terminar. De haber vivido en el tiempo de los pioneros, es casi seguro que habríamos interpretado esas señales de la misma manera que ellos. No obstante, al reexaminar las palabras de Lucas ciento cincuenta años después podemos ver en ellas algo que los pioneros no pudieron percibir: que estas señales habrían de provocar terror mundial, temor y expectación internacionales. En consecuencia, mi sugerencia es que estas señales recibieron entonces sólo un cumplimiento parcial. Su cumplimiento pleno está aún en el futuro, aunque yo lo esté expresando en 1995.

Mateo registra algo más predicho por Jesús, inadvertido por los pioneros y extremadamente significativo para nuestro estudio. Lo encontramos en los versículos 21 y 22 del capítulo 24. He aquí lo que dice el versículo 21: "Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá". Estas palabras no eran de la autoría de Jesús. El estaba citando Daniel 12:1. Esto es lo dicho por Daniel, con las palabras citadas por Jesús destacadas en cursiva: "En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; *y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces*".

Tanto Daniel como Jesús señalaron hacia el futuro refiriéndose a un tiempo de angustia tan terrible que excederá cualquier otra cosa que el mundo haya conocido desde el diluvio.¹ Este tiempo de angustia no puede referirse a los 1.260 años de persecución transcurridos durante la Edad Media, ya que se afirma que ocurrirá *después* de que Miguel se ponga de pie, lo cual siempre ha sido interpretado por los adventistas como referido al fin del tiempo de gracia.²

Leamos ahora el versículo 22: "Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos,

aquellos días serán acortados". El texto griego original de este versículo dice literalmente: "Ninguna carne sería salvada". La palabra griega traducida aquí como *salvada* es utilizada por doquier en el Nuevo Testamento para referirse a la salvación respecto del pecado. Sin embargo, no tiene ese sentido en este versículo. Creo que algunas versiones castellanas de la Biblia están en lo correcto al dar a las palabras de Jesús el sentido de "nadie saldría con vida".³

Por favor, lea cuidadosamente las siguientes palabras destacadas con cursiva, pues son extremadamente importantes: *¡Jesús nos está diciendo que el tiempo de angustia inmediatamente previo a su segundo advenimiento será tan severo que la humanidad se verá amenazada por la extinción!* De pronto, su predicción acerca de desastres naturales como terremotos, hambres y pestilencias asume un nuevo significado. Y sugiero que lo mismo ocurre con su predicción acerca de las señales en el sol, la luna y las estrellas. Porque, como usted recordará, Lucas predice que en conexión con estas señales en los cielos, las naciones estarán temerosas y expectantes, y que la humanidad toda estará aterrorizada. ¡En otras palabras, el temor y la expectación de las naciones obedecerá a que se preguntarán cómo salvar a la humanidad de la extinción!

Déjeme ser muy específico. Creo que las señales en el sol, la luna y las estrellas predichas por Jesús serán cumplidas por cometas, asteroides y/o meteoritos. En el próximo capítulo me extenderé en esa interpretación de la predicción de Jesús, pero por ahora me gustaría hacer una pausa y calificar lo que estoy diciendo:

Puedo estar equivocado

Esta es una declaración bastante extraña para un autor, ¿no le parece? Sin embargo, creo que en este caso es necesario hacerla, ya que nadie puede estar absolutamente seguro de lo que ocurrirá en el futuro. Por ejemplo, antes de 1780 y de 1833, al-

gunos estudiosos de la Biblia podrían haber dicho que la predicción de Jesús acerca de las señales en el sol, la luna y las estrellas debía ser entendida simbólicamente, mientras que otros podrían haber argumentado en favor de un cumplimiento literal. Cuando llegó el momento, la profecía fue cumplida literalmente, pero hasta que los acontecimientos ocurrieron, nadie podía estar seguro de que una interpretación literal era lo correcto.

Ahora que una interpretación literal ha demostrado ser correcta en lo tocante al cumplimiento parcial de la predicción de Jesús dos siglos atrás (1780 y 1833), podemos estar en terreno seguro al esperar que su cumplimiento pleno futuro también será literal. Pero aún necesitamos ser cuidadosos al interpretar profecías que no están cumplidas, pues no podemos saber qué ocurrirá finalmente hasta que ocurra.

En vista de ello, algunas personas se preguntan si deberíamos tratar de interpretar una profecía que aún no se ha cumplido. Mi respuesta es un consejo que Jesús dio a sus discípulos en el aposento alto la noche previa a su crucifixión: “Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis” (Juan 14:29). Jesús quería, obviamente, que tuviéramos alguna idea acerca de lo que está por ocurrir en la tierra. De otra manera, no habría dicho nada acerca de las señales en el sol, la luna y las estrellas. Pedro alentó el esfuerzo encaminado a entender la profecía aún no cumplida. El dice que los mismos profetas del Antiguo Testamento trataban de descubrir “qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Ped. 1:11). De manera que es correcto que *tratemos* de entender la predicción de Jesús acerca de las señales en el sol, la luna y las estrellas.

No obstante, debemos reconocer que existe un peligro en ser demasiado precisos en nuestra interpretación de la profecía, y especialmente en ser dogmáticos acerca de nuestra precisión o

exactitud. Ese fue el problema de la nación judía en la época de Cristo. Los judíos de entonces estaban tan seguros de su interpretación de las profecías referidas al Mesías venidero que cuando vino de manera diferente a como ellos lo esperaban lo rechazaron. Por eso, *deberíamos estar siempre dispuestos a reconocer que al mirar hacia el futuro, aun a través de las lentes de la profecía bíblica, podemos estar equivocados.*

Referencias

¹ Tanto Jesús como Daniel destacan el hecho de que el tiempo de angustia próximo al fin de la historia humana excedería todo lo ocurrido desde que hubo una nación. La Biblia no dice nada acerca de si la sociedad humana estaba organizada en naciones antes del diluvio, pero Génesis 10 enumera las naciones que surgieron de los hijos de Noé después del diluvio. Por lo tanto, existe buena evidencia bíblica de que Daniel y Jesús quisieron decir que el futuro tiempo de prueba excedería todo lo conocido *desde el diluvio*, no desde el comienzo del mundo.

² Creo que el tiempo de angustia predicho por Daniel y Jesús incluirá los juicios de Dios tanto previos como posteriores al fin del tiempo de gracia. Si esto es correcto, Miguel se pondrá de pie antes del fin de tiempo de gracia, y no cuando ese tiempo termine.

³ Véase, por ejemplo, *La Biblia para Latinoamérica*, de la editorial Verbo Divino.

Señales en los cielos

(Parte 2)

En julio de 1994, el cosmos ofreció un espectáculo de fuegos artificiales sin precedentes en la historia humana: un enorme cometa se dividió en seis pedazos, y esos trozos cayeron uno tras otro sobre el planeta Júpiter.¹ Esa violenta embestida pudo haber pasado completamente inadvertida para los científicos —o haber sido captada sólo por pura casualidad— de no haber sido porque meses antes habían observado los fragmentos del cometa encaminándose hacia su destino final. De allí que los astrónomos y científicos no sólo tuvieron el privilegio de obtener una perspectiva tan completa del fenómeno como resultó posible,² sino que también pudieron predecir su efecto probable sobre Júpiter.

Hubo finalmente algún desacuerdo entre ellos acerca de lo qué podía ocurrir exactamente. Algunos dijeron que el fenómeno causaría sólo daños menores al planeta colisionado. Otros creían que desencadenaría un incendio de grandes proporciones. Cuando la colisión se produjo, las hipótesis más dramáticas se vieron plenamente confirmadas, y varias de ellas resultaron ser una subestimación de lo que el cometa finalmente hizo al

planeta.

Como consecuencia de lo ocurrido en Júpiter, el mundo hoy sabe que los cuadros más siniestros predichos por los científicos para el caso de que un cometa o un asteroide choque contra la tierra están plenamente justificados. En verdad, el “efecto Júpiter” impulsó al otrora renuente Congreso de los Estados Unidos a considerar seriamente la amenaza consistente en el choque de un asteroide con nuestro planeta y qué puede hacerse para prevenirlo.

Con esta introducción animadora, veamos qué ocurriría en caso de que el planeta Tierra fuera embestido por un cometa, un asteroide o un gran meteorito. Comenzaré compartiendo con usted las fuentes bibliográficas que citaré (en el resto de este capítulo sólo mencionaré los nombres y los números de las páginas de estos libros y revistas al final de las citas extraídas de ellos):

* *National Geographic* [Revista Nacional de Geografía], junio de 1989.

* *Ad Astra*, la revista de la *National Space Society* [Sociedad nacional del espacio], noviembre/diciembre de 1992.

* *Astronomy* [Astronomía], septiembre de 1991.

* *Newsweek* [Semanario de Noticias], 23 de noviembre de 1992.

* *Comets, Asteroids, and Meteorites* [Cometas, asteroides y meteoritos], Time-Life Books, 1990.

* *The New York Times*, 15 de junio de 1995.

* Clark R. Chapman y David Morrison, *Cosmic Catastrophes* [Catástrofes cósmicas], 1989.

Ninguna de estas fuentes es eruditamente científica. Usted y yo no las comprenderíamos si lo fueran. Pero eso no las hace indignas de confianza. Fueron escritas por autores que tienen la capacidad de simplificar las cuestiones técnicas y científicas para que las personas como usted y yo puedan entenderlas.

La tapa de la revista *Newsweek* del 23 de noviembre de 1992 lo dice todo. Junto a una ilustración que muestra una bola de fuego encaminándose hacia el planeta Tierra se lee lo siguiente: "La ciencia del fin del mundo: Nuevas teorías acerca de cometas, de asteroides y de cómo podría terminar el mundo".

¡Parece que los adventistas y otros cristianos no son los únicos que hablan del fin del mundo en estos días! ¡Los científicos también están ocupados en eso! Y, para que usted se sienta más cómodo aún, note las palabras de Donald Yeomans, un astrónomo que trabaja en el Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA en Pasadena, California, citadas en el índice de contenido de la revista *Newsweek* que ya mencioné: "La Tierra recorre su camino alrededor del Sol en medio de un enjambre de asteroides... *Tarde o temprano, nuestro planeta será embestido por uno de ellos*" (p. 3; la cursiva es mía).

Newsweek acentúa la proximidad del peligro al destacar que "el 23 de marzo de 1989, un asteroide de casi un kilómetro de diámetro pasó a 1.127.000 km de la tierra. Nadie lo vio acercarse. Si sólo hubiera pasado seis horas más tarde, podría haber aniquilado nuestra civilización" (*Ibid.*).

Los párrafos iniciales del artículo de *Newsweek* pintan un cuadro sombrío de lo que pudo haber ocurrido: "Viene del cielo produciendo un bramido estridente como el de un misil Scud disparado desde el infierno, más grande que una montaña y con una concentración de energía mayor que la de todo el arsenal nuclear mundial. Golpea la atmósfera a una velocidad 100 veces mayor que la de una bala, y menos de un segundo después hiende el suelo con una fuerza explosiva equivalente a 100 millones de megatonnes de TNT. La onda expansiva resultante de la colisión, viajando a 20.000 kilómetros por hora, arrasa todo lo que encuentra a su paso en un radio de 240 km. Simultáneamente, una nube de roca pulverizada se levanta desde el lugar del impacto, abriendo un orificio en la atmósfera y esparciendo escombros candentes. La roca pulverizada se enfriá, condens-

sándose nuevamente y formando millones de pequeñas piedras. Mientras ellas caen sobre la tierra durante la siguiente hora se calientan, y pronto el aire mismo se torna de un color rosado brillante. El vapor escapa silbando de las hojas verdes; los edificios y aun los árboles estallan en llamas. El nitrógeno y el oxígeno presentes en la atmósfera se combinan y convierten en ácido nítrico; cualquier sobreviviente que se arrastra fuera de algún refugio o cueva es despellizado por una lluvia tan cáustica como el ácido de la batería de un automóvil. Eso es lo que el astrónomo Henry Melosh, de la Universidad de Arizona, calcula que ocurriría si algo que midiera 10 km de diámetro cayera del espacio e impactara en la tierra” (p. 56).

¿Piensa usted que esto no podría ocurrirle a nuestro planeta? Pues ya ocurrió. Los científicos están hoy convencidos de que un asteroide de esa magnitud terminó con la mayoría de las formas de vida existentes sobre la tierra hace 65 millones de años,⁵ incluyendo a toda la población de dinosaurios.

Pero no necesitamos ir tan lejos para encontrar evidencias de la actividad de meteoritos y asteroides en la tierra. Los científicos han llegado a la conclusión de que una explosión ocurrida en 1978 en el sur del Pacífico, que en un principio se atribuyó al estallido de una bomba atómica (tal vez un experimento secreto ruso), fue en realidad un asteroide. Y el 30 de junio de 1908 una terrible explosión ocurrida en la región siberiana de Tunguska arrasó más de 3.000 kilómetros cuadrados de bosques, dejando los árboles aplastados y con sus copas señalando hacia el epicentro de la explosión. Puesto que no había allí cráter alguno, los científicos concluyeron que un cometa o un asteroide compuesto de roca⁴ explotó justo antes de llegar al suelo.

Según *Ad Astra*, “si un cometa de las dimensiones del caído en Tunguska cayera sobre una zona rural típica de los Estados Unidos, hasta 70.000 personas perderían la vida y el daño a la propiedad excedería los cuatro mil millones de dólares. Un impacto tal sobre un área urbana mataría a 300.000 personas y

provocaría daños por un valor de 280 mil millones de dólares” (p. 32).

Pero aquí vienen las noticias animadoras: “Podría haber desde varios cientos de miles hasta unos pocos millones de cometas y asteroides que ostenten diámetros superiores a los 50 metros —el diámetro más pequeño que pudo haber tenido el cometa de Tunguska— cuyas órbitas crucen la de la tierra” (*Ibid.*, p. 34).

Recientemente, el telescopio espacial Hubble permitió a los astrónomos descubrir un cinturón de cometas en las proximidades del planeta Plutón. El así llamado “cinturón Kuiper” es “la fuente de todos los cometas que pasan muy velozmente entre los planetas y cuyos períodos orbitales son cortos, de aproximadamente veinte años o menos” (*The New York Times*, A1). Los científicos estiman que el cinturón, que circula alrededor del sistema solar, podría contener tanto como ¡10 mil millones de cometas de entre 300 y 600 kilómetros de diámetro! Y los científicos especulan acerca de que más allá del Cinturón Kuiper existe una “envoltura” de cometas que rodea el sistema solar y que es la fuente de cometas como el Halley, cuyas órbitas son más grandes.

¿Es ése el “arsenal de Dios” del que hablaba Elena de White en las citas que compartí con usted dos capítulos atrás? Sólo él y los ángeles saben si uno de esos cometas podría desviarse de su órbita en los confines alejados del sistema solar y encaminarse directamente hacia la Tierra. Si esto ocurriera, no habría para sus habitantes gran diferencia en que Dios *causara* el evento o sólo *permitiera* que ocurriese.

Un asteroide de 10 kilómetros

Los científicos han sabido desde hace años que los esqueletos de los dinosaurios pueden encontrarse en grandes cantidades debajo de cierto punto de la columna geológica, pero que son totalmente inexistentes por encima de ese punto. Puesto que

este fenómeno se verifica en la columna geológica alrededor del mundo, han concluido que todos los dinosaurios fueron aniquilados simultáneamente, de una sola vez, en un mismo momento.

Los científicos también se han preguntado durante años qué fue lo que provocó la súbita muerte de los dinosaurios. Alrededor de 1980, Luis Álvarez, de la Universidad de California, en Berkeley, propuso una respuesta para ese interrogante: el impacto de un asteroide.⁵ Perplejo por la misteriosa desaparición de las enormes bestias, Álvarez decidió estudiar una franja negra de varias pulgadas de ancho que señala en la columna geológica el punto donde los dinosaurios murieron. Y encontró que esa franja contenía una concentración de iridio significativamente superior a la normalmente encontrada en otros puntos de la tierra. Por otra parte, los asteroides y los meteoritos contienen una concentración significativamente elevada de iridio. A partir de esta evidencia, Álvarez concluyó que los dinosaurios fueron destruidos cuando un enorme asteroide se precipitó sobre la tierra.

La comunidad científica se burló de la teoría de Álvarez cuando éste la expuso por primera vez, pero en el lapso de diez años llegó a ser la más ampliamente aceptada explicación para la muerte de los dinosaurios. Desde 1980, muchos científicos han estudiado el efecto que el impacto de un asteroide habría tenido sobre nuestro planeta. Y, puesto que se piensa que el “asesino de los dinosaurios” debió tener 10 km de diámetro, se ha dedicado mucho tiempo a investigar los efectos de un asteroide de esas dimensiones.

Los científicos hoy saben que un asteroide de 10 km de diámetro concentraría en sí la energía equivalente a ¡cinco mil millones de bombas atómicas en una sola bola de fuego! Como lo explica la obra *Comets, Asteroids, and Meteorites*, de Time-Life, un asteroide como ése “transformaría nuestro fresco y azul planeta en un crisol ardiente. Cuando el humo se disipa, emerge-

ría un planeta transmutado: un mundo yermo tambaleándose hacia algún nuevo destino” (p. 121).

Y, según la revista *National Geographic*, “la bola de fuego habría tenido un radio de varios miles de kilómetros. Vientos de centenares de kilómetros por hora habrían barrido el planeta durante horas, secando los árboles como si fuera un gigantesco secador de cabello... Hasta un 90 por ciento de la vegetación mundial se habría quemado” (*Ibid.*).

Si el asteroide cayera en el océano, “una bola candente compuesta de vapor y materiales incandescentes eyectados arrasaría toda ciudad que se encontrara en un radio de 1.900 km y erosionaría el terreno hasta llegar al lecho rocoso” (*Comets, Asteroids, and Meteorites*, p. 127). ¡Súbitamente, la predicción de Elena de White acerca de que “millares de ciudades” serán destruidas (*El evangelismo*, p. 29) comienza a tener sentido!

Un asteroide de 10 km de diámetro que se precipitara sobre el océano también convertiría a los mares del mundo en una marea roja global que mataría a la mayoría de los peces del planeta (véase *National Geographic*, p. 681). No obstante, el más devastador resultado de un fenómeno tal serían las marejadas gigantes. He aquí cómo describe esto la revista *Newsweek*: “Si el asteroide cayera en el Golfo de México, crearía una ola de cinco km de altura. Después de recorrer 1.500 km, la ola aún tendría 500 metros de altura. Un asteroide como ése provocaría inundaciones en Kansas City [centro de los Estados Unidos]” (p. 60).

Hagamos una pausa aquí y veamos nuevamente lo que Lucas dice al citar la predicción de Jesús acerca de las señales en los cielos: “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas *a causa del bramido del mar y de las olas*” (Luc. 21:25; la cursiva es mía).

Jesús podría haber dicho que las naciones estarían angustiadas y confundidas por la caída de las estrellas, pero él dijo

que lo estarán *a causa del bramido del mar y de las olas*. ¿Qué relación podría haber entre la caída de las estrellas y el bramido del mar? La cita de *Newsweek* que compartí con usted responde esa pregunta. La caída de un asteroide en el océano provocaría en verdad un “bramido del mar y de las olas”, es decir, una marejada gigantesca.

Me parece extremadamente significativo que Elena de White apoyara esta interpretación de las palabras de Jesús. Ella comienza la declaración que aparece a continuación citando Lucas 21:25.

Por favor, preste cuidadosa atención a lo que ella dice luego, especialmente a las palabras que destaque con cursiva: “Sí, *ellos [el mar y las olas] traspasarán sus límites*, y habrá destrucción en su camino” (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 477).

Un par de capítulos atrás señalé que Elena de White predice en esta cita que las marejadas gigantescas serán una parte de la crisis venidera. Ahora quiero llamar su atención al hecho de que ella dice que estas marejadas gigantescas ¡serán un cumplimiento de la predicción de Jesús acerca de las señales en el sol, la luna y las estrellas! Y la declaración de *Newsweek* nos ayuda a entender que el impacto de un asteroide en el océano ciertamente causaría “bramido y agitación del mar”.

Volvamos al asteroide de 10 km y a lo que le haría a nuestro planeta. La atmósfera resultaría afectada al menos de dos maneras. La primera de ellas sería la lluvia ácida. En la cita de *Newsweek* que compartí antes con usted se dice que “el nitrógeno y el oxígeno presentes en la atmósfera se combinan y convierten en ácido nítrico; cualquier sobreviviente que se arrastra fuera de algún refugio o cueva es despellizado por una lluvia tan cáustica como el ácido de la batería de un automóvil”. El libro *Comets, Asteroids, and Meteorites* expresa eso de la siguiente manera: “La lluvia tóxica acabaría con toda planta remanente, acidificaría los lagos, y separaría los metales sumamente venenosos y normalmente insolubles de los suelos y las rocas, depositándolos en las

corrientes, lagunas y ríos, donde enfermarían o matarían mucha de la vida acuática sobreviviente” (p. 131).

El segundo efecto sobre la atmósfera sería un oscurecimiento: “Trillones de toneladas de partículas extrafinas de roca y diminutas gotas de vapor condensado se elevarían hacia el espacio alcanzando alturas estratosféricas en cuestión de segundos... El hollín resultante del incendio de los bosques mezclado con el humo nitroso producido por la onda de choque inicial y las subsiguientes se combinaría con el polvo que estaría expandiéndose rápidamente para formar un manto de unos 30 km de espesor que envolvería todo el planeta en 24 horas... La superficie de la Tierra quedaría inmersa en una oscuridad treinta veces más negra que la más negra noche sin luna” (*Comets, Asteroids and Meteorites*, p. 131).

Esto nos brinda interesantes vislumbres acerca de la predicción que Jesús hizo de las señales en el sol, la luna y las estrellas. Un asteroide —una estrella fugaz o meteoro— ciertamente oscurecería el sol y la luna.

Nuestros pioneros consideraron el día oscuro y la caída de las estrellas como dos acontecimientos separados entre sí por un intervalo de más de cincuenta años. Pero gracias a la ciencia moderna, estamos hoy en condiciones de entender lo que los pioneros no podían: que la caída de las estrellas *será lo que producirá* el oscurecimiento del sol y la luna, haciendo de ambas cosas esencialmente el mismo acontecimiento.

Asteroides más pequeños

Jesús dijo a sus discípulos: “Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Luc. 21:28). Aparentemente deberíamos esperar que estos acontecimientos ocurran durante cierta extensión de tiempo, ya que Jesús dijo: “Cuando estas cosas *comiencen a suceder*”. Él también dijo que entonces podremos saber que nuestra redención “está cerca”. Si bien es cierto que

pueden caer cometas, asteroides y meteoritos del cielo *en ocasión del regreso de Cristo*, las palabras de Cristo sugieren que las señales en el sol, la luna y las estrellas predichas por Jesús ocurrirán *antes* de su regreso, y sospecho que serán parte de la crisis final, la cual se extenderá a lo largo de un período que tendrá lugar poco antes de que Jesús regrese.

Sin embargo, esto presenta un problema en vista de lo que hemos expuesto hasta aquí acerca de los asteroides y de sus efectos sobre nuestro planeta. Hemos considerado hasta aquí lo que ocurriría si un asteroide de 10 km de diámetro chocara con la tierra. Casi todas las fuentes bibliográficas que consulté y que describen los efectos potenciales de los asteroides sobre nuestro planeta hablan de un asteroide de ese tamaño. No obstante, a esta altura debería ser obvio para usted que el choque de un asteroide de esas dimensiones con nuestra tierra terminaría con la humanidad. Pero la Biblia aclara que muchas personas estarán vivas sobre la tierra para ver a Jesús. Por lo tanto, si la predicción de Jesús acerca de la caída de estrellas se refirió a eventos que ocurrirán durante la crisis final, las “estrellas” que caerán del cielo deberán tener mucho menos que 10 km de diámetro.

Alguien me envió hace poco un ejemplar de la revista *Astronomy* de septiembre de 1991, la cual contiene un artículo acerca de los asteroides y donde se describe el efecto de objetos mucho más pequeños. Al final de este capítulo me gustaría compartir con usted lo que *Astronomy*⁶ dice al respecto.

En años recientes, por lo menos dos asteroides estuvieron muy cerca de chocar con nuestro planeta. Uno de ellos, en 1989, tenía entre 100 y 400 metros de diámetro. Según la revista *Astronomy*, la explosión originada por ese asteroide habría generado una energía equivalente a la de una bomba atómica de 1.000 megatones. La revista describe en tiempo presente lo que eso habría significado: “El gas caliente surgido de los objetos vaporizados por la explosión se proyecta hacia el cielo y arrastra consigo gran cantidad de aire. Una onda de choque se

esparce desde el lugar del impacto y todo lo que se encuentra en un radio de cien kilómetros estalla en llamas como consecuencia de la temperatura de la explosión. A 500 kilómetros del epicentro de la explosión, la temperatura todavía es de 100° C. La onda expansiva se aleja del epicentro a 35.000 kilómetros por hora y arrasa todo lo que encuentra a su paso hasta una distancia de 250 kilómetros. Los materiales resultantes del impacto, convertidos en pedregullo, comienzan a precipitarse en forma de lluvia. En el lugar del impacto se observa un cráter de diámetro diez veces mayor que el del asteroide. El asteroide 1989 FC acaba de arrasar una ciudad del tamaño de Nueva York en un instante" (p. 52).

La revista *Astronomy* dice que "hasta ahora se han identificado casi cien asteroides cuyas órbitas coinciden en algún punto con la de la Tierra, la mayoría de ellos en los últimos cinco años. Se sospecha que hay por lo menos otros mil aún no detectados. Estos asteroides miden entre 10 metros y 38 km de diámetro. Si uno de esta última dimensión chocara con la Tierra, no dejaría nada con vida. No obstante, *Astronomy* dice que "el impacto de un asteroide inclusive pequeño desorganizaría el ecosistema durante algunos años. Aun un evento 'menor' como ése podría destruir la civilización. ¿Por qué? Porque la civilización depende de la explotación de los recursos naturales, incluyendo los recursos agrícolas de los que dependemos para alimentar a la población mundial. Si nuestra fuente de alimento resulta totalmente desorganizada, los sembrados y las cosechas fracasarían en todo el mundo, las frágiles hebras de la civilización se desharían rápidamente. Las especies, en caso de que no se extinguieran, quedarían diezmadas, sumiendo a los sobrevivientes en una existencia como la de la edad de piedra" (p. 53).

Unamos estas palabras con las que pronunció Jesús:

- Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas (Luc. 21:25).
- Las naciones estarán angustiadas y confundidas (*Ibid.*).

Si esos días no fueran acortados, nadie sobreviviría (Mat. 24:22).

Hace algunos años, cuando comencé a hablar en público acerca de la posibilidad de que la predicción de Jesús respecto de la caída de estrellas y los días oscuros posiblemente se refería a cometas y asteroides, algunas personas temían que yo estuviera siendo demasiado sensacionalista. Sin embargo, no he vuelto a escuchar esa objeción. Demasiada gente ha oído demasiado acerca de esos fenómenos astronómicos en la TV y han leído mucho al respecto en los periódicos y revistas de actualidad.

Tan recientemente como el 19 de mayo de 1996, un asteroide pasó a sólo 45.000 km de la Tierra.⁷ Esa es una gran distancia para nosotros, pero en términos astronómicos equivale al grosor de un cabello. El asteroide en cuestión, el mayor jamás observado pasando tan cerca de nuestro planeta, medía 1.200 metros de diámetro. Si hubiera chocado con la tierra, habría producido una explosión equivalente al estallido simultáneo de todo el arsenal nuclear del mundo.

Tal vez lo más significativo sea que los astrónomos lo avisaron recién cuando faltaban sólo cuatro días para que pasara zumbando a nuestro lado. En un momento tan tardío, en caso de que la trayectoria del asteroide hubiera sido de colisión con la Tierra, sólo habrían alcanzado a avisar a los habitantes de la zona de impacto que iban a morir. Sólo unos pocos de entre los millones, o tal vez miles de millones, de personas condenadas habrían podido ser salvadas. No hay duda de que en ese caso la profecía de Jesús habría tenido un cumplimiento dramático. La parte sobreviviente de la humanidad habría sido presa del terror, y los dirigentes de las naciones del mundo seguramente se habrían sentido angustiados y confundidos, tratando de imaginar cómo manejar la horrible catástrofe (Luc. 21:25, 26).

Dediquemos ahora un momento para poner juntas todas las ideas que hemos estado analizando en este capítulo y en los

dos anteriores. Elena de White predijo que se acerca a la tierra una crisis final caracterizada por calamidades “de lo más pavorosas, de lo más inesperadas”. Ella dice que al menos una de estas calamidades despertará al pueblo de Dios alrededor del mundo. Jesús predijo la caída de estrellas, días oscuros y marejadas gigantescas,⁸ una humanidad aterrorizada, y angustia y perplejidad entre las naciones (Luc. 21:25, 26). Él también predijo un tiempo de angustia tan severo que pondría en peligro la supervivencia de la humanidad (Mat. 24:21, 22).

Los adventistas hemos entendido desde hace mucho que la caída de las estrellas y el oscurecimiento del sol y la luna tuvieron un cumplimiento literal en los siglos pasados. Sin embargo, como hemos visto, esos eventos no satisfacen la predicción de Jesús acerca de una humanidad aterrorizada según lo registra Lucas. Mi propuesta es que si la versión que Lucas da de las palabras de Jesús debe ser entendida literalmente, la evidencia presentada en este capítulo acerca de los cometas, asteroides y meteoritos es la más satisfactoria manera de explicar lo que Jesús dijo.

Antes de concluir este estudio acerca de la caída de estrellas y sus efectos, necesitamos examinar algunas declaraciones que Elena de White hizo acerca de ciertas bolas de fuego. Pero como este capítulo ya es bastante largo, ése será el tema del siguiente.

Referencias

¹ Algo parecido pudo haber ocurrido en el sistema solar en siglos pasados, pero nadie había observado un fenómeno semejante hasta 1994.

² Los fragmentos del cometa impactaron en el lado de Júpiter que no era visible en ese momento desde nuestro planeta, poco antes de que el lugar donde cayeron resultara visible. En consecuencia, los científicos no pudieron obtener un cuadro completo de lo que ocurrió.

³ No acepto la cronología de los 65 millones de años, pero ciertamente los científicos sí creen en ella.

⁴ Existen dos clases de asteroides. Los que están compuestos de roca tienden a

explotar en la atmósfera, mientras que los metálicos tienen la densidad suficiente como para sobrevivir a su ingreso a la atmósfera sin desintegrarse e impactar en la superficie del planeta.

⁵ Los cristianos conservadores generalmente atribuyen la muerte de los dinosaurios al diluvio bíblico. Y una inundación mundial de la magnitud descrita en la Biblia ciertamente los habría matado a todos de una sola vez. Los científicos no aceptan la teoría del diluvio. Sin embargo, el hecho de que los cristianos no estén de acuerdo con los científicos acerca de una inundación mundial no es razón para cuestionar la validez de las conclusiones de éstos en otras áreas, una de las cuales es la astronomía y los asteroides.

⁶ Puesto que nadie ha pasado jamás por la experiencia del impacto de un asteroide de gran tamaño, la mayoría de los datos acerca de los efectos de tales impactos se deriva de modelos generados por computadora. Por ello existen ciertas discrepancias entre las distintas autoridades científicas acerca de tales efectos. Cito en el presente libro a las autoridades representadas por las fuentes que he leído. Y más allá de sus diferencias, todos coinciden en que la caída de un asteroide de gran tamaño resultaría devastadora.

⁷ La noticia apareció en el periódico *The Idaho Statesman* del 19 de mayo de 1996, 11A.

⁸ Jesús predijo “bramido del mar y de las olas” (Luc. 21:25). Elena de White sugirió que esto significaba que el mar y las olas “traspasarán sus límites”, es decir, olas gigantescas (véase *Mensajes selectos*, t. 3, p. 417, ya citado al comienzo de este capítulo).

Bolas de fuego

Al menos dos veces en su vida, Elena de White recibió visiones en las que vio bolas de fuego que caían del cielo, y escribió acerca de ello por lo menos en cuatro ocasiones. Puesto que creo que estas bolas de fuego son relevantes para nuestro análisis, me gustaría que consideráramos lo que ella dijo.

A juzgar por la evidencia disponible, resulta claro que Elena de White recibió una visión acerca de las bolas de fuego en 1904 y otra en 1906. Las primeras dos citas que aparecen abajo corresponden a la visión que recibió en 1904, y las dos siguientes están basadas en la visión de 1906. Primero compartiré con usted las declaraciones, y luego las analizaremos:

Declaraciones acerca de la visión de 1904

“Anoche me fue presentada una escena. No me siento en libertad de compartirla en su totalidad, pero presentaré un poco de ella. Parecía que una inmensa bola de fuego se precipitaba sobre el mundo y destruía grandes casas. De todas partes surgía el clamor: ‘¡El Señor ha venido! ¡El Señor ha venido!’ Muchos no estaban preparados para encontrarse con él, pero unos pocos decían: ‘¡Gloria a Dios!’”

“‘¿Por qué alaban ustedes a Dios?’, preguntaron aquéllos a quienes estaba sobreviniendo la destrucción re-

pentina.

“‘Porque ahora vemos lo que hemos estado esperando’.

“‘Si ustedes creían que estas cosas estaban por ocurrir, ¿por qué no nos avisaron?’, fue la terrible respuesta.

“Nosotros no sabíamos acerca de estas cosas. ¿Por qué nos dejaron en la ignorancia. Nos vieron vez tras vez. ¿Por qué no se acercaron a nosotros y nos dijeron acerca del juicio venidero, y que debíamos servir a Dios para no perecer? ¡Ahora estamos perdidos!’” (*Manuscrito 102*, 2 de julio de 1904; citado en *Reflejemos a Jesús*, p. 235).

“No hace mucho tiempo, una escena impresionante pasó delante de mí. Vi una inmensa bola de fuego caer en medio de algunas hermosas mansiones provocando su destrucción instantánea. Escuche a alguien decir: ‘Sabíamos que los juicios de Dios serían derramados sobre la tierra, pero no creímos que eso ocurriría tan pronto’. Otros decían: ‘¿Ustedes lo sabían? ¿Por qué entonces no nos lo dijeron? Nosotros no lo sabíamos’. Por todas partes escuché tales expresiones” (*Review and Herald*, 24 de noviembre de 1904; una declaración casi idéntica se encuentra en *Testimonies for the Church*, t. 9, p. 28).

Declaraciones acerca de la visión de 1906

“En la mañana del viernes pasado, justamente antes de despertar, se me presentó una escena sumamente impresionante. Tuve la sensación de que despertaba del sueño en un lugar que no era mi casa. Desde las ventanas veía una terrible conflagración. Grandes bolas de fuego caían sobre las casas, y de ellas salían dardos encendidos que volaban en todas direcciones. Era imposible apagar los incendios que se producían, y muchos lugares estaban siendo destruidos. El terror de la gente era indescriptible. Desperté des-

pués de cierto tiempo y descubrí que estaba en mi hogar” (*Carta 278*, 27 de agosto de 1906; citada en *El evangelismo*, pp. 25, 26).

“En la noche yo estaba... en una habitación, pero no en mi propia casa. Era en una ciudad, no sé dónde, y escuché expresión tras expresión. Me incorporé rápidamente en mi cama y vi grandes bolas de fuego a través de mi ventana. Volaban chispas en forma de flechas y los edificios estaban siendo consumidos. En pocos minutos todos los edificios de la manzana estaban cayendo mientras los gemidos luctuosos llegaban claramente a mis oídos. Clamé tratando de entender lo que estaba ocurriendo: ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi familia? Entonces desperté. Pero no podía determinar dónde estaba, pues me encontraba en otro lugar que no era mi hogar. Dije: ‘Señor, ¿dónde estoy? ¿Qué debo hacer?’ Una voz dijo: ‘No temas. Nada te hará daño’” (*Manuscrito 126*, tomado de una anotación registrada en su diario personal y fechada el 23 y 27 de agosto de 1906; citado en *Manuscript Releases [Manuscritos liberados]*, t. 11, p. 361).

No cabe duda de que Elena de White vio dos visiones acerca de bolas de fuego que caían del cielo. Hay evidencias de dos clases que hacen que eso resulte muy claro.

Datación de los documentos. La evidencia más persuasiva de que Elena de White recibió dos visiones referidas a “bolas de fuego” está en la datación de los documentos donde ella registró esas visiones. En la primera declaración que aparece arriba, ella dice: “Anoche me fue presentada una escena”. Puesto que el *Manuscrito 102* que contiene esta declaración data del 2 de julio de 1904, podemos dar por sentado que ella recibió la visión la noche que transcurrió entre el 1º y el 2 de julio. La segunda de las primeras dos declaraciones tiene que estar citando esa misma visión, ya que fue informada en la *Review and Herald* el 24 de noviembre de 1904.

Por otra parte, la tercera cita proviene de su *Carta* 278, fechada el 27 de agosto de 1906. Esta cita comienza con las palabras: "En la mañana del viernes pasado". Esto se refiere obviamente a la última parte del mes de agosto de 1906, cuando ella nuevamente recibió una visión referida a ciertas "bolas de fuego". El 27 de agosto fue lunes, así que podemos dar por sentado que ella tuvo su visión el viernes 24 de agosto.

La cuarta declaración, una anotación en su diario personal, está fechada el 23 y el 27 de agosto de 1906. La semejanza entre las fechas de las cartas tercera y cuarta indican sin lugar a dudas que ambas describen la visión de 1906. Esto queda confirmado por la similitud interna entre las dos declaraciones de 1906, como veremos en un momento.¹

Evidencia interna. Las diferencias existentes entre ambos grupos de citas son suficientemente significativas como para concluir que cada grupo de ellas se refiere a una visión diferente. Por otra parte, las dos declaraciones de cada grupo son muy similares, lo que conduce a la conclusión de que se refieren a la misma visión. El diagrama que aparece debajo muestra las diferencias entre ambos grupos de declaraciones. Las columnas muestran las semejanzas existentes entre las declaraciones de cada grupo:

EL DIAGRAMA CONSIDERADO EN SU TOTALIDAD MUESTRA LAS DIFERENCIAS EXISTENTES ENTRE LA VISIÓN DE 1904 Y LA DE 1906

Semejanzas entre las dos declaraciones de 1904

- ❖ Una inmensa bola de fuego
- ❖ Sin flechas ígneas desprendidas de las bolas de fuego
- ❖ El pueblo de Dios dice que sabía que los juicios divinos estaban en camino
- ❖ Los impíos reprochan al pueblo de Dios por no advertirles

Semejanzas entre las dos declaraciones de 1906

- ❖ Bolas de fuego (plural)
- ❖ Flechas ígneas surgidas de las bolas de fuego
- ❖ El pueblo de Dios no dice nada
- ❖ La gente está aterrorizada, gime y grita

Otros asuntos

¿Qué vio Elena de White? Ahora que hemos dejado establecido el hecho de que se trató de dos visiones y de cuáles son las declaraciones que se refieren a cada una de ellas, la pregunta más importante se impone a sí misma: *¿Qué vio Elena de White?* Ella misma no lo dice. Y los adventistas que vivieron durante los cuarenta años posteriores a sus declaraciones se rascaron la cabeza y se preguntaron qué quiso decir.

Entonces llegó el año 1945, Hiroshima y Nagasaki, y una luz se encendió en la mente de los adventistas. “¡Claro. Ella estaba hablando de bombas atómicas!”, dijimos, y durante los siguientes cuarenta años eso fue lo que la mayoría de nosotros creímos que ella quiso decir. Pero desde 1990 en adelante, el mundo ha estado tomando cada vez más conciencia del peligro que representan los cometas, los asteroides y los meteoritos para la supervivencia humana. Por lo tanto, en años recientes muchos adventistas han comenzado a preguntarse si las bolas de fuego descritas por Elena de White no podrían haber sido cometas o meteoritos caídos del cielo.

Elena de White dice solamente que vio bolas de fuego y creo poder asegurar que ella no sabía cuál era la causa de ese fenómeno. Sin embargo, es obvio que la destrucción descrita por ella coincide con la devastación de la que leímos en el capítulo anterior en relación con los cometas y asteroides, o con la destrucción provocada por las explosiones atómicas en Hiroshima y Nagasaki. En consecuencia, si interpretamos que las bolas de fuego por ella descritas significan alguna de estas dos posibilidades, debemos concluir que las armas atómicas o los objetos provenientes del espacio fueron comparativamente pequeños.

Esto todavía no contesta la pregunta acerca de si ella vio la explosión de armas atómicas, la caída de cuerpos celestes sobre la tierra, o alguna otra cosa desconocida para nosotros hoy. No puedo, obviamente, explayarme acerca de la tercera hipótesis

(“alguna otra cosa”). Si actualmente no conocemos lo que ella realmente vio, estamos en la misma situación de los adventistas que vivieron antes de 1945, quienes no podían argüir acerca de la posibilidad de que las palabras de Elena de White se refirieran a explosiones atómicas.

Las dos mejores opciones que tenemos a mediados de 1990² son las explosiones atómicas y los cometas o meteoritos.

¿Dice Elena de White algo en las cuatro citas que pueda ayudarnos a elegir entre esas dos opciones? La respuesta es sí. Tanto en 1904 como en 1906, ella vio que la bola de fuego o las bolas de fuego *caían*. En una explosión atómica, la bomba caería desde el cielo, pero no crearía una bola de fuego durante su caída. Y una vez que explotara y se convirtiera en una bola de fuego, dejaría de caer. (La nube en forma de hongo resultante de una explosión atómica iría en realidad hacia arriba.). Pero una *bola de fuego* descendente sería exactamente lo que uno vería al observar un cometa o meteorito penetrando en la atmósfera de la tierra desde el espacio exterior.

Además, en la primera declaración de 1904, Elena de White dice que vio que “una inmensa bola de fuego *se precipitaba sobre el mundo*”. Podríamos decir que una bomba atómica se precipitó sobre Moscú, Tokio o Nueva York, pero probablemente no diríamos que se precipitó “sobre el mundo”. En cambio, sería muy correcto decir que un cometa, asteroide o meteorito proveniente del espacio exterior se precipitó “sobre el mundo”. Vemos así que el lenguaje mismo utilizado por Elena de White para describir la bola de fuego descendente resulta más apropiada para el caso de un cometa o meteorito que para una explosión atómica.

Por estas razones, creo que los objetos provenientes del espacio exterior son, al presente, la mejor explicación de lo que Elena de White vio. Aunque persiste la posibilidad de que aún no sepamos qué fue lo que ella vio en realidad.

Elena de White y Jesús. Otra pregunta que necesitamos

formular es si en la visión de las bolas de fuego que caían del cielo, Dios le mostró a Elena de White el cumplimiento de la predicción hecha por Jesús acerca de la caída de estrellas. Esta es una idea que resulta atrayente para quienes están ansiosos por conocer el futuro (¿y quién no lo está?).

Debemos comenzar diciendo que Elena de White nunca sugirió una relación tal y es probable que nunca se le haya ocurrido. Esto debería bastar para que no insistamos en que existe una relación tal. Sin embargo, los detalles o especificaciones en común son una indicación de que existe alguna relación entre ideas que no están vinculadas de maneras más obvias, y podemos notar varias similitudes entre lo que Jesús predijo y lo que Elena de White vio:

- ❖ La caída de estrellas anunciada por Jesús y las bolas de fuego de las visiones de Elena de White son predicciones referidas al tiempo del fin.
- ❖ Ambos predicen la caída de objetos ígneos desde el cielo.
- ❖ En ambos casos, los objetos ígneos podrían ser cometas, asteroides o meteoritos.
- ❖ Ambos predicen que estos objetos descendentes causarán terror entre la gente.
- ❖ Ambos predicen que el pueblo de Dios se regocijará a causa de estas señales (véase Luc. 21:28).

Esto me lleva a concluir que puede existir una relación entre las declaraciones de Jesús y las de Elena de White.

Los profetas y su cultura. Un erudito adventista, cuya interpretación profética respeto, ha señalado que cuando Dios da a sus profetas visiones acerca del futuro, no va más allá de lo que ellos pueden comprender en los términos de su propia cultura. Por ejemplo, algunas personas pretenden que las langostas mencionadas en Apocalipsis 9:3-10 se refieren a los helicópteros modernos, ¡a los helicópteros negros, por supuesto! Mi amigo el

erudito diría “no”, y yo coincido con él. No podemos dar por sentado que todas las imágenes proféticas pueden ser exactamente actualizadas con el fin de que coincidan con cosas que llegaron a la existencia después de que la profecía fue comunicada.

Pero el hecho de que evitemos tales extensiones no implica que debamos insistir en que las bolas de fuego que vio Elena de White sólo pueden ser explicadas en términos de cosas con las que ella estaba familiarizada en sus días.

El tipo de explosivos militares existentes en su tiempo podría ciertamente haber satisfecho las especificaciones de sus dos visiones, incluyendo las bolas de fuego que se precipitaban y las flechas ígneas que se desprendían de ellas.³ Sin embargo, insistir en que ella estaba describiendo las municiones militares explosivas de su época equivale a decir que ella misma habría interpretado las bolas de fuego de esa manera. Ella sólo reporta haberlas visto, dejando para nosotros la tarea de suponer qué podría ser aquello. Mi sugerencia es que ella no sabía más que sus contemporáneos acerca de lo que estaba viendo.

Sin embargo, usted y yo *podemos* actualmente entender lo que significan los cometas y los asteroides. *Podemos* también entender que la caída de un asteroide en el océano provocaría una marejada gigante que cumpliría fácilmente la predicción de Jesús acerca del bramido del mar y de las olas; y podemos entender que los cometas y meteoritos podrían cumplir fácilmente la visión de Elena de White acerca de las bolas de fuego. En consecuencia, creo que es perfectamente apropiado elaborar una conjetura bien informada acerca de lo que Jesús y Elena de White quisieron decir.

¿Deberíamos considerar con anticipación estas señales? Alguien podría opinar que los adventistas no debemos dedicarnos a especular acerca de cosas tales como bolas de fuego que están en el futuro. Mi respuesta a esa objeción sería que fue Dios, no yo, quien dio a Elena de White dos visiones acerca de

las bolas de fuego; y que fue ella, no yo, quien escribió, al menos en cuatro ocasiones, acerca de bolas de fuego. Yo simplemente estoy tratando de entender lo que ella —y Dios— quisieron decir mediante estas cosas.

También me gustaría señalar que cuando los miembros del pueblo de Dios vieron estas bolas de fuego, dijeron: “Gloria a Dios”; y que cuando la gente les preguntó por qué alababan a Dios, los primeros respondieron: “Porque ahora vemos lo que hemos estado esperando”.

Lejos de ser demasiado especulativo, *¡Elena de White sugiere que el pueblo de Dios debería estar esperando estas bolas de fuego!*

La pregunta que yo haría es, pues: ¿De dónde obtuvieron esas personas la idea de que debían esperar esas bolas de fuego? Hay al menos dos fuentes en las que puedo pensar: las declaraciones de Lucas, que ya hemos examinado en el capítulo anterior, y las declaraciones mismas de Elena de White acerca de las “bolas de fuego”, que ya hemos visto en este capítulo.

Otras dos declaraciones

Elena de White hizo otras dos declaraciones, las cuales, en combinación con una declaración que se encuentra en la Biblia, son relevantes para el análisis que estamos haciendo en este capítulo. En el libro *Eventos de los últimos días*, ella escribió lo siguiente:

“El Señor llama a su pueblo a establecerse lejos de las ciudades, porque en una hora como la que no pensamos, lloverán del cielo fuego y azufre sobre ellas” (p. 97).

Esto se parece mucho a la descripción bíblica de la destrucción de Sodoma y Gomorra:

“Entonces Jehová hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte de Jehová desde los cielos” (Gén. 19:24).

Compare ahora esto con una declaración que aparece en la sección “Comentarios de Elena G. de White” del tomo 5 del *Comentario bíblico adventista*:

“Cuando el sol salió por última vez sobre las ciudades de la llanura, la gente pensó que comenzaría otro día de impío libertinaje... De pronto, como el trueno retumba en un cielo sin nubes, cayeron bolas de fuego sobre la ciudad condenada” (pp. 1096, 1097).

Un simple silogismo debería hacer que resulte clara la lógica de estas tres declaraciones. Un silogismo consiste en dos proposiciones que, unidas, conducen a una conclusión lógica. He aquí el silogismo que quisiera someter a su consideración:

- ❖ Proposición 1: Elena de White dijo que caerá fuego y azufre sobre las ciudades en los últimos días.
- ❖ Proposición 2: Ella describió el fuego y el azufre que cayeron sobre Sodoma y Gomorra como “bolas de fuego”.
- ❖ Conclusión: En consecuencia, caerán bolas de fuego sobre las ciudades en los últimos días.

La conclusión de un silogismo sólo puede ser válida si ambas proposiciones son completamente válidas, y un experto en lógica podría hacer algunos huecos en una o en ambas de mis proposiciones. Sin embargo, la validez de mi conclusión es grandemente fortalecida por el hecho de que en varias otras declaraciones que compartí con usted al comienzo de este capítulo, Elena de White se refirió a bolas de fuego que caían sobre las ciudades del mundo en los últimos días.

Esto pone fin a nuestro análisis de la naturaleza de los juicios divinos que sobrevendrán al mundo durante la crisis final. Ahora es tiempo de examinar la respuesta de la humanidad a estos desastres. Veremos primero lo que la profecía bíblica sugiere acerca de esa respuesta, y luego examinaremos lo que un

experto en ciencias sociales ha escrito al respecto.

Referencias

¹ Las fechas que aparecen en la anotación del diario personal sugieren que Elena de White comenzó esa anotación el día 23, tuvo su visión el 24, y completó su anotación, incluyendo su informe acerca de la visión, el 27.

² Escribí este capítulo el 16 de julio de 1995: en el quincuagésimo aniversario de la detonación de la primera bomba atómica experimental en White Sands, Nuevo México, ¡el 16 de julio de 1945!

³ Por ejemplo, en su artículo “The Star Spangled Banner” [La bandera reluciente de estrellas], Francis Scott Key describe una batalla naval ocurrida durante la guerra de 1812, y habla de “bombardeos que estallaban en el aire”, las cuales presumiblemente podrían haber creado “flechas ígneas” que surgieran de las explosiones.

Los cambios de paradigmas y la profecía bíblica

En el capítulo 1 dije que un cambio de paradigma es una variación en la manera básica como los seres humanos explican la realidad. El helenismo griego, que dominó el pensamiento occidental durante varios siglos, fue el mejor esfuerzo del mundo de entonces por explicar la realidad sobre una base racional. Sin embargo, en tiempos de Cristo, la explicación racional de la realidad estaba perdiendo su influencia en la humanidad. Los humanos somos seres espirituales; y hace dos mil años, la parte espiritual de la naturaleza humana quería más que racionalismo. La gente de entonces comenzó a anhelar que su comprensión de la realidad tuviera también un componente espiritual.

Muchas religiones basadas en el misterio surgieron entonces para llenar esa necesidad. *Y Dios eligió precisamente ese momento histórico para enviar a su Hijo al mundo.* Eligió precisamente ese momento para introducir su nueva religión: el cristianismo. El cristianismo proveía la verdadera solución divina para la necesidad del espíritu humano.

El cristianismo llegó finalmente a dominar el mundo occi-

dental y sus patrones de pensamiento. La religión reinó suprema. La realidad fue explicada mayormente en los términos de la fe. Desafortunadamente, esto significó una oscilación pendular extrema, un desequilibrio en la dirección de la explicación espiritual de la realidad.

Otro cambio de paradigma —el Renacimiento y la revolución científica— entró en escena para contrarrestar ese desequilibrio. *Y Dios eligió precisamente ese momento histórico para traer la Reforma protestante al mundo.* Sin embargo, a mediados del siglo XX, el científicismo había torcido nuevamente nuestra manera de entender la realidad. Así que no debería sorprendernos el hecho de que estemos aún ahora en las primeras etapas de un cambio de paradigma que nos aleja del científico y el racionalismo y nos conduce hacia lo religioso y espiritual. *Y Dios ha elegido nuevamente el momento histórico de un importante cambio de paradigma para comunicar un gran mensaje al mundo:* la advertencia final inmediatamente previa al segundo advenimiento de Cristo.

No debería sorprendernos que un importante cambio de paradigma estará produciéndose —y en verdad estará consumado— en el momento cuando ocurran los acontecimientos finales de la tierra. La profecía bíblica, especialmente Apocalipsis 13 y 17, deja en claro que las mismas condiciones que estamos viendo desarrollarse a nuestro alrededor prevalecerán en el mundo precisamente antes que Jesús regrese.

Desafortunadamente, durante la mayor parte de nuestra historia, los adventistas hemos tenido los ojos tan fijos en los acontecimientos del tiempo del fin, que no fuimos capaces de percibir el telón de fondo necesario para esos acontecimientos. Pero el trasfondo es tan claro en las profecías mismas como en los acontecimientos.

Apocalipsis 13:1-8

Comencemos con Apocalipsis 13:1-4, 8. Mientras usted lee

estos versículos, especialmente el 4, note que describen una sociedad muy religiosa y espiritual:

Versículo 1: "Me paré sobre la arena del mar, y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo.

Versículo 2: "Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono.

Versículo 3: "Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia,

Versículo 4: "Y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?...

Versículo 8: "Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo".

Quienes están totalmente consagrados al secularismo generalmente no se interesan en la religión, excepto tal vez como un tópico curioso para el estudio científico. Pero Apocalipsis dice que el mundo entero se maravillará en pos de esta bestia, a tal punto que irán en pos de ella y la adorarán. Científicos, profesores universitarios y ejecutivos que lideran los negocios más importantes del mundo se inclinarán ante este poder anticristiano. ¡Esto nada tiene que ver con el mundo racional e intelectual en el que la mayoría de los lectores de este libro han crecido!

Si hace un siglo hubiéramos percibido este detalle de Apocalipsis 13, podríamos haber predicho que el cambio de paradigma que estamos experimentando ahora mismo habría de ocurrir. También habríamos sabido que los eventos del tiempo del fin no habrían de ocurrir hasta que se produjera el cambio

de paradigma. Desafortunadamente, estábamos demasiado interesados en que esos eventos se cumplieran “ahora”, delante de nuestros ojos, como para leer Apocalipsis 13 de una manera más cuidadosa.

Apocalipsis 13:11-17

La última mitad de Apocalipsis 13 pinta un cuadro similar en muchos aspectos al de la primera mitad:

“Y se le permitió [a la segunda bestia] infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase. Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre” (vers. 15-17).

Esto se llama religión obligatoria, lo cual significa que los gobiernos del mundo estarán bajo el control de autoridades religiosas al final de la historia. En el mundo actual, prácticamente el único sistema político que se encuentra bajo un grado tal de control religioso es Irán. Sin embargo, de acuerdo con Apocalipsis 13, al final mismo de la historia los gobiernos de todo el mundo caerán bajo la dominación de autoridades religiosas.

Note también que en este pasaje la religión también controla las instituciones económicas del mundo. La bestia semejante a un cordero ordena que a cualquiera que se niegue a adorar de la manera políticamente correcta le sea negado el derecho de vender o comprar.

Apocalipsis 17

Apocalipsis 17 nos presenta el dramático cambio de paradigma que ocurrirá en el mundo justo antes del regreso de Jesús

aún más explícitamente que el capítulo 13:

“Vino entonces uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y habló conmigo diciéndome: Ven acá, y te mostraré la sentencia contra la gran ramera, la que está sentada sobre muchas aguas; con la cual han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación. Y me llevó en el Espíritu al desierto; y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio:

**BABILONIA LA GRANDE,
LA MADRE DE LAS RAMERAS
Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.**

Y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús” (vers. 1-6).

Dos símbolos se destacan en esta profecía: una mujer y una bestia. Como sin duda usted sabe, en el lenguaje profético de la Biblia, una bestia representa casi siempre una nación o una autoridad política, y una mujer representa el pueblo de Dios o la iglesia. La mujer pura de Apocalipsis 12 representa la iglesia verdadera de Dios, mientras que la ramera de Apocalipsis 17 representa a la iglesia en un estado de profunda apostasía.

La primera cosa digna de ser destacada acerca del pasaje de Apocalipsis 17 que estamos estudiando es que la mujer comete adulterio con los reyes. El adulterio es una relación ilícita entre un hombre y una mujer, una relación que Dios condena. Por lo tanto, podemos esperar que en el mismo fin del tiempo se desarrollará una relación entre la iglesia (la mujer) y los gobernantes del mundo (los reyes) que Dios condena.

¿Cuál será la naturaleza de esta relación impía? El versículo 3 nos da la respuesta. Note que la mujer está montada sobre la bestia. Esto es extremadamente significativo, porque un jinete humano tiene siempre el control del animal al que monta. Ya sea un caballo, un camello o un elefante, el ser humano que está encima del animal es quien lo dirige.

En el lenguaje profético de la Biblia, una bestia representa una entidad política, un gobierno, y Apocalipsis dice que cuando el tiempo esté por llegar a su fin, la mujer (la iglesia cristiana) estará encima de (dirigirá a) la bestia (gobierno). ¡Una iglesia apóstata estará a cargo de los sistemas políticos del mundo! Esta es la relación adultera. ¡Pero es difícil que esto ocurra en el mundo secular de hoy! Por lo tanto, tendrá que ocurrir un cambio significativo en la relación entre el cristianismo y los gobiernos del mundo para que Apocalipsis 17 pueda cumplirse.

Apocalipsis va más allá y afirma que los reyes de la tierra y sus habitantes son intoxicados con el vino de la mujer. Los adventistas siempre hemos entendido la imagen apocalíptica del vino como símbolo de una doctrina falsa. En consecuencia, este versículo nos dice que todos los habitantes de la tierra aceptarán las falsas enseñanzas del poder religioso omnímodo del tiempo del fin. Recuerde que la gente bebe alcohol por placer, ciertamente un placer pecaminoso. Estas personas no son totalmente forzadas a rendir esta falsa adoración espiritual. Es pecaminosa, y ellos se deleitan en ella. Es lo que desean. Un cambio de paradigma significa que una nueva forma de pensar llega a ser la manera como las personas prefieren ver la realidad. Resulta claro que en Apocalipsis 17, tanto los dirigentes políticos como la gente común (los habitantes de la tierra) se unen voluntariamente a la mujer en la manera de pensar de ésta.

No puedo destacar demasiado el hecho de que Apocalipsis 13 y 17 no podrían haberse cumplido durante los últimos dos siglos.* El mundo de entonces era demasiado racional, dema-

siado científico, demasiado secular. Estaba muy poco interesado en las cosas espirituales y era con frecuencia demasiado hostil a las cosas religiosas. Especialmente durante el siglo XX, el secularismo ha logrado el control total de la mayoría de las instituciones del mundo occidental: política, ciencia, educación, comunicaciones, etc. No obstante, los adventistas siempre han dicho que estas profecías han de encontrar su primer cumplimiento en Occidente, especialmente en Norteamérica, para hacerse luego extensivas al resto del mundo.

Resulta claro que un cambio importante de paradigma habrá sido completado cuando Apocalipsis 13 y 17 alcancen su cumplimiento. La religión recuperará el control que una vez tuvo sobre las principales instituciones de la sociedad durante la Edad Media.

Sin embargo, hay un problema que debemos resolver: el tiempo. Los cambios de paradigma como los que hemos estado discutiendo en este capítulo requieren siglos para desarrollarse. El más reciente cambio de paradigma, de la religión nuevamente hacia el racionalismo, comenzó en el siglo XV y no alcanzó su maduración plena hasta el siglo XX, casi quinientos años después. Aun con nuestros modernos medios de comunicación, un cambio de paradigma que parte del racionalismo para volver a las maneras religiosas de pensar demoraría cien años o más. ¿Tendremos que esperar tanto para que ocurran los eventos finales de la historia de la tierra?

Creo que la respuesta es no. Hay una manera de que los cambios de paradigmas ocurran casi en un abrir y cerrar de ojos. Esa manera se llama *crisis*. Y eso es exactamente lo que tanto la Biblia como Elena de White predicen que ocurrirá en el mundo poco antes de que Jesús venga.

En el próximo capítulo compararemos las crisis con los cambios de paradigma y arribaremos a varias interesantes conclusiones.

Referencia

* Elena de White sugiere que Jesús podría haber regresado hace cien años si el pueblo de Dios hubiera estado listo. Mi frase: "Apocalipsis 13 y 17 no podrían haberse cumplido durante los últimos dos siglos", no niega esa realidad, ya que si los eventos del tiempo del fin hubiesen ocurrido en la década de 1890, el cambio de paradigma actualmente en curso tendría que haberse dado cien años antes. Estoy seguro de que Dios podría haber hecho que eso ocurriera.

Los cambios de paradigmas y los desastres

Hace varios años me encontraba casualmente en el campus del Colegio Walla Walla, en College Place, Washington, y tenía un par de horas libres antes de mi próximo compromiso. Como no quería perder el tiempo me encaminé hacia la biblioteca. Había estado estudiando el milenio durante varias semanas, así que decidí ver qué libros podría haber en la Biblioteca acerca de ese tema.

Revisé la lista computadorizada de títulos existentes y encontré varios que parecían útiles. A juzgar por los respectivos números de catalogación, la mayoría de ellos se encontraban en una misma zona de las estanterías. Pocos minutos después di con el estante correcto. Y, como lo hago frecuentemente, revisé toda esa sección de libros para ver si había allí algo acerca del milenio que mi búsqueda computadorizada no hubiera descubierto. Un libro en particular captó mi atención: *Disasters and the Millennium*, de Michael Barkun.*

El Sr. Barkun es un sociólogo, y, como tal, escribe acerca de los efectos de los desastres sobre los individuos y sobre la sociedad en su totalidad. En su libro propone que los desastres

crean las circunstancias bajo las cuales los cambios de paradigmas pueden ocurrir muy rápidamente. Dice, por ejemplo, que “los desastres crean condiciones particularmente propicias para la alteración rápida de los sistemas de creencia” (*Ibid.*, p. 113). Un sistema de creencia es lo mismo que los paradigmas acerca de los cuales hemos estado estudiando en este libro. Por lo tanto, podemos alterar la declaración del Sr. Barkun y decir que “los desastres crean condiciones particularmente propicias para que ocurran cambios rápidos de paradigmas”. Note también las siguientes declaraciones, que dicen lo mismo:

“Los desastres producen el cuestionamiento, la ansiedad y la sugestionabilidad que son requeridas [para el cambio]; las personas se sienten movidas a abandonar los viejos valores del pasado sólo cuando se sienten débiles” (*Ibid.*, p. 6).

“El desastre, al eliminar el ambiente con el que se está familiarizado, suprime precisamente aquellos marcos de referencia por medio de los cuales normalmente evaluamos las declaraciones, las ideas y las creencias. Los sistemas de creencia que en ausencia del desastre podrían ser desechados, reciben ahora una consideración favorable” (*Ibid.*, p. 56).

“Los desastres ofrecen circunstancias naturales inusuales para la adopción súbita de nuevas creencias.

“Una población que ha padecido un desastre experimenta un sentimiento temporario de incapacidad, vulnerabilidad y confusión. La estructura social colapsada hace que las relaciones tradicionales de autoridad se vuelvan menos efectivas y que las normas tradicionales sean menos significativas.

“La víctima del desastre, para quien las pautas de vida han sido eliminadas, queda en un estado de pasividad, receptiva a la sugerión y necesitada de un ambiente sustitutorio. Tal persona necesita una nueva configuración de rela-

ciones y valores sociales para poder articular o explicar su nueva situación” (*Ibid.*, pp. 55, 56).

Note que los desastres finales predichos por Jesús y Elena de White crearán el clima perfecto para que los seres humanos busquen “nuevos valores y relaciones sociales”, o, para ponerlo en otros términos, esos desastres crearán el ambiente psicológico perfecto para que ocurra un cambio mundial de paradigma. Veamos nuevamente las palabras de Jesús: “Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas” (Luc. 21:25, 26).

“Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mat. 24:21, 22).

En este libro hemos examinado la posibilidad que existe de que ocurran desastres naturales en una escala desconocida para el mundo desde el diluvio. Hemos visto que las profecías tanto de la Biblia como de Elena de White anticipan catástrofes de esta magnitud poco antes de que Jesús regrese a la tierra. Mi predicción es que, como resultado de esos desastres, el mundo se volverá muy religioso. Las explicaciones religiosas de la realidad nuevamente serán preferidas por la sociedad como un todo.

También estoy seguro de que, como resultado de este cambio de paradigma, las principales instituciones del mundo —el gobierno y la política, la ciencia, la educación, el mundo del entretenimiento y los medios noticiosos— vendrán a estar bajo el control de la religión. Estas instituciones volverán a operar de acuerdo con presuposiciones religiosas acerca de la realidad.

También estoy seguro de que este cambio de paradigma

ocurrirá muy rápidamente. Viene nuevamente a mi memoria la declaración de Pablo según la cual: “Cuando digan: paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina” (1 Tes. 5:3).

Y también viene a mi memoria la declaración de Elena de White que dice: “Una calamidad repentina e inesperada, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 339).

Referencia

* Michael Barkun, *Disasters and the Millennium* [Los desastres y el milenio] (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1974).

Los desastres y los movimientos milenaristas

Tal vez usted se esté preguntando por qué Michael Barkun tituló su libro *Disasters and the Millennium*. ¿Qué tienen que ver los desastres con el milenio? Si entendemos por *milenio* los mil años que transcurrirán tras el regreso de Cristo, no mucho. Sin embargo, los desastres sí tienen mucho que ver con los *movimientos milenaristas*.

Los sociólogos usan la expresión *movimiento milenarista* para referirse a un fenómeno que tiende a ocurrir toda vez que un gran número de personas religiosas entran en un estado de excitación como resultado de pensar en el fin del mundo. Estas personas a menudo harán predicciones acerca de un tiempo venidero durante el cual ocurrirán desastres naturales, lo que a su vez será seguido por un tiempo de paz y justicia. Esa excitación escatológica no constituye el movimiento milenarista, sino la atmósfera en la cual tienden a surgir los movimientos milenaristas. A continuación aparecen las características de los movimientos milenaristas de acuerdo con la descripción que Michael Barkun hace de ellos:¹

Características de un movimiento milenarista²

- * Los milenaristas creen que la salvación es inminente.
- * Esperan que en el futuro cercano el orden social presente sea completamente destruido y se establezca una sociedad perfecta.
- * Creen que sus esfuerzos apresurarán la destrucción del viejo orden y el establecimiento del nuevo.
- * Pretenden poseer toda la verdad.
- * Los milenaristas tienen un sistema de creencia que explica las cuestiones fundamentales de la vida.
- * Exigen una consagración total a su causa, hasta el punto de abandonar actividades tales como trabajar, sembrar, cosechar, etc. Ellos estarán dispuestos incluso a vender su propiedad para promover “la causa”.
- * Afirman que son un “remanente”, un pequeño grupo de gente justa en un mundo totalmente malo.

¿Le suenan familiares estas ideas? Pues deberían, ya que son una expresión perfecta de lo que los adventistas del séptimo día creen acerca de sí mismos. *¡Somos un movimiento milenarista!* La predicación de Guillermo Miller creó un poderoso movimiento milenarista, y los adventistas salimos de allí. Hasta el presente, el adventismo del séptimo día es un movimiento milenarista.

Pero, ¿qué tienen que ver los desastres con los movimientos milenaristas? Note por favor lo que Barkun dice:

“Los movimientos milenaristas casi siempre aparecen en tiempos de revuelta, como resultado del contacto entre diferentes culturas, de trastornos económicos, revoluciones, guerras y catástrofes naturales” (p. 45).

“Una población que ha padecido un desastre experimenta un sentimiento temporal de incapacidad, vulnerabilidad y confusión. La estructura social colapsada hace

que las relaciones tradicionales de autoridad se vuelvan menos efectivas y que las normas tradicionales sean menos significativas. *En condiciones como éas aparecen los movimientos milenaristas*" (*Ibid.*, p. 55; la cursiva es mía).

La explicación de Barkun acerca de por qué los desastres tienden a suscitar movimientos milenaristas debería resultar suficientemente comprensible para los adventistas del séptimo día:

"A menudo se interpretan los desastres como un castigo de Dios, y 'la idea del castigo parece fuerte entre ciertos grupos religiosos que ven los desastres como una indicación de cambios apocalípticos y de esperanza milenialista'"³ (*Ibid.*, p. 80).⁴

Desastres múltiples

Barkun también señala que los desastres múltiples son mucho más efectivos que un desastre único en lo que respecta al surgimiento de movimientos milenaristas. "Una situación de desastre importante", dice, "no parece capaz de generar... milenarismo" (*Ibid.*, p. 78). "Los desastres aislados... raramente producen milenarismo" (*Ibid.*).

¿Por qué es esto así? Los movimientos milenaristas ocurren cuando un gran número de personas abandonan su antiguo sistema de creencias y adoptan uno nuevo. Y, como aprendimos en el capítulo anterior, las personas generalmente no harán esto durante un tiempo de paz. En cambio, los antiguos sistemas de creencia son casi siempre cuestionados en un tiempo de desastre, y *los desastres múltiples son mucho más efectivos para lograr esto que un desastre único*. Note lo que Barkun dice:

"Es menos probable que un desastre aislado o único provoque un cuestionamiento serio de los modos existentes de explicar [la realidad], incluso en el caso de que el desas-

tre mismo resulte inexplicable en los términos culturales corrientes... Todos los sistemas de creencia tienden a ser preservados tanto como sea posible, aun cuando otros sistemas alternativos podrían proveer una comprensión más adecuada...

“No obstante, a medida que los desastres y sus consecuencias se multiplican, las insuficiencias de las maneras tradicionales de explicar esos fenómenos se vuelven patentemente obvias” (*Ibid.*, p. 79).

La conclusión de Barkun según la cual los desastres múltiples tienen más probabilidades de crear cambios de paradigmas y movimientos milenaristas me recuerda un comentario de Elena de White: “Estas destrucciones se seguirán la una a la otra” (*El evangelismo*, p. 24) y “habrá una serie de acontecimientos que pondrán de manifiesto que Dios es el amo de la situación” (*Testimonies for the Church*, t. 9, p. 96; la cursiva es mía). Jesús también sugirió que los desastres del tiempo del fin serán múltiples. El predijo “señales” (plural) en el sol, la luna y las estrellas (Luc. 21:25).

“Materia prima ideológica”

Puede ser que usted se esté preguntando por qué Dios se molestó en hacer surgir a la Iglesia Adventista del Séptimo Día a mediados de 1800. ¿Por qué dedicar un siglo y medio para hacer lo que los desastres del tiempo del fin podían lograr en apenas unos pocos años?

Esa es una buena pregunta, y hay para ella una buena respuesta: Aun bajo la poderosa influencia de los desastres naturales del tiempo del fin, no podríamos realizar la tarea en unos pocos años sin el telón de fondo de los ciento cincuenta años previos. Permítame compartir con usted una cita del libro del señor Barkun, para luego explicarla:

“Si los desastres múltiples representan una condición

típica para el surgimiento de movimientos milenaristas, otra condición esencial es la presencia de ‘materia prima ideológica’. *Las ideas ya deben estar presentes para que, sin demasiada distorsión, puedan ser interpretadas de una manera salvacionista*” (Barkun, pp. 84, 85; la cursiva es mía).

Cuando Barkun dice que la materia prima ideológica ya debe estar presente en el momento del desastre, se refiere a que las ideas básicas que la gente defenderá entonces no surgen de la nada en el momento mismo del desastre. Ellas ya deben estar presentes en la sociedad. El desastre meramente da ímpetu a esas ideas que ya están emplazadas cuando aquél ocurre.

Reconocer este hecho nos ayuda a entender mejor la misión de la Iglesia Adventista durante estos ciento cincuenta años transcurridos desde 1844. Durante ese período, no hemos tenido éxito más que en ganar para nuestro mensaje a un minúsculo porcentaje de la población mundial. Pero tal vez el plan más abarcante de Dios no requería más que eso. Lo que él pretendía, y lo que en gran medida hemos hecho, es sembrar nuestras perspectivas singulares alrededor del mundo. Cuando los desastres del tiempo del fin ocurran, nuestra materia prima ideológica se encontrará en el lugar adecuado para explicar a las personas por doquier qué es lo que estará ocurriendo alrededor de ellos.

Así que si usted se siente frustrado porque el mundo no está aceptando nuestro mensaje en la medida en que desearíamos que lo hiciera, no se desanime. No se dé por vencido. Se acerca el tiempo cuando nuestro mensaje será la explicación más lógica de lo que estará ocurriendo. Me gustaría compartir aquí con usted la ilustración del árbol de Navidad que aparece en mi libro *El desafío del tiempo final*:

“¿Colgó usted alguna vez adornos luminosos en un arbolito navideño. Primero se unen varias cintas y se las intercala entre las ramas. Cuando el árbol está cubierto de guirnaldas, se apaga la luz de la sala para oscurecerla. Se

conecta luego el enchufe de las guirnaldas luminosas e instantáneamente cada una de ellas emite su destello, y así el arbolito queda cubierto de diminutas luces.

“Los adventistas del séptimo día han sido ‘luces extendidas’ alrededor del mundo entero, y durante todo ese tiempo nos ha parecido que hemos logrado muy poco. Pero cuando el poder de la lluvia tardía del Espíritu Santo imparta energía a la iglesia de Dios, [y cuando los desastres del tiempo del fin abran la mente de las personas para aceptar la verdad], repentinamente destellarán un sinnúmero de luces alrededor del mundo entero, y estas pequeñas luces se incrementarán rápidamente hasta que el mundo quede inundado de luz” (p. 201).

¿Sabe usted lo que significa *Misión global*? Así se llama el más grande esfuerzo evangelizador mundial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día durante la década de 1990. El propósito de *Misión global* es establecer una presencia adventista en tantos grupos de un millón o más de personas aún no alcanzadas como sea posible para el año 2000.

No se me ocurre nada que pudiera cumplir mejor el propósito de Dios para esta iglesia en el tiempo presente.

Mientras tratamos de alcanzar a tantas personas como sea posible, Dios no se siente frustrado con nosotros ni se puede decir que fracasamos en el cumplimiento de nuestra misión si no logramos alcanzar a cada ser humano. Más importante que alcanzar a cada ser humano es ubicar nuestra materia prima ideológica en tantos lugares como sea posible alrededor del mundo, de tal manera que esa materia prima “esté allí” cuando los desastres del tiempo del fin abran la mente de las personas y las dispongan a recibir el mensaje.

Lo insto a no abandonar la tarea de esta iglesia sólo porque parezca que se ha logrado tan poco. Siga sosteniéndola con tanta energía y tantos dólares como pueda. De esa manera estará contribuyendo a ubicar la materia prima ideológica para el

momento del futuro cercano cuando el mundo la necesitará en extremo.



NOTA ADICIONAL

La conclusión de Barkun según la cual los movimientos milenaristas tienden a aparecer en tiempos de desastre plantea una cuestión interesante para los adventistas. Durante las décadas de 1830 y 1840, cuando surgió el movimiento milenarista de Guillermo Miller, no estaban ocurriendo desastres naturales importantes ni revueltas militares. Y mientras que nuestro movimiento ha sobrevivido a dos guerras mundiales, no fue *creado* por esas dos guerras. Por lo tanto, si los desastres tienden a crear movimientos milenaristas, ¿cómo es que nosotros llegamos a ser un movimiento milenarista sin la presencia de desastres en la sociedad en la que surgimos?:

“Hay, por supuesto, excepciones [ocasiones en las que los movimientos milenaristas surgen aunque no haya desastres]. La región situada al norte del estado de Nueva York estaba relativamente tranquila entre 1825 y 1860. Sin embargo, fue rápidamente inundada por el fervor milenario que llegó a conocerse como ‘el distrito incendiado’. No obstante, en la mayoría de los casos, cierta inestabilidad en el entorno parece ser el responsable de llamar al milenarismo a la existencia” (Barkun, p. 45).

Al hacer este estudio me he preguntado a menudo lo siguiente: ¿Por qué el movimiento millerita precursor del adventismo fue una excepción a la regla general según la cual los movimientos milenaristas surgen del desastre? ¿Por qué Dios nos hizo aparecer entre 1830 y 1860, un período relativamente apacible?

La respuesta es muy simple. Dios sabía que los desastres no producen materia prima ideológica, sino que se apropián de la ya existente. Por lo tanto, lógicamente, la materia prima ideológica alrededor de la cual se uniría su movimiento mile-

narista del tiempo del fin debía ser puesta en su lugar antes de que ocurrieran los desastres, durante un período de bonanza.

Creo que Dios también sabía que a su pueblo le llevaría por lo menos ciento cincuenta años esparcir esa materia prima ideológica alrededor del mundo, y que esa tarea resultaría prácticamente imposible de cumplir bajo las difíciles circunstancias que los desastres crean. El previó que necesitaríamos un siglo y medio de relativa paz para cumplir nuestra misión. Por lo tanto, dispuso que nuestro movimiento surgiera en un tiempo de relativa tranquilidad. Si los desastres crean las circunstancias de las que emergen usualmente los movimientos milenaristas, mi sugerencia es que la providencia divina fue el factor primario que hizo de nosotros una excepción a esa regla. Barkun simplemente no podía comprender eso. Todo lo que pudo hacer fue señalar la excepción a la regla, pero no determinar cuál fue la razón para ello.

Referencias

¹ Michael Barkun, *Disasters and the Millennium* [Los desastres y el milenio] (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1974). En el capítulo 8 se explica quién es Michael Barkun.

² Esta lista no está tomada textualmente del libro de Michael Barkun. Él menciona varias características de los movimientos milenaristas a lo largo de su libro. Agrupé esas características aquí.

³ Barkun aparentemente cita a una autoridad en esta declaración, ya que una porción de ella se encuentra entre comillas en el texto original. Sin embargo, no indica allí una referencia bibliográfica.

⁴ En la NOTA ADICIONAL que aparece al final de este capítulo se analiza la razón por la que los adventistas del séptimo día llegaron a ser un movimiento milenarista sin la influencia de los desastres naturales o la guerra.

Un engaño moderno

El 13 de mayo de 1917, tres niños —Francisco Marto (de 9 años de edad), Jacinta Marto (hermana del anterior, 7 años) y Lucía Santos (10 años)— estaban pastoreando sus ovejas cerca de la aldea de Fátima, en Portugal, en un lugar llamado Cova da Iria (Abra o Valle de Irene). Repentinamente vieron un destello de luz, y un momento después apareció una hermosa joven sobre un roble cercano. “No teman”, dijo, “no les haré daño. Vengo del cielo”.¹

Lucía le preguntó qué deseaba. “Quiero que vengan a este mismo lugar, a la misma hora, el día trece de cada mes durante los próximos seis meses”, respondió la joven. “Entonces les diré quién soy y qué quiero”. También les preguntó si estarían dispuestos a ofrecerse a Dios “para soportar todos los sufrimientos que él disponga enviarles para hacer reparación por los incontables pecados que le ofenden, y a suplicar por la conversión de los pecadores”.

Lucía dijo que sí.

“Entonces, ustedes padecerán mucho”, dijo la joven, “pero la gracia de Dios será vuestro consuelo”. Los niños vieron en-

tonces rayos de luz que brotaban de las manos abiertas de la mujer, quien concluyó su visita exhortando a los niños a “rezar el rosario cada día con el fin de obtener paz para el mundo y para que termine la guerra [la Primera Guerra Mundial]”. Luego, desapareció.

Cuando los niños relataron lo que habían visto, sus padres y otras personas se mofaron. Pero un mes después, permitieron que los niños volvieran al Cova da Iria en compañía de unos pocos adultos curiosos. Después de unos quince minutos, Lucía señaló hacia el cielo. “¡Allí viene la joven!”, exclamaron. Los adultos vieron cómo se doblaban las ramas del roble, aunque ninguna mano humana las estaba tocando. Para cuando ese segundo encuentro concluyó, los adultos estaban convencidos de que los niños habían hablado con la virgen María, y refirieron lo sucedido por doquier. La voz corrió rápidamente por toda la región.

Unas 5.000 personas se dieron cita en el Cova da Iria el 13 de julio para presenciar el diálogo de los niños con la joven. Esta vez ella confió a los niños un secreto y les dio instrucciones estrictas de que no lo contaran a nadie. También les prometió que el 13 de octubre realizaría un milagro “para que todos puedan ver y creer”. Extendió entonces sus manos y brotó luz de ellas. Lucía dijo que la luz penetró la tierra y que le permitió contemplar el infierno. “Has visto el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores”, dijo la joven. “Para salvarlos, Dios quiere establecer la devoción a mi inmaculado corazón en todo el mundo”.

En esa ocasión, la historia del encuentro de los niños con la “virgen María” se esparció como fuego en el rastrojo. Incluso los periódicos informaron del evento, aunque con gran escarnio. ¡Uno de ellos acusó a los jesuitas de fraguar la historia para obtener poder político!

El 13 de agosto, 15.000 personas se dieron cita en el Cova da Iria, pero los niños no estaban allí. Habían sido secuestrados

momentos antes del encuentro por el magistrado local del partido comunista,² quien estaba ansioso por demostrar que toda aquella historia era un fraude. Pero la gente allí presente vio un globo de luz que surcaba horizontalmente el cielo desde el este hasta asentarse finalmente sobre el roble. Seis días después, el 19 de agosto, la mujer apareció a los niños y les reiteró su promesa de que realizaría un milagro el 13 de octubre "para que todos puedan creer en mis apariciones".

¡El 13 de septiembre el entusiasmo era tal que 30.000 personas concurrieron al lugar! Ellos también vieron el globo luminoso asentarse sobre el roble, y vieron pétalos brillantes que caían por los aires a semejanza de la nieve. Y la mujer repitió la promesa acerca del milagro que realizaría el 13 de octubre.

La lluvia caía a torrentes el 13 de octubre, pero el cielo se aclaró de repente. Más de 75.000 personas³ estaban allí presentes para presenciar "el milagro". Y no fueron defraudados. Los niños vieron nuevamente a "la dama", y cuando estaba dejándolos abrió sus manos y esta vez los rayos de luz que brotaron de ellas se dirigieron hacia el sol. Mientras la gente contemplaba aquello, el sol comenzó a palidecer hasta tener el aspecto de un disco de plata. Entonces, rayos de muchos colores surgieron del sol en cada dirección: rojo, azul, amarillo, verde, todos los colores del espectro luminoso. Repentinamente, el sol adquirió la forma de una gigantesca rueda de fuego que giraba alocadamente alrededor de su eje. Danzaba frenéticamente en el cielo, y luego parecía salirse de su órbita y caer hacia la tierra. Se volvió azul, y luego amarillo. Pronto se vieron manchas amarillas que surgían de él y se precipitaban sobre el paisaje.

Uno de los periódicos informó que "las personas... miraban con asombro cómo el sol se agitaba y hacía movimientos bruscos e inauditos que trascendían todas las leyes cósmicas. El sol parecía literalmente danzar en el cielo".⁴

Tras ese despliegue sobrenatural, el sol volvió a ocupar su lugar en el cielo, la lluvia se detuvo y las nubes desaparecieron.

Y la gente allí presente, que había quedado empapada por la lluvia, notó que su ropa estaba completamente seca. Pero no sólo eso. ¡El suelo estaba completamente seco allí mismo donde apenas quince minutos antes el agua había formado charcos de hasta siete centímetros de profundidad!

Fátima es, sin duda, la aparición mariana más conocida de los tiempos modernos, pero de ninguna manera es la única. Muchas personas afirman haber visto a la virgen. En verdad, en los últimos quince o veinte años, personas de casi cada país del mundo pretenden haber visto a la virgen María misma o estatuas de la virgen exudando sangre y derramando lágrimas. Un documento que tengo en mi archivo y que se titula *Queen of Peace*,⁵ registra varias docenas de tales apariciones ocurridas desde 1970. Entre los países donde fueron vistas tales apariciones se cuentan Francia, Nicaragua, Ucrania, Corea, Estados Unidos de Norteamérica, Canadá e Italia, por mencionar sólo unos pocos.

Entre las numerosas apariciones de la virgen María durante los últimos 150 años, varias han adquirido cierto renombre. La primera de ellas ocurrió en 1846, cuando dos niños de la aldea francesa de LaSalette afirmaron haber visto a la virgen María. Lo de Fátima ocurrió en 1917, seguido por una aparición que tuvo lugar el 2 de julio de 1961 y de la que fueron testigos cuatro niñas de la aldea española de Garabandal. Más recientemente, en Akita, Japón, un grupo de monjas aseguraron haber recibido “locuciones” (mensajes orales) de la virgen.

Las más famosas apariciones ocurridas durante la segunda mitad del siglo XX tuvieron lugar en Medjugorje, un pueblo pequeño de Bosnia. Las visiones de Medjugorje han sido también la chispa precursora de otras apariciones en muchas otras partes del mundo, incluyendo cierto número de ellas en los Estados Unidos de Norteamérica.⁶

Las visiones de Medjugorje comenzaron el 24 de junio de 1981, cuando cinco adolescentes aseguraron haber visto a la

virgen mientras caminaban a lo largo de un sendero al pie del Monte Podbrdo. Un sexto joven estaba con ellos cuando vieron una visión similar el día siguiente. En cada uno de los otros casos de apariciones marianas citadas en este capítulo, las visiones cesaron después de cierto tiempo. Pero los jóvenes de Medjugorje aseguran haber recibido visiones regularmente desde 1981 hasta el presente (enero de 1996). Medjugorje también se ha convertido en un lugar muy popular para las peregrinaciones. Decenas de miles de personas se dan cita allí cada año, y la guerra que azotó esa región entre 1993 y 1995 no hizo gran mella en esa tradición.

La pregunta que naturalmente surge es: ¿Qué significa todo esto? Lo primero que deberíamos considerar es tal vez qué piensan los católicos mismos acerca de estas apariciones.

La iglesia realiza una cuidadosa investigación de cada informe acerca de una aparición de la virgen. Es típico que el obispo local sea quien inicie esa investigación. Si él tiene buenas razones para pensar que la aparición informada es creíble, reportará el incidente a niveles superiores de la iglesia para que la investigación continúe. Una vez que la iglesia se pronuncia en favor del carácter milagroso de una aparición, generalmente se levanta un santuario en el lugar donde aquélla ocurrió, y se exhorta a los fieles a que emprendan peregrinaciones hacia esos santuarios.

No obstante, la iglesia es sumamente cauta acerca de lo que proclamará como una aparición milagrosa. Sólo una media docena de tales hechos han recibido el aval eclesiástico en tiempos recientes. Cuando la investigación cuidadosa no encuentra suficiente evidencia para certificar que una aparición realmente ocurrió, los dirigentes católicos generalmente aconsejan a sus fieles que no participen de peregrinaciones a tales santuarios ni dediquen a ello atención especial. (Pero, por ser la humanidad como es, los fieles a menudo desoyen tales exhortaciones provenientes de la jerarquía de su iglesia.)

La siguiente pregunta es: ¿Qué deberían pensar los adventistas del séptimo día acerca de esas apariciones?

Sería sencillo desecharlas a todas como si se tratara de sensacionalismo de la prensa amarilla, como las predicciones que los astrólogos y “mentalistas” hacen a comienzos de cada año. No tengo la menor duda de que algunas así llamadas apariciones de la virgen son el resultado de la predisposición sugestible de la gente, que les hace “ver cosas” aun donde no las hay. No me impresiona demasiado que alguien pretenda haber visto el rostro de Jesús en las nubes, a la virgen María en una veta de una puerta de madera, o el reflejo del arcángel Miguel sobre la superficie de un auto reluciente.

Sin embargo, tampoco deberíamos rechazar todos los informes acerca de apariciones de la virgen María como si fueran tonterías de gente crédula. Los niños de Fátima predijeron con varios meses de anticipación que un milagro ocurriría el 13 de octubre de 1917, y 75.000 personas fueron testigos de ello. Incluso dos periódicos seculares que habían ridiculizado la historia de los niños hasta ese momento describieron los hechos del 13 de octubre con lujo de detalles. En verdad no es posible desechar los eventos de Fátima como si se tratara de un fraude. *Debemos* tomarlos en serio. Algo sobrenatural, algo milagroso, ha ocurrido, al menos en varias de las apariciones más conocidas, y probablemente también en varias de las menos conocidas.

Y es aquí donde los adventistas del séptimo día debemos ser cuidadosos, ya que las Escrituras dicen claramente que los falsos milagros serán uno de los mayores engaños de Satanás en el tiempo del fin. Jesús dijo que “se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos” (Mat. 24:24). Pablo nos advirtió acerca del “inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden” (2 Tes. 2:9, 10). Y según Juan, en el Apocalipsis, la se-

gunda bestia del capítulo 13 engañará a los habitantes de la tierra con “grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres” (vers. 13, 14).

De allí que Elena de White nos advirtiera que pusiéramos a prueba cada milagro mediante el testimonio de la Escritura.⁷

Por favor, avance conmigo mientras hacemos eso.

Ya he mencionado un par de puntos que deberían alertar a todo adventista que esté familiarizado con la Biblia para que sea cauto. Los católicos están absolutamente seguros de que la virgen María ha estado en el cielo desde que murió, hace unos 2.000 años. Pero la Biblia enseña que cuando los seres humanos mueren permanecen inconscientes en sus tumbas. Por lo tanto, María no ha estado en el cielo durante los últimos 2.000 años, ni es ella quien se está comunicando con las personas que han sido testigos de las así llamadas apariciones marianas. Tampoco provienen de Dios los milagros asociados con estas apariciones.

Lucía, una de las videntes de Fátima, aseguró que el 13 de julio Dios le permitió contemplar el infierno, donde ella vio a los pecadores sufriendo en las llamas. Pero la Biblia dice que el infierno arderá recién después del milenio (véase Apoc. 20:14, 15). No está ardiendo ahora, y los pecadores no están siendo enviados allí ahora. Tanto los impíos como los justos permanecen en sus tumbas hasta la resurrección. Por lo tanto, cualquier visión que pretenda mostrar a la gente “la realidad del infierno” no proviene de Dios.

Los católicos enseñan que los pecadores que no son lo suficientemente buenos como para ir al cielo ni lo suficientemente malos como para ir al infierno van a un lugar intermedio llamado purgatorio, donde sigue el proceso de purificación del pecado. Finalmente, se supone que los pecadores que están en el purgatorio serán capaces de llegar al cielo en virtud de sus

propios esfuerzos y de las numerosas plegarias y misas celebradas en favor de ellos por sus seres amados que todavía viven en la tierra. Pero esto es puro invento de la Iglesia Católica. La doctrina del purgatorio no tiene apoyo alguno en la Biblia. Sin embargo, [quien se apareció como si fuera] la virgen María dijo a varios de sus interlocutores en sus apariciones que debían “rezar por las almas que estaban en el purgatorio”.⁸ No titubeo en decir que *Dios no apoya tales enseñanzas en ninguna de sus legítimas comunicaciones con los seres humanos.*

Las falsas enseñanzas acerca de la vida después de la muerte son el fundamento mismo del espiritismo, como todo adventista del séptimo día sabe. Y las manifestaciones de tipo espiritista han sido parte de varias apariciones marianas. En una ocasión, los videntes de Garabandal, España, afirmaron haber conversado con el sacerdote Luis Andreu, difunto hermano del sacerdote Ramón Andreu. He aquí el informe que ellos dieron de esa conversación:

“Pocos días después de la muerte del padre Luis, la bienaventurada virgen nos dijo que conversaríamos con él... A las veinte o veintiuna en punto, la bienaventurada virgen se nos apareció sumamente risueña, como de costumbre. Ella nos dijo a los cuatro: ‘El padre Luis vendrá ahora a hablar con ustedes’. Un momento después, él vino y nos llamó a cada uno por nuestro nombre. No lo vimos en ningún momento, pero escuchamos su voz. Era exactamente como la que tenía en la tierra. Tras hablarnos durante un rato, dándonos consejos, nos dijo ciertas cosas para su hermano, el padre Ramón María Andreu”.⁹

La “confirmación” de que el padre Luis había hablado en efecto con los videntes se produjo cuando éstos comunicaron al padre Ramón lo que su hermano había dicho: “Se le dieron al padre Ramón detalles precisos acerca del funeral de su hermano [Luis] y detalles de la vida personal de éste sólo conocidos por

aquél".¹⁰ ¡Esto es espiritismo en su más bella pero flagrante forma!

También he encontrado en las obras católicas que leí acerca de las apariciones de la virgen María un fuerte énfasis en la justificación por obras o méritos. María aconseja constantemente a los videntes que reformen sus vidas, que dejen de pecar, que hagan penitencia, que recen el rosario, y que realicen toda clase de ceremonias y rituales. En los cientos de páginas que he leído, entre libros y artículos de revistas, ni una sola vez encontré una clara enseñanza acerca de la salvación por la gracia sola y por medio de la fe. Todo es obras y más obras.

Uno de los temas más inquietantes que aparece vez tras vez en esta literatura mariana es la idea de que los seres humanos vivos deben hacer reparación por los pecadores. Hacer reparación en este sentido significa hacer enmiendas o correcciones, compensar¹¹ por un error o perjuicio cometido, resarcir, pagar. Eso es ciertamente lo que Jesús hizo en la cruz. Ningún otro ser humano es digno o está en condiciones de hacer reparación por los pecadores, y es una blasfemia suponer que Cristo nos pide que lo hagamos. Sin embargo, uno de los mensajes más frecuentes que los videntes afirman haber recibido de María es que Dios está airado con el mundo a causa de los numerosos pecados de éste; que el corazón de Jesús está muy triste; y que, en virtud de sus muchos sacrificios, los videntes pueden desviar la ira divina y hacer feliz a Jesús.

“Reza mucho, y haz sacrificios por los pecadores”, se le dijo al testigo de una aparición, “pues muchas almas van al infierno porque no tienen a alguien que rece y haga sacrificios por ellos”.¹² ¡Aparentemente, el sacrificio de Cristo es inadecuado para salvar a los pecadores e impedir que vayan al infierno! Y esto es típico de las incontables declaraciones de la literatura mariana que he leído. ¡Aun los niños pequeños son hechos responsables de mantener felices a Dios y a Jesús! Un autor católico dice lo siguiente acerca de los niños que recibieron la visión

de Fátima:

“Tras el milagro del sol, los tres niños siguieron con sus largos rezos y formidables penitencias, sin atender consideraciones respecto de su salud. Finalmente, un consagrado y simpático sacerdote, el padre Faustino, los persuadió de que enmarcaran sus excesos dentro de los límites de la prudencia. Con todo, Francisco seguiría pasando largas horas cada día ante el altar ‘consolando al Jesús oculto’, como diría a sus compañeros, mientras que Jacinta pasaba horas interminables llorando de rodillas, implorando a Dios que salve a las almas del terrorífico infierno. Certo día, Francisco desapareció. Se lo buscó larga y ansiosamente. Finalmente, Lucía lo encontró de bruces sobre la tierra, detrás de un muro, en los campos, como si estuviera en trance. ‘¡Francisco!’, exclamó la niña sacudiéndolo ansiosamente, ‘¿Qué estás haciendo?’. El pequeño se fue incorporando lentamente, y con una mirada distante murmuró: ‘He estado pensando en Dios. He estado pensando en todos los pecados que lo entristecen tanto. Si sólo pudiera consolarlo’ ”.

¡Protesto! ¡Eso es abuso espiritual de menores! Dios es perfectamente capaz de hacerse cargo de sus propias emociones. Seguramente se regocija por cada pecador que se arrepiente (véase Luc. 15:7), pero no creo que haga responsables de su felicidad a los seres humanos, ¡y ciertamente no pone semejante carga sobre los niños de ocho y diez años de edad!

Pero la enseñanza más blasfema, que aparece vez tras vez en estas apariciones de lo que pretende ser la virgen María, es que ella es co-redentora y co-mediadora con Jesús. Un autor católico escribió algo que es típico de muchos otros:

“Puesto que nuestra salvación ha sido forjada en este corazón [el de María], es evidente que, después de Dios y de su Hijo Jesús, éste es el primer fundamento del que no

podemos separarnos sin incurrir en el peligro evidente de la ruina y la condenación eterna...

“También hay consagración, ante todo al Sacratísimo Corazón de Jesús, Hombre y Dios, y luego al Inmaculado Corazón de María, unida con Jesús en la obra de la salvación...

“En consecuencia, la caridad de María sufriendo con Cristo... yace en la fuente misma de su acción expiatoria y co-redentora”.¹³

Los ejemplos que he enumerado de las falsas doctrinas enseñadas por la así llamada virgen María deberían bastar para persuadir a cualquier persona que tenga una comprensión aun parcial de la verdad bíblica,¹⁴ de que estas apariciones *no* provienen de Dios. En consecuencia, resulta inevitable concluir que, puesto que al menos algunas de ellas son claramente sobrenaturales, tienen que provenir de Satanás.

Sé que lo que acabo de afirmar suena terriblemente duro y crítico, y hasta intolerante para algunas personas. Sin embargo, estamos viviendo en los días finales de la historia terrenal; las fuerzas del mal se están preparando rápidamente para el conflicto final; y debo advertir al pueblo de Dios que le aguarda un terrible engaño que pondrá rápidamente al mundo entero de su parte.

Las conclusiones que he compartido con usted en este capítulo acerca de las apariciones marianas son respaldadas y robustecidas por los autores Elliot Miller y Kenneth R. Samples en su libro *The Cult of the Virgin: Catholic Mariology and the Apparitions of Mary*.¹⁵ Cuando escribieron su libro, Miller y Samples eran investigadores que trabajaban con el Christian Research Institute [Instituto de investigación cristiana], ubicado en San Juan Capistrano, California, una organización dedicada a la investigación de las sectas y establecida por el experto Walter R. Martin.

En la primera mitad del libro, Miller presenta una cuida-

dosa evaluación protestante de la opinión católica acerca de María; Samples evalúa las apariciones de María en la segunda parte del libro. He aquí algunas de las conclusiones de Samples:

“Puesto que la mariología católica y las apariciones de María están inseparablemente entrelazadas entre sí (la mariología provee la base para las apariciones potencialmente auténticas), debemos desechar ambas. Si la enseñanza de las Escrituras hace que debamos rechazar la opinión católica acerca de María [en la primera parte del libro, Miller concluye que eso es lo que los protestantes deben hacer], no podemos entonces aceptar las apariciones marianas, que simplemente adoptan los mismos errores doctrinales. En consecuencia, los protestantes tenemos el derecho bíblico de desechar *a priori* las apariciones marianas, simplemente porque no se ajustan a nuestra norma o criterio [para evaluar la verdad]” (*Ibid.*, p. 128).

Pero Samples no se limita a rechazar las apariciones marianas como falsas, sino que continúa con la tarea crucial de evaluar su origen:

“Cualquier esfuerzo honesto por proveer una explicación satisfactoria para el fenómeno conocido como ‘apariciones marianas’ demostrará ser una tarea compleja y difícil. *Admito con franqueza que tal vez no pueda explicar todo lo que está conectado con estos hechos inusuales. No obstante, resulta lógico que el origen o causa de las apariciones marianas debe ser natural o sobrenatural...* En razón de la naturaleza no bíblica de las apariciones marianas, si la causa u origen es sobrenatural, sólo podemos estar frente a un fenómeno demoníaco, no de origen divino. Comprendo que esta línea de razonamiento resultará ofensiva para muchos católicos; sin embargo, creo que es una deducción teológicamente necesaria” (*Ibid.*, p. 129; la cursiva es mía).

Mientras escribía su libro, Samples estuvo en Medjugorje.

Dialogó con los seis jóvenes que afirman haber recibido visiones de la virgen María, y conversó también en Bosnia con simpatizantes y críticos del fenómeno. Dijo que, contrariamente a la opinión de quienes afirmaban que los jóvenes eran trastornados mentales, los encontró emocionalmente estables y dignos de confianza. “Parecen ser jóvenes maduros normales”, dijo, “ciertamente sin desequilibrios psicológicos”. Señaló asimismo que hubo también algún “buen fruto” como resultado de las apariciones marianas en Medjugorje (*Ibid.*, p. 131). Agrega, sin embargo, que si bien es cierto que “la credibilidad de los videntes añade crédito a una explicación *sobrenatural* para los eventos... eso no nos asegura que esta fuente sobrenatural es Dios. Es posible que la gente equilibrada resulte *sinceramente* engañada. Y si las apariciones son de origen demoníaco, su buen fruto no es más que un seductor engaño” (*Ibid.*; la cursiva es mía).

Otro aspecto de la investigación de Samples me pareció sumamente significativo. Dejaré que sea él mismo quien relate la historia, y pienso que usted reconocerá inmediatamente su importancia:

“Otro aspecto problemático de Medjugorje es que varios de los testigos de las apariciones han visto y aun tocado a personas que han muerto, además de hablar con ellas. En el caso de Ivanka, ella abrazó y besó en varias ocasiones a su madre muerta. Durante una entrevista, Ivanka describió así estos encuentros con su madre: ‘¡He visto a mi madre tres veces desde que ella murió!’... La ocasión que más me gustó fue la última vez que ella se presentó junto con la Bienaventurada Madre. Mi madre se acercó a mí. Me rodeó con sus brazos y me besó. Ella dijo: ‘Oh, Ivanka, estoy tan orgullosa de ti’” (*Ibid.*, pp. 132, 133).

Note, por favor, la conclusión de Samples, idéntica a aquella a la que llegarían los adventistas del séptimo día: “Esto se parece mucho a la práctica ocultista de la necromancia [la comunicación con los muertos], una práctica que la Biblia conde-

na explícitamente (Deut. 18:10-12; Isa. 8:19; 1 Crón. 10:13, 14)" (*Ibid.*, p. 133).

Yo solía preguntarme cómo haría Satanás para atraer al mundo entero bajo la influencia del espiritismo, en vista de que la mayoría de los protestantes conservadores y muchos católicos conservadores son muy conscientes de los peligros del espiritualismo de la Nueva Era. Creo que una de las maneras más significativas como lo logrará es por medio de las así llamadas apariciones de la virgen María. Después de todo, ¡quéaría ser más enternecedor y consolador que el hecho de que la madre de Jesús se comunique con los seres humanos y les transmita mensajes provenientes de él! ¡Y cómo podría alguien osar oponerse a tan maravillosa "verdad"!

A la luz de esto, la siguiente declaración de Elena de White cobra una nueva luz:

"Y como los espíritus profesarán creer en la Biblia y manifestarán respeto por las instituciones de la iglesia, su obra será aceptada como manifestación del poder divino..."

"Los papistas, que se jactan de sus milagros como signo cierto de que su iglesia es la verdadera, serán fácilmente engañados por este poder maravilloso, y los protestantes, que han arrojado de sí el escudo de la verdad, serán igualmente seducidos".¹⁶

Es verdad, como lo señalé antes, que la Iglesia Católica es muy cautelosa acerca de lo que certifica como un milagro genuino. Sin embargo, una vez que ella confirma que una aparición mariana es genuinamente sobrenatural, todos los católicos son instados a aceptar los mensajes contenidos en esa aparición como provenientes de Dios. Pero si todas estas apariciones son un engaño de Satanás, no importa que una persona crea en una de ellas o en todas. Tal persona será engañada.

Tal vez usted se esté preguntando qué tiene que ver todo esto con los desastres, las calamidades y los juicios de Dios, que son el tema de este libro.

Tiene mucho que ver con ello.
Por favor, siga leyendo.

Referencias

¹ En relación con los eventos ocurridos en Fátima en 1917, la mayoría de los registros de que dispongo están escritos en inglés. La fraseología de muchas declaraciones con respecto a "María" y los niños varían ligeramente de un registro a otro. En principio esto se debe, creo yo, a diferencias en la traducción del español al inglés. Es por esto que no doy referencia alguna para estas citas.

² Portugal se encontraba entonces bajo un régimen comunista.

³ Nadie sabe a ciencia cierta cuántas personas estaban allí ese día. He leído estimaciones que oscilan entre los 50.000 y los 100.000.

⁴ Citado por John M. Haffert en *Russia Will Be Converted* [Rusia se convertirá] (Washington, N. J.: AMI Press, 1950), p. 63.

⁵ *Queen of Peace* [Reina de la paz], Publicado por el Centro Pittsburgh para la Paz, 6111 Steubenville Pike. McKees Rocks, Penn., 15136.

⁶ Se han informado apariciones en los siguientes lugares de Estados Unidos: Scottsdale y Phoenix, Arizona; Conyers, Georgia; Denver, Colorado; y Marlboro, New Jersey; por mencionar sólo algunas.

⁷ Véase *El conflicto de los siglos*, pp. 681-683.

⁸ Ted y Maureen Flynn, *The Thunder of Justice* [El trueno de la justicia] (Sterling, Va.: Maxhol Communications, 1993), pp. 201, 202.

⁹ *Ibid.*, pp. 166, 167.

¹⁰ *Ibid.*, p. 167.

¹¹ Ver dicho vocablo en el *Diccionario de la Real Academia Española*.

¹² *The Thunder of Justice*, p. 182.

¹³ Francis Johnson, *Fatima: The Great Sign* [Fátima: La gran señal] (AMI Press, Washington, N.J.: 1980), pp. 115, 116.

¹⁴ Muchos protestantes no están de acuerdo con los adventistas respecto del estado de los muertos, pero pueden estar bien protegidos contra estas falsas apariciones marianas si las evalúan a la luz de la enseñanza bíblica según la cual Jesucristo es nuestro único Redentor y Salvador, y de acuerdo con la cual la salvación es por gracia sola por medio de la fe en su sacrificio por los pecados del mundo.

¹⁵ Elliot Miller y Kenneth R. Samples, *The Cult of the Virgin: Catholic Mariology and the Apparitions of Mary* [El culto a la virgen: La mariología católica y las apariciones de María] (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1992).

¹⁶ *El conflicto de los siglos*, pp. 645, 646.

Una perspectiva diferente del tiempo del fin

Si los hombres no se arrepienten y mejoran, el Padre infligirá un terrible castigo a toda la humanidad. Será un castigo mayor que el diluvio, uno sin precedentes. Caerá fuego del cielo y aniquilará a la mayor parte de la humanidad, al bueno tanto como al malo, sin exceptuar a sacerdotes ni fieles. Quienes sobrevivan se verán en una situación de tal desolación que envidiarán a los muertos".¹

La hermana Agnes Sasagawa, de Akita, Japón, dijo que la virgen María le comunicó ese mensaje el 13 de octubre de 1973. El sacerdote Don Stefano Gobbi, también de Akita, dio un mensaje similar el 15 de septiembre de 1987:

"Un castigo peor que el diluvio está por caer sobre esta pobre y pervertida humanidad. Caerá fuego del Cielo y esto será la señal de que la justicia de Dios ha fijado entonces la hora de su gran manifestación".²

Los adventistas del séptimo día no son los únicos que anuncian un tiempo de calamidad para el futuro cercano. Tam-

bién lo están haciendo los católicos, especialmente los seguidores de las apariciones de la virgen María. Leí recientemente un libro titulado *The Thunder of Justice*, escrito por Ted y Maureen Flynn. Los Flynn son devotos católicos que creen de todo corazón en la fe católica y en los mensajes comunicados por medio de las apariciones marianas. Están tan consagrados a la visión que tienen del tiempo de fin como cualquier adventista podría estarlo. Han realizado un amplio estudio de todas las comunicaciones marianas importantes ocurridas durante los últimos siglos y probablemente también de muchas, si no de todas, las menos significativas. Su libro es un compendio de todo lo que han aprendido al respecto.

La mayor parte de la información que aparece en el resto de este capítulo proviene del libro de los Flynn. Y, como lo hice antes con el libro de Michael Barkun, abreviaré las referencias que haga de aquí en más al libro en cuestión con la sigla *TJ*, que significa *Thunder of Justice*. La nota final N° 1 contiene toda la información bibliográfica acerca del libro.

Como resultado de su estudio acerca de las comunicaciones marianas, los Flynn ven cuatro eventos futuros importantes: Una advertencia, un milagro, una señal y un castigo. Compartiré con usted lo que cada una de estas cosas implica. Recuerde que esto es lo que estos católicos creen, no necesariamente lo que yo creo. Después de registrar a continuación lo que las apariciones marianas han expresado acerca de estos cuatro eventos, procederemos a analizarlos.

La advertencia

Cuando Saulo se aproximaba a Damasco, hace dos mil años, Dios lo abatió, le dio una visión de Jesús y apeló a su conciencia. Ese acontecimiento fue el punto de inflexión en la vida de Saulo, lo que hizo que dejara de ser Saulo el perseguidor para convertirse en el apóstol Pablo.

De acuerdo con las apariciones de la virgen María a varios

testigos, una advertencia similar será dada a cada hombre, mujer y niño del planeta en algún momento del futuro cercano. Esta advertencia hará que cada ser humano tome conciencia de la existencia de Dios (los ateos ya no podrán negar que hay un Dios) y revelará a cada alma sus propios pecados. Quienes están familiarizados con las comunicaciones marianas dicen que los mensajes de Garabandal (España) y Medjugorje (Bosnia), subrayan de manera especial esta advertencia futura.

Una reseña de lo que diversos videntes y comentadores han dicho acerca de la advertencia da cierta idea de lo que creen en relación con ella:

“Cada persona se verá a sí misma en el fuego consumidor de la verdad divina. Será como un juicio en miniatura. Y entonces Jesucristo traerá su glorioso reino al mundo” (*TJ*, p. 310).

“Será visible en todo el mundo. En cualquier parte donde alguien pueda estar...

“Será como la revelación de nuestros pecados, y será visto y sentido igualmente por creyentes e incrédulos, y por gente de cualquier religión” (*TJ*, p. 173).

“Todo lo que alguna vez hayamos hecho estará ante nuestros ojos, visto todo de una vez, con una sola mirada. Sabremos entonces que la mirada de Dios atraviesa todas las barreras y capta los más profundos secretos... Entenderemos cuál es nuestra condición eterna, y cuál la luminosidad u oscuridad de nuestra alma. Experimentaremos por un momento el dolor resultante de nuestro pecado, el dolor de la separación de Dios, el dolor del purgatorio o del infierno. Veremos todo esto querámoslo o no” (*TJ*, p. 315).

“Todas las naciones y todas las personas experimentarán esto de la misma manera. Nadie se librará de ello” (*TJ*, p. 173).

He aquí lo que María dijo a uno de sus videntes interlocu-

tores acerca de la advertencia:

“Ocurrirá a las dos en punto de la tarde. Tú sabes la fecha. El cielo se volverá muy, muy oscuro. La tierra temblará. El mundo enteró estará confundido... La gente pensará que el mundo llega a su fin. El temor de las personas será proporcional a su culpa. El derramamiento de mi Santo Espíritu comenzará en el preciso instante en que me vean” (*TJ*, p. 319).

Otro vidente aseguró que la advertencia habrá de ser “mil veces peor que los terremotos; será como fuego, pero no quemará; un evento terrorífico ocurrirá en el cielo” (*TJ*, p. 339).

El milagro

Según los testigos de la aparición de Garabandal, un milagro ocurrirá allí “al atardecer de un jueves, a las 8:30 P.M., entre el 8 y el 16 de marzo, abril o mayo” (*TJ*, pp. 162, 163). De acuerdo con el testimonio de uno de ellos, el milagro ocurrirá a un año de la advertencia. Conchita, uno de los testigos, asegura conocer la fecha exacta en que ocurrirá el milagro, pero la virgen le ha prohibido que la comunique al mundo hasta que sólo falten ocho días para el acontecimiento. El padre Luis, a quien mencioné en el capítulo anterior, dijo que le fue dada una visión del milagro antes de morir.

Los detalles del milagro no fueron comunicados a los testigos de las apariciones, pero supuestamente millones de personas lo verán simultáneamente. Y ese milagro “afirmará la verdad de que toda gracia proviene del cuerpo de Cristo, que es la iglesia” (*TJ*, p. 325). “El milagro también será mariano, ya que aseverará la gloria de la Madre de Dios con el fin de que todos los cristianos depongan sus objeciones al rol de ella en el cuerpo de Cristo [la iglesia] y le rindan el honor que Dios mismo le concede” (*TJ*, p. 325). El propósito del milagro será la conversión del mundo. Cuando ocurra, los seres humanos deberán

convertirse, o la más terrible catástrofe de la historia vendrá sobre el mundo. Además, cuando el milagro ocurra, terminará el tiempo de gracia” (*TJ*, pp. 326, 323).

“A menos que la gente haga caso del mensaje del milagro, el castigo ciertamente vendrá. No habrá escapatoria de él. El milagro actuará como un fusible” (*TJ*, p. 326).

La señal

Los testigos de las apariciones dicen que después del milagro quedará una señal permanente en Garabandal. Si bien no han dicho mucho acerca de la naturaleza de esa señal, afirman que será visible para todo aquel que desee llegar hasta el lugar para verla. Nadie podrá tocarla, pero los fotógrafos y los equipos televisivos podrán fotografiarla y filmarla. La señal desafiará toda explicación científica. Los videntes de Garabandal dicen que la señal “permanecerá para siempre en los pinos [de ese lugar]” (*TJ*, p. 162). Esa señal representará un llamado para que el mundo se vuelva a la santidad.

Un Movimiento Mariano de Sacerdotes se ha desarrollado en todo el mundo en años recientes, y en un mensaje que les fue comunicado el 12 de noviembre de 1981, se les dijo a los sacerdotes que “el cielo está protegiendo con un sello a todos los que están con Dios. Nada dañará a quienes estén sellados con esta imagen” (*TJ*, p. 330). Uno de los mensajes referidos al sello declara lo siguiente:

“Ustedes están así sellados con el sello de mi amor, el cual los distingue de quienes se han dejado seducir por la Bestia y llevan impreso su blasfemo número. El Dragón y la Bestia no pueden hacer nada contra quienes han sido señalados con mi sello” (*TJ*, p. 330).

Según uno de los videntes de Medjugorje, nadie se convertirá como resultado de la señal y el milagro. “Habrá algunos in-

crédulos aun cuando llegue la señal permanente” (*TJ*, p. 332).

El castigo

Han ocurrido desastres naturales con intensidad creciente en el mundo durante los últimos años. Sin embargo, ellos son sólo un preludio de un “gran castigo” que, de acuerdo con los videntes marianos, estar por caer sobre el mundo. Quienes siguen de cerca las apariciones marianas afirman que el gran castigo será “una catástrofe descrita por Jesús en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21”, así como también en 2 Pedro 2 y 3, y en el Apocalipsis de Juan. “En estos pasajes de las Escrituras tenemos los eventos del gran castigo presentados en detalle” (*TJ*, pp. 335, 337).

A este castigo se refería la hermana Agnes Sasagawa, de Akita, Japón, en la cita con la que iniciamos este capítulo y que consigno nuevamente aquí:

“Si los hombres no se arrepienten y mejoran, el Padre infligirá un terrible castigo a toda la humanidad. Será un castigo mayor que el diluvio, uno sin precedentes. El fuego caerá del cielo y aniquilará a la mayor parte de la humanidad, al bueno tanto como al malo, sin exceptuar a sacerdotes ni fieles. Quienes sobrevivan se verán en una situación de tal desolación que envidiarán a los muertos” (*TJ*, pp. 148, 339).

Otros videntes marianos han dicho:

“Nubes con rayos destellantes de fuego y una tempestad de fuego pasará sobre el mundo entero y el castigo será el más terrible jamás conocido en la historia de la humanidad” (*TJ*, p. 351).

“Un fuego sorpresivo descenderá sobre toda la tierra, y gran parte de la humanidad será destruida” (*TJ*, p. 351).

Según varios de los videntes marianos, entre otros fenóme-

nos asociados con el castigo están los siguientes:

- * “La tierra saldrá de su órbita durante tres días. En ese momento, el segundo advenimiento de Jesús estará cerca. El diablo se apoderará del mundo” (*TJ*, p. 341).
- * “Descenderá fuego del cielo y esto será una señal de que la justicia de Dios ha fijado entonces la hora de su gran manifestación” (*TJ*, p. 341).
- * “Los Estados Unidos sabrán lo que es la debilidad y la pobreza, así como también lo que es ‘el sufrimiento y la derrota’” (*TJ*, p. 341).
- * “Habrá una gran hambruna en todo el mundo. Nada crecerá. El mundo entero estará hambriento. Todos caerán de comida. La atmósfera cambiará y causará grandes desastres sobre la tierra” (*TJ*, p. 343).
- * “Tres días terribles de oscuridad —exactamente 72 horas— vendrán sobre la tierra. Todos los demonios del infierno serán soltados sobre el planeta. Algunos cristianos serán martirizados, pero los ángeles los llevarán con cuerpo y alma al cielo” (*TJ*, pp. 347, 348).

Los videntes marianos también aseguran que, como resultado del castigo, dos tercios de la humanidad perecerá. Además, “la muerte de los perseguidores impenitentes de la iglesia ocurrirá durante los tres días de oscuridad... así que sólo una cuarta parte de la humanidad sobrevivirá” (*TJ*, p. 351). Sin embargo, después de la oscuridad:

“San Pedro y San Pablo, tras descender del cielo, predicarán en todo el mundo y designarán a un nuevo Papa. Un gran resplandor brotará de sus cuerpos y se posará sobre el cardenal que se convertirá en el Papa. El cristianismo se esparrasirá entonces por el mundo” (*TJ*, p. 353).

“En aquellos días habrá un Pastor y una Fe, la de la Iglesia Católica Romana” (*TJ*, p. 354).

Después del castigo

Tras el castigo, se dará otra hora de gracia, proveyendo así “aun a los peores de entre los peores que han sufrido los castigos... la última oportunidad para la conversión” (*TJ*, p. 365). La Nueva Jerusalén descenderá entonces a la tierra y comenzará una era de paz. No obstante, el pecado no habrá sido completamente erradicado. “Puesto que habrán nacido niños que no conocieron la era previa y su degradación, ni la advertencia, ni el milagro, ni el castigo, serán, al igual que sus antecesores, tentados a pecar” (*TJ*, p. 367). Pero serán instruidos por la señal permanente de Garabandal. “Ella iluminará sus mentes y encenderá sus corazones para hacerles comprender su propia pecaminosidad, y también los llamará al arrepentimiento, purificándolos a medida que se acerquen a su gloria” (*TJ*, p. 367).

Malachi Martin

Me gustaría concluir esta descripción católica del tiempo del fin compartiendo con usted la opinión de Malachi Martin acerca de la visión de Fátima. Al leer su libro *The Keys of This Blood*, resulta obvio que Martin cree firmemente en la validez de la visión de Fátima y en Juan Pablo II. Además, Juan Pablo II alega haber recibido comunicaciones personales del Cielo que confirmaron la visión de Fátima. He aquí la descripción que hace Martin del futuro, visto a través de los “ojos” de Fátima:

“[Juan Pablo] está esperando... un evento que dividirá la historia humana, que separará el pasado inmediato del futuro cercano. Será un evento públicamente visible que tendrá lugar en los cielos, en los océanos y en las masas continentales de este planeta. Un evento que tendrá que ver particularmente con nuestro sol...

“Esa división de la historia será un gran evento, de acuerdo con la convicción de fe de Juan Pablo, ya que anulará inmediatamente todos los grandes designios que las

naciones están ahora elaborando e introducirá el Gran Designio del Hacedor del hombre. El tiempo de espera y de contemplación de Juan Pablo llegará entonces a su fin. Entonces comenzará su ministerio como Siervo del Gran Designio".³

¿Cuándo ocurrirán estas cosas?

Los videntes marianos dicen que María les advirtió que no establecieran fechas, ya que "si supiéramos la fecha, la gente viviría sólo esperando la fecha y no se convertiría por el amor de Dios" (*TJ*, p. 348). Algunos de los videntes marianos aseguran conocer las fechas respectivas de la advertencia y del milagro, pero dicen que no les está permitido revelar esa información en el presente. Sin embargo, a juzgar por lo que he leído, es evidente que muchos seguidores marianos esperan que estos eventos ocurran durante la década de 1990.

Lucía, una de las niñas que recibió la visión de Fátima, aseguró que le fue dicho que viviría para ver el cumplimiento de todos esos mensajes (*TJ*, p. 138). Ella tendrá 93 años a fines de 1999. Por otra parte, los videntes marianos de Medjugorje afirman que la virgen les dijo que les revelaría diez secretos, tras lo cual cesarían sus apariciones alrededor del mundo y comenzarían a ocurrir los eventos del tiempo del fin. Para 1993, dos de aquellos jóvenes habían recibido los diez secretos, y los otros cuatro habían recibido nueve.

El padre Gobbi, de Japón, asegura que la virgen le dijo que "durante la última década de vuestro siglo, los eventos que te he anunciado habrán alcanzado su cumplimiento" (*TJ*, p. 56).

Y una de los videntes de Garabandal dijo que la virgen declaró lo siguiente:

"Tras la muerte del Papa Juan XXIII, Nuestra Señora me dijo: 'Después del Papa Juan, habrá tres Papas más, uno de ellos reinará sólo por un corto tiempo, y entonces vendrá el fin de los tiempos'. Cuando Pablo VI llegó a ser

Papa, Nuestra Señora me mencionó esto nuevamente. Ella dijo: ‘Ahora habrá dos Papas más, y entonces vendrá el fin de los tiempos, pero no el fin del mundo’” (*TJ*, p. 171).

Juan XXIII murió en 1963. Fue sucedido por Pablo VI, quien murió en 1978. Juan Pablo I vivió sólo treinta y cuatro días después de ser elegido papa. Fue sucedido por Juan Pablo II —el tercer papa desde Juan XXIII—, quien al momento de escribirse este libro tenía 75 años de edad y gozaba de muy buena salud. Juan Pablo ya ha comenzado a hacer planes ambiciosos para la celebración de un “jubileo” en el año 2000 en Palestina. El quiere que esta celebración incluya a cristianos (católicos, protestantes y ortodoxos), musulmanes y judíos. Los expertos marianos aseguran que Juan Pablo II será “el Papa del que la virgen habló en Fátima y el Papa que introducirá en el mundo el triunfo del Inmaculado Corazón”.⁴

Analizando la evidencia

Lo que vimos hasta aquí es un panorama global de los eventos del tiempo del fin según la propuesta de los videntes marianos que aseguran haberse comunicado con la virgen María. ¿Cómo deberíamos los adventistas interpretar todo esto?

En primer lugar, creo que necesitamos reconocer que nosotros también hemos recibido una visión panorámica del tiempo del fin, primeramente en las Escrituras, y aún más detalladamente en los escritos de Elena de White. Debemos confiar en estas fuentes por encima de toda supuesta aparición de la virgen María, quien murió y fue sepultada hace mucho tiempo.

En segundo lugar, creo que hay cierto sensacionalismo en las pretensiones de estos videntes marianos. Por eso debemos evitar tomarlos demasiado en serio, especialmente en lo que respecta a los detalles. Esto es particularmente cierto a la luz de la evidencia inspirada que ya tenemos. No debemos extraer conclusiones acerca del futuro de fuentes que, en lo que a nosotros respecta, provienen del enemigo de Dios. Deberíamos evi-

tar especialmente dar mucha relevancia a esas predicciones según las cuales los eventos del tiempo del fin ocurrirán antes del año 2000. Es ciertamente posible, claro está, que la crisis final comience antes del fin de este milenio. El punto que pretendo destacar es que no deberíamos caer en una suerte de fiebre o excitación relativa al tiempo del fin sobre la base de lo que la supuesta virgen María ha dicho a sus seguidores.

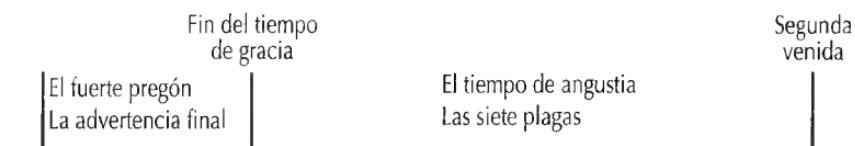
No obstante —y éste es el tercer punto que quiero destacar—, Satanás está más consciente que nosotros de lo que nos espera, y creo que por medio de estas así llamadas apariciones de la virgen María está preparando a sus fuerzas para el conflicto final. Estas predicciones marianas tienen el propósito de preparar el camino para que cuando los eventos reales ocurran, la gente incremente su fe en María.

Si bien es cierto que existe un elemento de sensacionalismo entre los católicos en todo lo que se refiere a Fátima y a las apariciones de la virgen María, también es cierto que centenares de miles, y tal vez millones, de personas creen que las cosas que compartí con usted en este capítulo y en el anterior son ciertas. A Satanás no le preocupa cuán sensacionalista se ponga la gente con tal de que crea lo que él quiere que crea.

También encuentro una semejanza significativa entre nuestra idea adventista del tiempo del fin y la idea católica que he compartido con usted en el presente capítulo. Como usted sabe, los adventistas somos muy famosos por nuestros diagramas acerca del tiempo del fin. Yo mismo he creado varios de ellos en el transcurso de los años. A continuación aparece un diagrama del tiempo del fin basado en la perspectiva católica que hemos estado analizando hasta aquí:



Compare ahora este diagrama con uno similar que muestra los eventos del tiempo del fin según la interpretación adventista:



Note que en cada uno de estos diagramas hay una advertencia final, una terminación de la gracia divina (que los adventistas denominan “fin del tiempo de gracia”), y un período de gran tribulación ubicado entre el fin de la gracia de Dios y la segunda venida de Cristo. Esta similitud no es mera coincidencia. Creo que es parte de otro plan magistral ideado para el tiempo del fin y hecho a la imagen del gran plan de Dios.

Existen varias semejanzas más entre la interpretación adventista del tiempo del fin y estas ideas católicas. Tal vez usted notó unas páginas atrás la alusión hecha a un sello del tiempo del fin para el pueblo de Dios, lo cual se asemeja a nuestra propia enseñanza sobre el particular. Además, la oscuridad que durará tres días, hacia la conclusión del castigo, es muy semejante a la descripción que Elena de White hace de la gran oscuridad que envuelve al mundo justo antes del regreso de Cristo (véase *El conflicto de los siglos*, pp. 693-710).

He sugerido en este libro que la caída de estrellas predicha por Jesús puede referirse a cometas, asteroides y/o meteoritos. Elena de White también se refirió a bolas de fuego que caían sobre la tierra. Estas ideas guardan una asombrosa semejanza con las de la religiosa Agnes Sasagawa, de Akita, Japón, cuyas palabras cité al comienzo de este capítulo: “Caerá fuego del cielo y aniquilará a la mayor parte de la humanidad”. Hay también cierta semejanza entre lo que he expresado en este libro y la declaración de Malachi Martin acerca de “un evento públicamente visible que tendrá lugar en los cielos, en los océanos y

en las masas continentales de este planeta. Un evento que tendrá que ver particularmente con nuestro sol..."

También creo que podemos esperar que algo ocurra en el futuro para cumplir la expectación mariana acerca de un milagro y de una gran señal. Elena de White misma predijo que "pronto aparecerán en el cielo signos pavorosos de carácter sobrenatural, en prueba del poder milagroso de los demonios" (*El conflicto de los siglos*, p. 681). Seguramente varios de ellos serán interpretados por los seguidores de las apariciones marianas como un cumplimiento de las predicciones que ellos hicieron acerca de un milagro venidero seguido por una gran señal.

Concluiré este capítulo examinando una declaración que aparece en la publicación mariana *Queen of Peace* y una "revelación" mariana adicional. Note nuevamente la similitud entre algunas de estas ideas y nuestra propia interpretación adventista:

"La Virgen dice que esta Era de Misericordia [el tiempo en el que ahora vivimos] está encaminado a convertirse en una etapa decisiva. María ha dicho repetidamente a los destinatarios de sus visiones que Dios dará al mundo señales para que éste vuelva a él, grandes milagros, y tal vez la visión de Cristo mismo... Otros milagros serán de una magnitud tal que sólo los pecadores obstinados se atreverán a rechazarlos.

"Los seguidores de María dicen que estos milagros serán de alcance mundial y serán manifestados 'para que todos puedan creer'... Después de los milagros, dicen los videntes, el mundo será limpiado de todos los que decidan permanecer ligados al mal y al pecado".⁵

Esta declaración contiene indicios del gran engaño final de Satanás, cuando él mismo personifique a Cristo. También contiene una velada mención acerca de un futuro decreto de muerte contra los disidentes. Y en esa misma vertiente, note la siguiente declaración que se remonta a las apariciones marianas ocurridas en La Salette, Francia, en 1846:

“Entonces Jesucristo, en virtud de su justicia y de su gran misericordia, ordenará a sus ángeles que maten a todos sus enemigos. Repentinamente, los perseguidores de la iglesia de Jesucristo y quienes estén entregados al pecado perecerán y la tierra se volverá como un desierto. Y entonces se hará la paz, y el hombre será reconciliado con Dios. Jesucristo será servido, adorado y glorificado. La bondad florecerá por doquier” (*TJ*, p. 114).

¿Necesito decir algo más?

Referencias

¹ Ted y Maureen Flynn, *The Thunder of Justice* [El trueno de la justicia] (Sterling, Virginia: Maxhol Communications, 1993), p. 148.

² *Ibid.*, pp. 148, 149.

³ Malachi Martin, *The Keys of This Blood* [Las llaves de esta sangre] (Nueva York: Simon and Schuster, 1990), p. 639.

⁴ *Queen of Peace: Special Edition III* [Reina de la paz: Edición especial III] (McKees Rocks, Pennsylvania: Pittsburgh Center for Peace [Centro Pittsburgh para la paz], 1995), p. 2.

⁵ *Queen of Peace*, p. 13.

Los desastres y la crisis en Apocalipsis 13

Durante muchos años me resultó difícil entender cómo podía cumplirse Apocalipsis 13 en el mundo de las postimerías del siglo XX. No dudaba de la profecía. Sólo que no lograba hacerla encajar en el mundo en el que yo vivía. Ahora sé que no debo tratar de hacer eso porque Apocalipsis 13 no se cumplirá en el mundo en el que yo vivo. Estoy escribiendo estas palabras en diciembre de 1995. Ya he analizado con usted el cambio mundial de paradigma que debe ocurrir para que Apocalipsis 13 pueda cumplirse. Ahora me gustaría compartir con usted algunos pensamientos adicionales acerca del mundo del futuro.

Hace algunos años leí un libro titulado *The Addictive Organization*. No adquirí ese libro con la intención de incrementar mi comprensión de la profecía bíblica, y cuando comencé a leerlo no tenía la menor idea de que contribuiría significativamente a mi comprensión de Apocalipsis 13 y 17.

Los autores de ese libro señalaban que una de las características de una organización disfuncional (adictiva) es la manera como sus dirigentes manejan las crisis. Lea, por favor, la des-

cripción que ellos hacen al respecto:

“En tiempos de crisis, permitimos que las personas adopten y ejecuten procedimientos inusuales. Las crisis alimentan la ilusión de que el control puede traer la situación bajo control. Las crisis son usadas para excusar acciones drásticas y erráticas de los administradores... Los individuos ven reducidas sus responsabilidades en medio de las crisis mientras que la administración aumenta su poder para superar el problema. Cuando la crisis es la norma, la administración tiende a acumular una cantidad malsana de poder sobre una base diaria”.*

Apocalipsis se refiere, por sobre todo, a una crisis y a la manera como el mundo se relacionará con ella. No obstante, existe un punto extremadamente significativo: Apocalipsis 13 no dice que hay una crisis ni proporciona prácticamente información alguna acerca de la naturaleza de ella. Eso se encuentra “tras bambalinas”. *Todo lo que Apocalipsis 13 nos muestra es la respuesta dada por el mundo a la crisis*, y al examinar cuidadosamente esa respuesta podemos reconocer la existencia de tal crisis. Tal vez una historia ficticia le ayudará a entender lo que quiero decir:

Cierto hombre trabajaba en una fábrica como supervisor y tenía veinticinco empleados a su cargo. Disfrutaba mucho de su trabajo, ya que su tarea le permitía ubicar a sus empleados donde los esfuerzos de éstos resultaran mejor aprovechados para el bien de la compañía.

Un día, al llegar a su trabajo, el supervisor vio sobre su escritorio un sobre cerrado sobre el que se leía la inscripción “personal”. Dentro había una carta en la que el presidente de la compañía le comunicaba que a partir de ese instante la administración asumiría la responsabilidad de asignar a los subalternos de él sus respectivas tareas diarias. Su trabajo sería de allí en más cumplir los deseos de la ad-

ministración. Naturalmente, el supervisor se preguntaba qué había hecho él de malo para que la administración cuestionara su desempeño.

Pero antes que pudiera preocuparse demasiado, el supervisor de un departamento contiguo vino a su oficina y le mostró una carta semejante a la que él había recibido. Una rápida recorrida a la planta les permitió comprobar que todos los supervisores de niveles bajos, intermedios y aun altos habían recibido las mismas instrucciones. Todos se preguntaban qué estaba ocurriendo, pero las cartas no daban ningún indicio de ello.

Un par de días después, la responsabilidad de todos fue reducida aún más. Durante las dos semanas siguientes, todos los supervisores fueron despojados de más y más autoridad, hasta quedar convertidos en poco más que robots de la compañía, haciendo lo que se les decía. Sin embargo, ningún empleado tenía idea alguna de lo que estaba ocurriendo en la cúpula de la empresa.

Esta historia es obviamente ficticia, ya que en cualquier compañía normal, en una situación como ésa, habría un intenso rumoreo acerca de qué está ocurriendo en la cúpula y por qué. No obstante, para el propósito de nuestra ilustración, es importante destacar el hecho de que nadie en aquella fábrica tenía idea de lo que estaba ocurriendo.

No necesitamos ignorar completamente el problema de la compañía ficticia usada como ilustración. Después de haber leído la declaración del libro *The Addictive Organization* que compartí con usted, podemos estar seguros de una cosa: Hay una crisis en el directorio.

¿Cómo podemos estar seguros de eso?

Porque “cuando la crisis es la norma, la administración tiende a acumular una cantidad malsana de poder sobre una base diaria”, y “los individuos ven reducidas sus responsabilidades en medio de las crisis, mientras que la administración aumenta

su poder para superar el problema". Aunque nadie nos haya dicho que hay una crisis, podemos conjeturarlo a partir de las evidencias presentes en la fábrica: la manera como la administración está sustrayendo la responsabilidad de los supervisores de los niveles inferiores y acumulando el poder en sí misma. Esto señala inconfundiblemente la existencia de una crisis en la oficina del presidente, aunque no sepamos cuál es esa crisis.

La crisis en Apocalipsis 13

Una lectura cuidadosa de Apocalipsis 13 nos revela una situación similar: Los "administradores" del mundo —las dos bestias— están acumulando poder para sí:

* *La primera bestia recibió "autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación"* (vers. 7). ¡Esta bestia controla al mundo entero!

* *Se permitió a la primera bestia "hacer guerra contra los santos"* (vers. 7). En su esfuerzo por consolidar su poder, la bestia está tratando de destruir toda oposición.

* *Se permitió que la segunda bestia "hiciese matar a todo el que no la adorase [a la primera bestia]"* (vers. 15). Esta bestia amenaza con la muerte para consolidar su poder. Está realizando el más extremo esfuerzo por acabar con toda oposición.

* *La segunda bestia también obliga a todos a recibir una marca o a sufrir el boicot económico* (vers. 16, 17). La bestia usa el poder de la economía como un medio para sofocar toda oposición.

La cuestión básica en Apocalipsis 13 es el control global. Los poderes de las dos bestias están tratando desesperadamente de destruir toda oposición y de consolidar el poder para sí mismas. ¿Por qué? Aunque Apocalipsis 13 no lo dice en estos términos, el esfuerzo extremo hecho por las dos bestias para obtener el poder global es una clara indicación de que el planeta atraviesa una terrible crisis, y estos dos poderes capitalizan la situación adueñándose del poder e imponiendo su política como una manera de traer las cosas nuevamente bajo control.

Por supuesto que la avidez con que las dos bestias procuran

el poder obedece más que al mero interés en el bienestar del mundo. Tienen también una agenda personal sumamente inmoral que quieren cumplir. La evidencia de ello radica en que la segunda bestia engañará a los habitantes de la tierra con “grandes señales” (vers. 13, 14). En otras palabras, los métodos que esta bestia emplea para obtener el poder son sumamente antiéticos. También se conoce eso como manipulación. La manipulación generalmente funciona sólo cuando las personas manipuladas no son conscientes de lo que les está ocurriendo. Este engaño es un elemento clave en las técnicas de manipulación empleadas para controlar a las personas. Y sugiero que eso es lo que ocurre en las engañosas señales milagrosas realizadas por la segunda bestia.

Otra evidencia significativa de que existe una crisis “tras bambalinas” en Apocalipsis 13 es la respuesta de la vasta mayoría de la gente. Para entender este detalle presente en Apocalipsis 13, necesitamos retrotraernos a la historia ficticia de la crisis en la fábrica o compañía.

Lo único que sabía la gente en esa historia era que la administración les había quitado su poder. De esto podían deducir que había una crisis en la oficina principal, pero no tenían idea de cuál era esa crisis. Usé esa ilustración para ayudarle a entender que Apocalipsis 13 no nos dice *a usted ni a mí*, quienes estamos leyendo la historia antes de que ocurra, cuál es la crisis que permite a estas bestias adueñarse del poder. No obstante, toda persona que esté viva sobre la tierra cuando estos eventos finalmente sucedan estará dolorosamente consciente de esa crisis. Y el pánico que sentirán hará que se sometan a dos poderes sumamente autoritarios que, en las circunstancias más favorables de hoy, serían resistidos enconadamente por ellos mismos.

Mi propuesta es que ése es el telón de fondo de los versículos 3 y 4, donde se nos dice que la humanidad entera “se maravilló... en pos de la bestia” y que los habitantes de la tierra “adoraron a la bestia”. Además, la bestia se adueña del poder no

sólo porque lo apetece, sino también porque la gente parece muy dispuesta a permitirle que se adueñe de él, pues el versículo 7 dice que “*se le dio autoridad*”.

El hecho de que la gente esté tan dispuesta a ir en pos de la bestia y a concederle poder y autoridad es otra evidencia de una terrible crisis mundial.

Aunque Apocalipsis 13 no dice casi nada acerca de la crisis que está detrás del escenario, la Biblia no nos deja totalmente a oscuras al respecto. Jesús nos dio importantes detalles en su sermón acerca de las señales del fin del mundo. Del relato que hace Lucas del sermón de Jesús aprendemos que las naciones estarán angustiadas y perplejas por las señales en los cielos, y que toda la humanidad estará aterrorizada (véase Luc. 21:25, 26). Y Mateo nos habla acerca de un tiempo venidero de tribulación tan severa que acabaría con toda la humanidad si Dios no lo acortara (véase Mat. 24:21, 22).

¡Eso me suena como una crisis! No es de extrañar que Elena de White hablara de una “gran crisis final” y de “la crisis de los siglos” que está por sobrevenir al mundo (*Testimonies for the Church*, t. 9, p. 11; *Profetas y reyes*, p. 394). Esta crisis creará el poderoso cambio de paradigma al que me referí en el capítulo 1, y que dará el control político del mundo entero al poder de las dos bestias.

Uniendo todo lo dicho

Me gustaría ahora unir varias de las ideas que hemos analizado en este libro. Sin duda usted recuerda que hace un par de capítulos vimos la idea según la cual los movimientos milenaristas surgen de crisis y desastres naturales. Los desastres abren la mente de las personas a nuevas explicaciones de la realidad, el ingrediente intelectual del que están hechos los movimientos milenaristas.

Usted recordará, sin embargo, que esos movimientos no crean la nueva explicación de la realidad a partir de la nada en el

momento en que los desastres ocurren. La nueva explicación ya debe estar presente en el ambiente antes de que ocurra el desastre. La mayoría de la gente habrá rechazado esa explicación, y quizás hasta se han burlado de los excéntricos que abogaban por ella. Eso no importa. En verdad, la burla puede ser una ayuda para iniciar el nuevo movimiento milenarista. A pesar de que se burlen de ella, *la nueva explicación está en la mente de las personas*, y cuando el desastre ocurra, repentinamente se hará la luz, y dirán: “¡Oh, así que los excéntricos estaban en lo cierto después de todo!”

Un cambio global de paradigma ocurre cuando la gente de todo el mundo responde de esa manera ante una crisis. Así es también como nace un movimiento milenarista.

Ahora piense en lo siguiente: la terrible crisis que estallará en el mundo justo antes del regreso de Cristo creará no uno, sino dos poderosos movimientos milenaristas. Cada uno de ellos tendrá su propia explicación acerca de lo que estará ocurriendo. En verdad, ambos ya habrán proclamado su explicación al mundo mucho antes de que surja la crisis. De esa manera, la materia prima ideológica de cada movimiento estará ya establecida cuando estalle la crisis, proveyendo así el fundamento intelectual sobre el cual pueda desarrollarse y crecer ese movimiento milenarista.

Uno de estos movimientos milenaristas será “el remanente” de Apocalipsis 12:17, compuesto por “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo”. Este es el movimiento milenarista con el que usted y yo estamos familiarizados como adventistas del séptimo día. Y hemos estado esparciendo nuestra materia prima ideológica alrededor del mundo durante más de ciento cincuenta años.

Es posible que usted nunca haya pensado en los poderes representados como bestias en Apocalipsis 13 en los términos de un movimiento milenarista, pero mi propuesta es que ellos serán precisamente eso. Y la materia prima ideológica o inte-

lectual alrededor de la cual está organizado ese movimiento milenarista será la información que compartí con usted en los dos capítulos anteriores acerca de las apariciones de la virgen María y “sus” predicciones de terribles desastres naturales en el futuro cercano.

Repasemos las características de los movimientos milenaristas que ya hemos leído antes en este libro y comparémoslas con los dos movimientos milenaristas que surgirán durante la crisis final de la tierra.

* *Los milenaristas creen que la salvación es inminente.* Esto es cierto tanto en el caso de los adventistas del séptimo día como en el de los católicos que abogan firmemente en favor de las apariciones marianas.

* *Esperan que en el futuro cercano, el orden social presente sea completamente destruido y se establezca una sociedad perfecta.* Los adventistas del séptimo día ciertamente creen eso, y en el capítulo anterior usted leyó que los católicos marianos creen exactamente lo mismo.

* *Creen que sus esfuerzos apresurarán la destrucción del viejo orden y el establecimiento del nuevo.* Esto también es cierto respecto tanto de los adventistas como de los católicos marianos.

* *Pretenden poseer la verdad en toda su plenitud.* Nuevamente esto se aplica a adventistas y católicos marianos por igual.

* *Tienen un sistema de creencia que explica las cuestiones fundamentales de la vida.* Los sistemas de creencia adventista y católico son polos opuestos, pero ése no es el punto. Ambos movimientos tienen un sistema de creencia que explica las cuestiones fundamentales de la vida.

* *Exigen una consagración total a su causa.* Los católicos son al menos tan insistentes como los adventistas en este sentido, y algunos de ellos son probablemente mucho más insistentes que muchos de nosotros.

* *Afirman que son un “remanente”, un pequeño grupo de gente justa en un mundo totalmente malo.* Este es tal vez el único punto

en el que católicos y adventistas difieren, por la sencilla razón de que difícilmente los católicos podrían decir que son un grupo *pequeño*. No obstante, ellos también afirman que son un grupo de gente justa en un mundo totalmente malo.

Note también que cada uno de estos movimientos está prediciendo terribles desastres naturales. En verdad, los católicos marianos están actualmente comunicando al mundo este mensaje en particular mucho más activamente que los adventistas. Pregúntese a usted mismo, por ejemplo, cuándo fue la última vez que escuchó un sermón adventista o leyó un libro (además de éste) o un artículo acerca de los juicios divinos inminentes.

El gran conflicto en Apocalipsis 13

Una de las razones principales por las que Dios nos dio el libro de Apocalipsis fue para ayudarnos a entender el gran conflicto librado entre Cristo y Satanás, y especialmente la fase final de ese conflicto, que tendrá lugar justamente antes que Jesús regrese a esta tierra.

Apocalipsis 12:17 nos presenta a una de las dos partes que se trabarán en un combate mortal: el remanente de Dios. Apocalipsis 13 describe el conflicto entre el remanente de Dios y los poderes apóstatas (representados como dos bestias) de la tierra.

Ya expliqué que, durante los días finales de la tierra, el remanente de Dios y esos poderes apóstatas llegarán a ser dos poderosos movimientos milenaristas. Esto significa que los dos movimientos milenaristas del tiempo del fin librarán una lucha mortal que sólo puede terminar con la destrucción total de uno de ellos. Los poderes apóstatas harán esfuerzos sobrehumanos para destruir al pueblo de Dios, y por un momento parecerá que están venciendo, pues Apocalipsis dice que la primera bestia del capítulo 13 recibirá poder para “hacer guerra contra los

santos, y vencerlos” (Apoc. 13:7).

El lenguaje de Apocalipsis 13 es altamente simbólico, y sus términos son muy espirituales. Eso hace que nos resulte sencillo analizar el mundo allí predicho en términos abstractos. Sin embargo, lo cierto es que los eventos del futuro nos sacudirán con su terrible realidad; “con fuerza abrumadora”, según lo expresó Elena de White en una ocasión (*Mensajes selectos*, t. 2, p. 162).

Estamos hablando aquí de arrestos y comparecencias ante tribunales, pérdida del empleo, encarcelamiento, y en algunos casos el pelotón de fusilamiento, por causa de la verdad. Finalmente, estamos hablando de una crisis tan severa que cada hijo de Dios estará preso o escondido en algún húmedo sótano o en alguna oscura caverna. No podrán mostrar sus rostros en lugares públicos para comprar alimento o ropa, porque serán condenados a muerte. Cada uno de ellos, en todo el mundo.

Pero en el momento más oscuro, cuando parezca que no hay escapatoria para ellos, Dios intervendrá para liberar a su pueblo, pues Apocalipsis 19:20 nos dice que la bestia será “lanzada viva dentro de un lago de fuego que arde con azufre”.

No sé cuándo comenzará el período de calamidad que precipitará la crisis final. No obstante, no necesito saberlo. Mucho más importante para usted y para mí hoy es prepararnos para esa crisis. Porque cuando llegue, quiero estar del lado ganador, y sé que usted también. La pregunta es: ¿Cómo podemos asegurar que estamos de ese lado?

Referencia

* Anne Wilson Schaef y Diane Fassel, *The Addictive Organization* [La organización adictiva] (San Francisco: Harper Collins, 1988), p. 160.

Nuestra responsabilidad para con el mundo

¿Siente usted temor de compartir su fe con sus vecinos y amigos, pero se siente culpable por no hacerlo? ¿Escucha usted dos tenues voces en su interior: una que le dice que usted debería hacer eso y otra que le dice que la gente se molestaría si usted lo hiciera?

Entonces, usted es parte de la multitud.

Creo que necesitamos escuchar ambas voces. La voz que nos dice que las personas se molestarían si nos acercáramos a ellas para compartir nuestra fe puede estar tratando de comunicarnos un mensaje importante. Hace cien años era perfectamente aceptable discutir y aun polemizar acerca de las opiniones religiosas de uno con otras personas. Pero hoy, la religión ha llegado a ser considerada una cuestión casi tan privada como el sexo. Así como no andamos por allí conversando con cualquiera acerca de nuestras prácticas sexuales, no se supone que hablemos de nuestra fe religiosa con cualquiera. Algunas personas incluso han llegado a quejarse de “acoso religioso” en el ámbito laboral, lo que llevó hace un tiempo a la Comisión de Igualdad de Oportunidades Laborales, en Estados Unidos, a

considerar la necesidad de agregar el “acoso religioso” a la lista de cosas vedadas en los lugares de trabajo.

Yo mismo experimento este problema en mi actitud respecto de compartir mi fe con otros. Y esto es correcto hasta cierto punto. Creo que en cada tentativa de decirle a otros lo que creemos debemos ser sensibles al clima cultural en el que vivimos.

No obstante, esto no significa que debamos ignorar la otra voz interior que nos insta a compartir nuestra fe. Por el contrario, deberíamos buscar maneras de cumplir la gran comisión de Jesús que resulten tan aceptables como sea posible dentro de nuestra cultura.

Cuando nos relacionamos con parientes y vecinos, creo que es importante encontrar maneras discretas, atinadas, de crear oportunidades para compartir con ellos nuestra fe y darles luego la oportunidad de que decidan responder o no. Por ejemplo, mi esposa y yo decidimos tiempo atrás enviar la revista misionera *Signs of the Times* [Señales de los Tiempos] a nuestros vecinos, y ella decidió también hacerla llegar a sus compañeros de trabajo. Pero en lugar de suscribirlos para que les llegara por correo, conseguimos varias copias de un número reciente y las repartimos entre nuestros vecinos con una pequeña nota adosada que decía: “Si le gustaría recibir una suscripción gratuita, escríbanos o llámenos”. Mi esposa hizo lo mismo en su lugar de trabajo.

De los ocho o nueve hogares de nuestro vecindario donde dejamos la revista, uno respondió favorablemente, y dos o tres compañeros de trabajo de mi esposa dijeron que les gustaría recibir una suscripción.

Mi suegra tenía una manera muy atinada de compartir su fe con sus vecinos. Iba a cada hogar de su calle, pero no golpeaba las puertas. Simplemente dejaba la primera lección del curso bíblico por correspondencia del programa radial La Voz de la Profecía arrollada en un lugar visible de la puerta. En el interior

de cada lección incluía una nota en la que decía que volvería tal y tal día, y que si les había gustado la lección 1, le daría mucho gusto dejarles la 2. Sólo en la segunda visita llamaba a la puerta y todo lo que preguntaba era: “¿Recibió la lección 1? ¿Le gustaría recibir la lección 2?” Esa era una estrategia adecuada que daba a las personas libertad de elegir.

Una dama respondió positivamente, y mi suegra se regocijó cuando unos meses después fue bautizada.

La sencilla sociabilidad típica de antaño es una de las maneras más importantes de testificar acerca de Jesús. Cuando mi esposa y yo nos mudamos a Idaho en 1985, salíamos a pasear con nuestros dos perros al atardecer, cuando muchos de nuestros vecinos estaban en sus jardines o en la calle. Era sencillo detenerse y conversar con ellos, y nos gustaba mucho vivir en ese vecindario. No éramos conscientes de la clase de impresión que estábamos produciendo hasta que cierto día un amigo adventista nos contó una experiencia que tuvo con una dama que trabajaba en su oficina. Esta mujer vivía a tres casas de la nuestra, y nosotros habíamos tenido un buen número de charlas amigables con ella y su esposo. Ella le dijo a nuestro amigo adventista que “si alguna vez me uno a alguna iglesia, será a la Iglesia Adventista”.

Nos pusimos contentos por eso.

¿Deberíamos hablar a nuestros amigos acerca de los juicios divinos que están por precipitarse sobre el mundo? Creo que es apropiado hacerlo cuando podamos hacerlo con tacto. Viene a mi memoria la declaración de Elena de White acerca de las bolas de fuego que cité en un capítulo anterior. La gente estaba aterrorizada a causa de estos juicios divinos, pero los hijos de Dios decían: “Gloria a Dios”.

“‘¿Por qué alaban ustedes a Dios?’”, preguntaron aquéllos a quienes estaba sobreviniendo destrucción repentina.

“‘Porque ahora vemos lo que hemos estado esperan-

do'.

“‘Si ustedes creían que estas cosas estaban por ocurrir, ¿por qué no nos avisaron?’, fue la terrible respuesta.

“Nosotros no sabíamos acerca de estas cosas. ¿Por qué nos dejaron en la ignorancia. Nos vieron vez tras vez. ¿Por qué no se acercaron a nosotros y nos dijeron acerca del juicio venidero, y que debíamos servir a Dios para no perecer? ¡Ahora estamos perdidos!’” (*Manuscrito 102*, del 2 de julio de 1904; citado en *Reflejemos a Jesús*, 235).

En un capítulo previo señalé que la conclusión de Barkun según la cual “es probable que el hecho de saber de antemano que un desastre va a ocurrir no sólo mitigue los efectos de ese desastre, sino que también hace que una reacción milenarista sea menos probable”; y que “cuanto más se prepara uno para contingencias futuras, menor es la posibilidad de que esas contingencias inflijan un daño desorganizador”. Si esto es cierto —y creo que lo es— ¿no es importante que tanto los adventistas como los no adventistas sepan que estas calamidades se aproximan?

“Me sentiría un tonto si hablara de estas cosas a mis amigos”, puede estar objetando usted. “No me creerían”.

Responderé a esta aprehensión de dos maneras. Primero, supongamos que su preocupación es válida. En realidad, no importa que la gente pueda rechazar lo que usted y yo les digamos ahora. Lo importante es que esas personas tengan en su cabeza la información acerca de los desastres venideros para que cuando los desastres ocurran sepan cómo interpretarlos. Recuerde la declaración de Barkun según la cual “los desastres producen el cuestionamiento, la ansiedad y la sugestionabilidad necesarios [para el cambio]; las personas se sienten movidas a abandonar los viejos valores del pasado sólo cuando se sienten débiles” (*Disasters and the Millennium*, p. 6). En verdad, no importa si hoy sus amigos piensan que usted es “excéntrico”, porque cuando estos eventos ocurran dirán: “¡Tal vez estos excén-

tricos estaban en lo cierto después de todo!"

Sin embargo, en el mundo actual no debemos temer que se nos considere raros por el hecho de decirle a la gente que calamidades terribles se abatirán sobre el mundo *en el futuro*. ¡Estas calamidades están ocurriendo *ahora mismo*! Dos de los más destructivos huracanes de la historia reciente castigaron Florida y Hawaii en 1993. Inundaciones sin precedentes ocurrieron en el medio oeste de Estados Unidos en 1994. Terribles incendios se desataron casi simultáneamente en Los Ángeles y en Sydney, Australia. Y poderosos terremotos sacudieron a Northridge, California, en 1994, y Kobe, Japón, en 1995. Quién sabe cuántos desastres naturales habrán ocurrido alrededor del mundo para cuando usted lea estas palabras.

Puedo asegurarle que la literatura mariana que he leído destaca estos mismos desastres como señales de que Dios está tratando de advertir a la gente para que reformen sus sendas. Elena de White nos informó hace cien años que estas calamidades estaban en camino. Hemos tenido durante un siglo y medio la orden divina de advertir al mundo acerca de la crisis venidera. ¿Por qué habríamos de ser más tímidos o menos activos que nuestros amigos católicos en cumplir esta misión? ¿Acaso tendrá Dios que permitir que ellos hagan esta tarea por nosotros?

No necesito siquiera avergonzarme de hablar a la gente acerca de bolas de fuego, pues los científicos están advirtiendo al mundo desde 1990 y de manera cada vez más insistente acerca del peligro que enfrenta nuestro planeta a causa de los cometas, asteroides y meteoritos. La cuestión no es *si* alguno de esos objetos chocará con nuestro planeta, sino simplemente *cuándo* lo hará.

En el clima ideológico actual, cuando la religión es un tema vedado de conversación, las bolas de fuego de las que habló Elena de White son en realidad una manera excelente de iniciar un diálogo acerca de asuntos espirituales y religiosos con nuestros amigos no religiosos. No me refiero a que deberíamos

citarles a Elena de White. Todo lo que necesitamos hacer es esperar que el tema de los asteroides aparezca en el noticiero de la tarde, en el periódico o en la revista de noticias, y preguntar luego a nuestros amigos qué opinan al respecto. Después de que compartan su opinión con nosotros, podemos decirles lo que creemos que se avecina. Y no necesitamos titubear en decirles que nuestra creencia está basada en la profecía bíblica. A pesar del mundo sumamente secularizado en el que vivimos, un gran porcentaje de quienes viven en Norteamérica y Canadá siguen muy interesados en la profecía.

También animaría a nuestros pastores y evangelistas a discutir estas cosas en sus reuniones públicas. Creo que los cometas, los asteroides y los meteoritos serían un excelente tópico propagandístico capaz de atraer a una multitud. Todos están al tanto de estas cosas en estos días. Diga a la gente en sus reuniones que compartirá con ellos lo que dice la Biblia acerca de estos invasores provenientes del espacio exterior. Puedo asegurarle que, habiendo ya oído acerca de estas cosas por parte de los científicos, muchos *querrán* saber lo que Dios dice al respecto.

Sin embargo, mi recomendación es que presentemos estas ideas como posibilidades y no como hechos absolutos acerca del futuro de nuestro planeta. Para empezar, no podemos asegurar que estas cosas *ocurrirán*. Y en todo caso, no es tan importante que la gente ciertamente crea que estas cosas ocurrirán. Lo que importa es que estén conscientes de que existe esa posibilidad. Luego, aun en el caso de que se rían de la idea en el momento, si los cometas y asteroides finalmente se presentan, las personas sabrán qué significan estos eventos y cómo relacionarse con ellos.

Creo que deberíamos ser honestos en compartir con otros la información que tenemos acerca del tiempo del fin. Satanás está haciendo todo lo posible para que la gente pierda la vida eterna, y su esfuerzo será especialmente intenso durante el con-

flicto final que tendrá lugar en la tierra. Una de las razones más importantes de nuestra existencia como iglesia es que debemos preparar a los habitantes del mundo para el regreso de Cristo y para los eventos que le precederán, para que tanto ellos como nosotros podamos pasar por ese tiempo sin ser engañados.

Exhorto a cada adventista a que ore pidiendo oportunidades de compartir lo que sabe acerca del tiempo del fin con quienes no son conscientes de ello.

Preparación para los desastres que se avecinan

Anteriormente compartí en este libro con usted la que considero la declaración más significativa de Elena de White acerca de los juicios venideros de Dios. Se encuentra en su libro *Palabras de vida del gran Maestro*, en el capítulo referido a las diez vírgenes. He aquí sus palabras:

“Es en la crisis cuando se revela el carácter. Cuando la voz fervorosa proclamó a medianoche: ‘¡He aquí, el esposo viene; salid a recibirle!’, y las vírgenes que dormían fueron despertadas de su sueño, se vio quién había hecho la preparación para el acontecimiento. Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación. Así también hoy en día: *una calamidad repentina e inesperada*, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios; mostrará si el alma es sostenida por la gracia. La gran prueba final viene a la terminación del tiempo de gracia, cuando será demasiado tarde para que la necesidad del alma sea suplida” (p. 339; la cursiva es mía).

Más que ninguna otra declaración de Elena de White acerca de los juicios venideros de Dios, este párrafo nos dice cómo prepararnos para esa crisis. Por favor, avancemos juntos mientras analizamos lo que ella dice.

El zarandeo

Uno de los temas más comunes de Elena de White, en relación con el tiempo del fin, fue lo que ella llamaba “un zarandeo” que está por ocurrir entre el pueblo de Dios. Esta expresión probablemente proviene de Ezequiel 38:19: “Porque he hablado en mi celo, y en el fuego de mi ira: Que en aquel tiempo habrá gran *temblor** sobre la tierra de Israel” (la cursiva es mía).

Elena de White entendía el zarandeo como un tiempo durante el cual los eventos futuros crearán una crisis tan terrible para el pueblo de Dios, que muchos abandonarán su fe y se unirán a las filas del enemigo. Consignamos a continuación dos declaraciones representativas:

“Se acercan rápidamente los días cuando habrá gran perplejidad y confusión. Satanás, vestido con ropas de ángel, engañará, si fuere posible, aun a los mismos escogidos. Habrá muchos dioses y muchos señores. Soplará todo viento de doctrina... El Señor tiene siervos fieles, quienes en el tiempo de la prueba y el zarandeo serán puestos de manifiesto” (*Testimonies for the Church*, t. 5, p. 80).

“Cada prueba hecha por el proceso purificador y refinador sobre los profesos cristianos demuestra que algunos de ellos son escoria. El oro fino no siempre aparece. En toda crisis religiosa algunos caen bajo la tentación. El zarandeo divino aparta a multitudes como si fueran hojas secas.

* *Nota del Traductor:* La palabra “zarandeo” es traducción del inglés *shaking*, que aparece en este pasaje en la versión inglesa King James.

La prosperidad hace que se multipliquen los que profesan ser cristianos, pero la adversidad los elimina de la iglesia. Son de una clase cuyo espíritu no permanece constante junto a Dios; se apartan de nosotros porque no son de los nuestros; pues cuando la tribulación o la persecución se levantan a causa de la Palabra, muchos se sienten agravados” (*Ibid.*, t. 4, p. 89).

El zarandeo es un período durante el cual los cristianos verdaderos serán separados de quienes apenas profesan serlo. En la primera declaración arriba consignada, Elena de White iguala el zarandeo con el “tiempo de la prueba”. Nuestra lealtad a la verdad de Dios y nuestro compromiso a permanecer leales a Jesús serán severamente probados por los eventos traumáticos del tiempo del fin.

Algunas declaraciones de Apocalipsis 13 sugieren la misma idea:

- “Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero” (vers. 8).
- “Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase” (vers. 15).
- “Y [la bestia hacía] que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre” (vers. 17).

El punto central de estas declaraciones extraídas del Apocalipsis es que habrá dos clases de personas sobre la tierra al final de los tiempos: Un grupo será leal a Dios, y el otro grupo tratará de obligar al primero a que abandone su lealtad a Dios. Esta situación hará que muchas personas apostaten de la verdad. *En eso consistirá el zarandeo.*

Volvamos ahora a la declaración de Elena de White que se

encuentra en el libro *Palabras de vida del gran Maestro* (p. 339) y que se refiere a las diez vírgenes. Ella está hablando allí del tiempo del zarandeo, aunque no utilice esa expresión. Note la división de los cristianos en dos clases:

“Cuando la voz fervorosa proclamó a medianoche: ‘¡He aquí, el esposo viene; salid a recibirle!’, y las vírgenes que dormían fueron despertadas de su sueño, se vio quién había hecho la preparación para el acontecimiento. Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación”.

En esta declaración, estas dos clases de cristianos son definidas como quienes están espiritualmente preparados para la crisis final, por una parte, y quienes no lo están, por otra. Quienes estén preparados permanecerán fieles a Dios. Quienes no lo estén, se unirán a las filas de la apostasía.

En la parábola de Cristo, el clamor de medianoche es lo que despierta a las vírgenes dormidas y revela quién está preparada y quién no. Elena de White aplica este clamor de medianoche en nuestros días a la crisis final, cuando Dios permitirá que los desastres que hemos estado estudiando en este libro caigan sobre el mundo. Ella dice: “Así también hoy en día: *una calamidad repentina e inesperada*, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios” (*Ibid.*, p. 339).

El carácter: allí está la verdadera prueba

¿Qué es exactamente lo que separará a quienes sean leales a Dios de quienes no lo sean? Elena de White nos da algunas sugerencias significativas al respecto:

“Es en la crisis cuando se revela el carácter” (*Ibid.*, p. 339), dijo ella. Cuando el clamor de medianoche despertó a las muchachas, la mitad de ellas estaban preparadas y la otra mitad no,

y el carácter fue el factor determinante. En el tiempo del fin, puede parecer que la calamidad es el verdadero asunto, ya que el mundo entero estará aterrorizado a consecuencia de ella. Sin embargo, el carácter será finalmente el verdadero asunto en cuestión. Pero la calamidad será importante, ya que revelará el carácter de cada uno.

¿Qué aspecto del carácter pondrá de manifiesto la calamidad? ¿Tal vez la fuerza de voluntad para soportar las penurias, o la determinación a avanzar a pesar de los obstáculos, a remar contra la corriente? No. Elena de White dice que la crisis mostrará “si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios”.

Elena de White dice también que la calamidad pondrá al pueblo de Dios cara a cara con la muerte. No obstante, la calamidad misma no es el peligro (aunque algunos hijos de Dios puedan perecer en medio de la destrucción que ella provoque). La amenaza de muerte surgirá de la respuesta del mundo a la calamidad. A medida que los desastres se multipliquen alrededor del planeta, el mundo experimentará un profundo cambio de paradigma que volverá a poner a las fuerzas espirituales, religiosas, en el control de los sistemas políticos de la tierra. Dos poderosos movimientos milenaristas, enemigos acérrimos entre sí,¹ se levantarán, y uno de ellos perseguirá ferozmente al pueblo de Dios.

Es esta persecución lo que revelará quién ha desarrollado un carácter firme y quién no. Esta persecución pondrá a prueba el carácter de cada ser humano, y la cuestión en juego será la fe en las promesas de Dios.

¿Qué es el pecado?

Desvíémonos por un momento del tema para analizar una controversia importante que está teniendo lugar actualmente dentro de la Iglesia Adventista. Este debate tiene que ver con la naturaleza del pecado y con la clase de preparación que el pueblo de Dios debe realizar con el fin de estar listo para el

tiempo del fin. De un lado están quienes dicen que el pecado es básicamente lo que uno *hace*: las decisiones que uno toma en materia de conducta o comportamiento, las malas acciones. Y citan textos como Santiago 4:17 para establecer firmemente el punto: “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”.

Del otro lado están quienes dicen que el pecado es básicamente lo que *somos*. No niegan que la mala conducta es pecaminosa, sino que afirman que nuestras decisiones en materia de conducta brotan o surgen de lo que somos interiormente, que son un reflejo de nuestro carácter. Quienes están de este lado del debate citan pasajes como Marcos 2:23, donde Jesús dice que el mal y lo malo “de dentro salen, y contaminan al hombre”.

Estas dos perspectivas del pecado tienen mucho que ver con la clase de preparación que haremos para el tiempo del fin. Quienes consideran el pecado fundamentalmente como mala conducta harán todo esfuerzo posible por determinar qué es correcto y qué no es correcto *hacer*; centrarán su atención en elegir la conducta correcta.

Por otra parte, quienes consideran que el pecado es básicamente una condición de la mente y del corazón, centrarán su atención en cultivar su vida espiritual interior y en el desarrollo de su carácter. Esto no significa que considerarán la buena y la mala conducta como cuestiones sin importancia. Pero reconocerán que corregir su conducta errónea depende más de tener un carácter santificado que de las elecciones que hagan en cualquier momento dado. *Quienes poseen un carácter correcto tomarán las decisiones correctas en materia de comportamiento.*

No tengo dudas en afirmar que Elena de White está de acuerdo con el desarrollo del carácter en relación con la cuestión clave de la preparación para la crisis final, pues es el carácter lo que separará el trigo de la cizaña en el tiempo de prueba, no sólo la conducta. “En la crisis es cuando se revela el carácter”.

ter”, dijo ella, no la *conducta*. Por supuesto que el tiempo de prueba también pondrá de manifiesto la conducta. La de quienes no hayan desarrollado un carácter firme será muy evidente: abandonarán su fe. Se unirán a las filas del enemigo. ¡Difícilmente podrían tomar una decisión peor en materia de conducta! Pero esa decisión en materia de conducta surgirá de lo que han llegado a ser interiormente. *En consecuencia, la preparación fundamental que el pueblo de Dios necesita hacer hoy en anticipación a la crisis consiste en desarrollar el carácter.*

Lamentablemente, el desarrollo del carácter es un tema tan profundo y abarcante que no puedo entrar en detalles acerca de ello en este libro. Afortunadamente he escrito un libro entero al respecto y lo animo a conseguir un ejemplar. El título es *Conquering the Dragon Within*.² En ese libro enfoco mi atención principalmente en cómo cultivar la vida interior, además de destacar firmemente la necesidad del cambio de conducta.

A medida que usted desarrolle su carácter, le recomiendo que centre sus esfuerzos fundamentalmente en la confianza en Dios. Digo esto en razón de la declaración de Elena de White según la cual la crisis final “demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios”. Si usted es una de esas personas a las que les cuesta soportar las dificultades —si usted “sufre” mucho y tal vez se queja mucho de las pruebas que tiene que pasar— entonces puedo garantizarle que el tiempo de la crisis final será *realmente* difícil para usted. Porque sólo quienes hayan aprendido a confiar en Dios en medio de sus dificultades y por medio de ellas, tendrán el carácter necesario para soportar la crisis final.

Esta es la preparación más importante que usted y yo podemos hacer para el tiempo de calamidad que se avecina.

Obteniendo información correcta

Para sobrevivir al tiempo del fin también será necesario tener una comprensión correcta de lo que está sucediendo en el

mundo, ya que el conocimiento previo nos ayudará a estar preparados para la emergencia. En su libro *Disasters and the Millennium*,³ que cité extensamente en varios de los capítulos anteriores, Michael Barkun hace varios comentarios que encuentro muy relevantes en tal sentido:

“Mucha de la fuerza de un desastre proviene de la manera inesperada como asalta a las sociedades, instituciones y mentes desprevenidas. Cuanto más se prepara uno para contingencias futuras, menor es la posibilidad de que esas contingencias inflijan un daño desorganizador. Incluso en lo concerniente a las fuerzas naturales incontrolables, la mera existencia de un aviso o advertencia constituye una defensa” (p. 57).

“El conocimiento previo de que un desastre se avecina no sólo mitiga los efectos del desastre sino que también hace menos probable una reacción milenarista. Tal información priva al evento de su potencial commocionante y protege el ambiente de una desorganización excesiva, lo cual despoja a los movimientos milenaristas de las razones de su existencia” (*Ibid.*, p. 59).

En la primera declaración Michael Barkun dice que “cuanto más se prepara uno para contingencias futuras, menor es la posibilidad de que esas contingencias inflijan un daño desorganizador”. Esta es una manera técnica de decir lo que Elena de White declaró en *Palabras de vida del gran Maestro*: “Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación”. El “daño desorganizador” del que debemos protegernos desde la perspectiva de Elena de White sería la apostasía: ser apartados de la fe que puede salvar, y unirse a la oposición. Barkun afirma que el hecho de conocer de antemano que el juicio destructivo está en camino contribuye a evitar esa reacción: “Tal información priva al evento de su potencial commocionante y protege el ambiente de una desorganización excesiva, lo cual despoja a

los movimientos milenaristas de las razones de su existencia".

Quienes no dispongan de esta información anticipada serán tomados por sorpresa, y esto los pondrá en gran peligro de abandonar su fe, pues uno de los puntos más importantes del libro de Barkun es que el desastre abre la mente de las personas a ideas que antes habrían rechazado.

Puedo asegurarle que esto será un peligro para el pueblo de Dios. La vasta mayoría del mundo aceptará la explicación del "otro" movimiento milenarista. Tengo la expectativa de que se producirá una gran unión de todos los credos religiosos que están por lo menos parcialmente influídos por las apariciones de la supuesta "madre de Dios" analizadas en un capítulo previo.⁴ A medida que las calamidades se multipliquen y que la crisis se profundice, la amenaza de la persecución se sumará al movimiento popular favorable a la unión religiosa, y la presión para que el pueblo de Dios renuncie a su fe será intensa.

Hoy, antes de la crisis del tiempo del fin y sus desastres, casi todos los adventistas del séptimo día asumen una firme posición contra las enseñanzas que son tan populares en otras iglesias. Pero los desastres del tiempo del fin "abrirán" la mente de algunos de nosotros para que consideremos favorablemente esas ideas que ahora rechazamos como diametralmente opuestas a la verdad. Eso es exactamente lo que Barkun está diciendo. Eso es lo que Elena de White está diciendo. De eso precisamente se tratará el zarandeo.

Anticipándonos a este peligro, una de las mejores maneras de proteger a nuestro pueblo de unirse a la oposición es informarlos acerca de los desastres venideros. Pues, como Barkun señala, el conocimiento previo hará que resulte más sencillo ajustarnos al desastre, y también hará menos probable una reacción milenarista favorable al lado equivocado del conflicto.

El apóstol Pablo advirtió lo siguiente acerca del peligro representado por los desastres naturales para la fe religiosa:

"Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá so-

bre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán” (1 Tes. 5:3).

Note que, según Pablo, será el carácter repentino, sorpresivo, de la destrucción lo que hará caer a la gente en la trampa de Satanás. Quienes resultan atrapados habían estado diciendo: “Paz y seguridad”, así que obviamente no tenían idea de lo que se acercaba. El carácter repentino del desastre combinado con la falta de conocimiento previo acerca de ello crea una situación en la que son sumamente susceptibles a un cambio en su sistema de creencia, y apostatarán. Ese es el punto que Pablo destaca. Pero note lo que dice luego:

“Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Tes. 5:4).

¡Pablo dice que el pueblo de Dios no necesita estar “en tinieblas” acerca de la súbita destrucción que se acerca al mundo! He allí la razón por la que debemos informar a nuestro propio pueblo acerca de los eventos futuros; *porque quienes estén informados no serán tomados por sorpresa*. Sabrán de antemano acerca de las calamidades y serán capaces de incorporar estos terribles eventos dentro de su comprensión bíblica y profética. El conocimiento previo será una protección contra la desorientación, el peligro del cambio de sistema de creencia y la unión con el movimiento milenarista falso.

Podemos decir entonces que, si bien el desarrollo del carácter es la más importante preparación que podemos hacer para la crisis venidera, también podemos sacar provecho de conocer que estos desastres se aproximan, ya que el conocimiento previo de ellos nos ayudará a retener y a robustecer nuestra fe.

Consagración a la verdad bíblica

En su libro *El conflicto de los siglos*, Elena de White dijo que “el contrahacimiento [imitación o falsificación] se asemejará

tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que deben atestigar en favor o en contra de toda declaración, de todo milagro” (p. 651).

Comprendí la importancia de estas palabras mientras estudiaba algunas fuentes bibliográficas católicas acerca de la virgen María y de las apariciones marianas. Un autor, cuyo artículo apareció en la revista católica *Mary's People*, decía:

“El nuevo énfasis del protestantismo en asegurar un fundamento bíblico para cada creencia y práctica condujo a cuestionar dogmas como el de la Inmaculada Concepción y Asunción [de María], entre otras cosas... [En consecuencia], hubo cierta erosión de la posición ocupada por María en la mente de los reformadores protestantes, muchos de los cuales creían que todo debía estar explícitamente basado en las Escrituras para poder ser creído”.⁵

Ese autor avanza entonces para sugerir que los lectores no católicos vean desde una nueva perspectiva la doctrina católica acerca de María. Concluye diciendo:

“Tal vez a medida que María se convierta en el punto focal de nuevas discusiones, los líderes de la comunidad cristiana mundial reconocerán su importancia”.⁶

El punto que quiero que usted note es el fundamento lógico y teológico del argumento de este autor. Comienza cuestionando el principio protestante consistente en encontrar una fundamentación bíblica para cada creencia y práctica, y, sobre esa base, anima a los protestantes a dar una nueva consideración a la doctrina católica acerca de María. El aspecto más sorprendente y alarmante de esa declaración tal vez sea que fue escrita ¡por un clérigo luterano! Sin embargo, Lutero fue el primero que adoptó la posición de aceptar “solamente las Escrituras” como base de toda fe y práctica.

Esto destaca para mí la importancia del comentario de Ele-

na de White según el cual “el contrahacimiento [imitación o falsificación] se asemejará tanto a la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras” y su advertencia en el sentido de que “ellas son las que deben atestiguar en favor o en contra de toda declaración, de todo milagro”.

En *The Thunder of Justice*, libro del cual cité extensamente en un capítulo previo, Ted y Maureen Flynn dicen lo siguiente:

“Hay doctrinas concernientes a Nuestra Señora que no son explícitamente enseñadas en las Escrituras, pero que han sido transmitidas por medio de la Santa Tradición como fieles expresiones de las creencias y prácticas de la Iglesia fundada por Jesucristo. Los católicos nos referimos a menudo a la Escritura y a la Tradición como las fuentes de la revelación. Pero tal vez sería más exacto hablar de la Escritura en la Tradición, puesto que toda enseñanza auténtica —sea oral o escrita— que ha sido transmitida a partir de los apóstoles por medio de sus sucesores es parte de la Santa Tradición, la herencia de nuestro Señor Jesucristo” (p. 79).

“Estos tiempos pueden fácilmente ser reconocidos como los ‘tiempos marianos’ profetizados hace mucho en los escritos de varios santos, quienes vieron que así como Dios decidió enviarnos a Jesús por primera vez por medio de una virgen, decidirá lo mismo para su segundo advenimiento. *Esta verdad no es declarada abiertamente en la Escritura, ni puede ser deducida por necesidad lógica. Es más bien una cuestión de revelación privada y una comprensión progresiva bajo la guía del Espíritu Santo acerca del papel de María en la historia de la salvación*” (*Ibid.*, p. 16; la cursiva es mía).

Tengo la sospecha de que cuando llegue el tiempo de prueba, el pueblo de Dios será desafiado en relación con el principio mismo de “la Biblia y la Biblia sola como el fundamento de toda fe y práctica”. La presión a abandonar este principio en favor

de los milagros que el mundo entero contemplará será intensa. Será absolutamente esencial que tengamos este principio firmemente engastado en nuestra mente. Quienes no lo tengan, correrán gran peligro de ceder a la presión que se les hará para que se amolden a la mayoría.

Una vez que hayamos establecido el principio de la Biblia sola como base de nuestras creencias, necesitaremos una clara comprensión de sus enseñanzas básicas. Una mera comprensión doctrinal y teórica de la verdad bíblica, sin un carácter desarrollado en armonía con esa verdad, no será suficiente para preservar nuestra lealtad a Dios durante la crisis final. No obstante, aunque posean un carácter firme y una relación estrecha con Jesús, quienes tengan una perspectiva teórica errónea acerca de doctrinas como la del estado de los muertos, el sábado y el segundo advenimiento de Cristo⁷ estarán en gran peligro de sucumbir a los engaños de Satanás. Nunca debemos pensar que se debe optar *entre* la manera teórica de entender la Biblia y la devocional. No es una cuestión de ésta *o* aquélla. Si usted es débil en su comprensión teórica de la Biblia, lo animo a hacer de ello una de las mayores prioridades en su vida para corregir este problema. Cada centro adventista distribuidor de publicaciones denominacionales tiene muchos libros que pueden ayudarlo a lograr ese objetivo. Le recomiendo especialmente la serie titulada *La Biblia amplificada*, editada por la Asociación Casa Editora Sudamericana, como una excelente herramienta auxiliar que puede ayudarle a estudiar y comprender la Biblia por usted mismo.

Una crisis terrible está a punto de desencadenarse sobre el mundo. Creo que podría ocurrir fácilmente durante el período de vida de muchos que están leyendo este libro. Por lo tanto, es extremadamente importante que nos preparemos para ese momento. Lo animo a pedir a Jesús que lo ayude a desarrollar un carácter que pueda permanecer firme durante el tiempo del fin. Comience a dedicar parte de su tiempo devocional diario a

aprender las verdades básicas del mensaje adventista. Si usted pone en práctica estas cosas sencillas, adelantará mucho en su preparación personal para la terrible crisis que está sin duda por sobrevenir al mundo entero en un futuro muy cercano.

Referencias

¹ No estoy sugiriendo con esto que el pueblo de Dios odiará a sus enemigos, pero Génesis 3:15 dice que existirá enemistad entre el pueblo de Dios y el mundo que le es hostil.

² Marvin Moore, *Conquering the Dragon Within* [Conquistando el dragón interior] (Boise, Idaho: Pacific Press Publishing Association, 1995).

³ Michael Barkun, *Disasters and the Millennium* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1974).

⁴ No es posible saber anticipadamente si esas apariciones seguirán ocurriendo durante el tiempo de calamidad. Pero ha habido suficiente de esa actividad en el pasado reciente como para dar al mundo una muy creíble explicación de lo que esté ocurriendo cuando los desastres del tiempo del fin comiencen a suceder.

⁵ *Mary's People* [El Pueblo de María], 27 de agosto de 1995, p. 12.

⁶ *Ibid.*

⁷ La teoría del rapto secreto —a la que yo llamo “la teoría de la doble segunda venida”— puede extraviar a personas muy buenas y sinceras.

Cómo hacer frente al tiempo del fin sin temor

Mi esposa y yo tenemos dos amigos que nos han hablado acerca de su temor al tiempo del fin. Uno de ellos, un hombre, me contó que cuando estaba en la escuela primaria, un tema que escuchó acerca del tiempo del fin durante una semana de oración lo aterrorizó tanto que aun hoy se siente incómodo si piensa en el asunto. La otra persona, una mujer, creció en un hogar adventista muy conservador donde el tiempo del fin era un tema de conversación común. Aun ahora ella es literalmente presa del pánico —tiembla incontrolablemente— cada vez que escucha una conversación acerca del tiempo del fin.

Los adventistas ponemos mucho énfasis en los eventos del tiempo del fin, y el temor al tiempo del fin es un problema extremadamente común entre nosotros. Un profesor adventista de religión que enseña en uno de nuestros colegios de nivel medio encontró que el 50% de los estudiantes de sus clases de escatología temían tanto el futuro tiempo de tribulación ¡que preferían morir antes que pasar por él!

No puedo negar que la información que he compartido

con usted en este libro puede resultar sumamente amedrentadora. No tengo dudas de que algunos de los lectores de este libro han experimentado ese temor. Puede que algunos lo hayan abandonado sin terminar de leerlo; puede que otros incluso se hayan negado a leerlo.

Así que surge la pregunta: ¿Cómo deberíamos abordar estas cosas? ¿Cómo podemos manejar el temor?

Algunas personas resuelven el asunto negándose a hablar acerca de los eventos del tiempo del fin. Esto resulta comprensible en el caso de quienes fueron traumatizados durante su niñez por las conversaciones que escucharon acerca del tiempo del fin. No obstante, creo que es posible enfrentar el tiempo del fin sin temor. Eso es lo que me gustaría analizar con usted en este último capítulo.

La casa en llamas

Supongamos que sé que en algún momento del año próximo su casa arderá hasta los cimientos en medio de la noche. No sé la fecha exacta cuando eso ocurrirá, sólo que será en el lapso de los próximos doce meses.

¿Quisiera usted que yo le dijera lo que sé?

Creo que la mayoría de los lectores de este libro dirían que sí. Por atemorizante que fuera la información, preferirían conocerla con el fin de estar preparados. ¡La ignorancia al respecto podría costarles la vida!

Creo que Dios comprende nuestros sentimientos. No creo que se complace provocándonos temor innecesariamente. No obstante, fue él, no yo, quien dijo a su profeta Daniel hace 2.500 años que se aproxima un “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Dan. 12:1). Y fue Jesús mismo quien repitió las palabras de Daniel, añadiendo que “si ese tiempo no fuera acortado, nadie saldría con vida” (Mat. 24:22; versión *La Biblia [para] Latinoamérica*).

Por eso no me excuso por referirme en este libro a ese

tiempo de angustia.

Puede que algunos se sientan incómodos de que Elena de White diga tanto acerca de la crisis final y en un lenguaje tan explícito. Ella llegó a decir que “sucede muchas veces que los peligros que se esperan no resultan tan grandes como uno se los había imaginado; pero éste no es el caso respecto de la crisis que nos espera. La imaginación más fecunda no alcanza a darse cuenta de la magnitud de tan dolorosa prueba”.¹ ¿Estaba Elena de White tratando de asustar al pueblo de Dios con esta declaración? ¡Claro que no! Si el inminente tiempo de crisis ha de ser un gran peligro para nosotros, yo esperaría que Dios nos revelara continuamente más acerca de él, especialmente a medida que se aproxima.

Dios nunca se negó a advertir al mundo, y especialmente a su propio pueblo, acerca del aterrador futuro. En verdad, los que ignoran sus advertencias son quienes resultan aterrorizados. Tenemos al menos dos excelentes ejemplos bíblicos de esto.

Dios advirtió durante siglos a los israelitas acerca de las consecuencias de la rebelión. Tan atrás como en la época del éxodo, Moisés dedicó la mayor parte del capítulo 28 de Deuteronomio a las maldiciones que caerían sobre ellos por la desobediencia persistente. Ese capítulo no resulta una lectura placentera.

Las advertencias divinas se volvieron más frecuentes y más alarmantes a medida que la nación judía se hundía más y más en la apostasía. En tiempos del último profeta, Jeremías (quien finalmente vivió la destrucción de Jerusalén), las advertencias habían alcanzado un nivel crítico. Jeremías comunicó fielmente el mensaje de Dios, pero fue repetidamente acusado de socavar al gobierno. Fue encarcelado al menos una vez, y su vida corrió peligro en dos ocasiones (véanse los capítulos 37, 26, 38).

¡A la gente no le gustaba las malas noticias!

Sin embargo, Jeremías estaba en lo cierto, y el pueblo debería haber prestado atención a sus advertencias y haberse pre-

parado. Puesto que se rehusaron a ello, fueron aterrorizados por el desastre cuando éste ocurrió.

Varios meses antes de su arresto, juicio y ejecución, Jesús advirtió a sus discípulos acerca de lo que era inminente. Sin embargo, a causa del temor que sentían, decidieron ignorar la advertencia (véase Mat. 16:21, 22), y cuando lo inevitable finalmente ocurrió, quedaron abrumados. En verdad, ¡casi perdieron su fe! (véase Luc. 24:19-21; Juan 20:24, 25).

De allí que considero extremadamente importante que prestemos hoy cuidadosa atención a las advertencias que Dios nos ha dado acerca del tiempo del fin. Si esas advertencias nos atemorizan, deberíamos aprender a manejar nuestro temor antes que ignorar el mensaje.

La pregunta es: ¿Cómo lograr eso?

El consejo de Jesús para enfrentar el temor

Jesús enseñó una excelente lección acerca de cómo enfrentar el temor a los problemas. Cierta noche, se encontraba a hora avanzada con sus discípulos en el lago de Galilea cuando repentinamente “se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca” (Mat. 8:24). Los discípulos oprimieron el botón del pánico: “¡Señor!”, exclamaron: “¡Sálvanos! ¡Nos vamos a ahogar!”

Jesús, quien había estado durmiendo en la popa del bote, se puso de pie y dijo a sus discípulos: “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?” Entonces, dirigiendo el rostro hacia la tormenta, “reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza” (Mat. 8:23-26).

La respuesta de Jesús al temor de sus discípulos fue ¡fe!

Note que él no dijo: “¡Uau, eso fue algo terrible!”, ni: “¿Cómo pudo Dios permitir que semejante tormenta nos aterrizará?”, ni: “¡Nos salvamos de eso por un pelo!” Dijo simplemente: “¿Dónde estaba vuestra fe?”

Cualquiera de las otras respuestas habría justificado y esti-

mulado los temores de los discípulos. Pero Jesús los desafió a confiar en Dios frente al temor.

Debemos reconocer, por supuesto, que el temor es una respuesta humana muy normal frente al peligro. No necesitamos aprenderla. La llevamos dentro; nacemos programados para responder con temor ante las situaciones de peligro.

Si eso es cierto, ¿por qué reprendió Jesús a sus discípulos por su temor a la tormenta? Porque su temor se había convertido en pánico. Habría sido perfectamente apropiado que respondieran a ese temor sacando agua del bote, guiando la embarcación en medio de las olas, y orando. No fue apropiado que perdieran la cabeza. No fue apropiado que permitieran que su temor se apoderara de su razón y la controlara.

La respuesta apropiada ante la tormenta, dijo Jesús, era la fe: confiar en Dios en la más traumática emergencia.

¡Pero ésa es una orden muy difícil de cumplir! ¿Cómo podemos aprender a mantener la calma frente a situaciones dramáticas?

Una vida devocional consistente es, por cierto, el punto de partida para ello. Se ha escrito tanto acerca de esto que encuentro difícil agregar algo aquí, excepto por una cosa: Necesitamos una vida devocional sólida *cuando estamos en medio de la dificultad*.

Acostumbrándonos al temor

Todo lo que los seres humanos aprendemos a hacer bien requiere práctica.

No obstante, generalmente necesitamos un objeto o instrumento *con el cual* practicar. Por ejemplo: para poder interpretar hermosa música en el piano debemos primero tener acceso a un piano. Luego, tenemos que ejercitarnos sobre el teclado muchas veces con cada pieza que estamos aprendiendo hasta que podemos interpretarla sin cometer errores. Para cocinar una buena torta, necesitamos contar con una variedad de utensilios y artefactos de cocina. Luego tenemos

que utilizar esos elementos muchas veces hasta poder producir una torta perfecta. Para pintar una línea recta necesitamos pintura y un pincel. Después de muchas líneas torcidas, finalmente seremos capaces de pintar una recta.

Lo mismo ocurre en la vida espiritual. Dios no nos otorga la capacidad de ser valientes cuando estamos frente a las tormentas. Eso requiere práctica.

“De acuerdo, pero no existen para lograr eso herramientas o instrumentos como los que hay para aprender a tocar el piano, a cocinar una torta o a pintar una línea recta”, dirá usted tal vez. ¿Cómo podemos entrenarnos para tener fe sin herramientas con las cuales practicar?

¡Oh, pero existen herramientas para entrenarnos en la fe! Son lo que llamamos las *pequeñas* dificultades de la vida. Al usar cada dificultad como una oportunidad para desarrollar nuestra fe en Dios llegaremos finalmente al punto en que podremos confiar completamente en él aún frente a la mayor tormenta.

Hace algunos años, cuando yo estaba atravesando una situación particularmente difícil, un amigo me dijo: “Marvin, una dificultad nos es otra cosa que una oportunidad peligrosa”.

¡Me gusta eso!

La oportunidad es la ocasión de fortalecer nuestra fe. El peligro radica en que podemos emplear mal la dificultad y finalmente debilitar nuestra fe.

Hay muchas maneras de utilizar mal una dificultad. Una de ellas es responsabilizar a Dios por la dificultad: “¿Por qué permitiste que esto me ocurriera?” Otra es culparnos a nosotros mismos: “¡Soy tan estúpido por haberme metido en este lío!” Otra manera es culpar a los demás: “¿Por qué están todos contra mí?” E incluso otra manera es la autoocomiseración: “¡Pobre de mí!” Algunas personas se enojan mucho cuando las dificultades aparecen en su camino: “¡Voy a hacer rodar algunas cabezas por aquí!” Otros dejan todo y huyen, como los discípulos cuando Jesús fue arrestado en el Getsemaní.

La respuesta que da la fe a las dificultades es la confianza en Dios. Esta nos mantiene serenos en medio de la tormenta. Mantiene nuestras emociones, especialmente la ira, bajo el control de la razón. Pedro dijo: “En lo cual [la resurrección de Cristo] vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe... sea hallada en alabanza, gloria y honra [la *New International Version* (Versión Internacional de la Biblia, en idioma inglés) usada aquí por el autor, traduce: “demuestre ser genuina”] cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Ped. 1:6, 7; la cursiva es mía).

Pero la respuesta de fe ante las pruebas requiere práctica. No surge en forma natural.

Recuerde que usted y yo estaremos practicando un tipo de respuesta cada vez que enfrentemos una dificultad. Si nos enojamos, culpamos a otros o nos compadecemos de nosotros mismos, estamos practicando para dar esa misma respuesta ante la próxima dificultad. Si perdemos la cabeza, ésa es la respuesta que estamos practicando para el futuro. Algunas personas se sienten muy “cómodas” con esas respuestas inadecuadas. Cuando esas respuestas se vuelven habituales, puede decirse que hemos desarrollado un defecto de carácter.

Si, por otra parte, aprendemos a confiar en Dios frente a cada dificultad, habremos desarrollado nuestra firmeza de carácter. Entonces, cuando la crisis final nos confronte, estaremos preparados para ello. Recuerde que en el libro *Palabras de vida del gran Maestro*, Elena de White inició su declaración acerca de la crisis final con las palabras: “Es en la crisis cuando se revela el carácter”. Allí ella dice que algunas de las vírgenes estaban preparadas para la emergencia, y otras no. Entonces comenta: “Una calamidad repentina e inesperada, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios” (p. 339; la cursiva es mía).

La cuestión primaria durante la crisis final será nuestra ca-

pacidad para confiar en Dios. No podemos desarrollar esa capacidad plenamente en el instante mismo cuando la crisis se presente. He allí la razón por la que las vírgenes insensatas estaban —y estarán— desprevenidas.

Estoy seguro de que habrá varios grados de preparación. Algunos tendrán una fuerte preparación, mientras que otros contarán con una preparación adecuada pero mínima. No obstante, nadie podrá pasar por la crisis final sin haber hecho antes una preparación de algún tipo y en alguna medida.

Esto significa que hoy, mañana y pasado, cualesquiera sean las crisis que aparezcan en nuestro camino, debemos decidir que no culparemos a Dios, a nosotros, ni a ningún otro, sino que aprovecharemos esas dificultades como herramientas para producir la fe que necesitaremos cuando el peor tiempo de angustia que el mundo haya conocido se precipite sobre nosotros con fuerza arrolladora.

Cómo hablar a los niños acerca de la crisis final

Todavía puede recordar el día cuando oí por primera vez acerca del tiempo de angustia. Tenía probablemente seis o siete años, y mi madre nos leyó acerca de ello a mi hermana y a mí de *El conflicto de los siglos*.

Yo me puse a llorar.

Mi madre me consoló con la seguridad de que Jesús protegerá a su pueblo, y estoy seguro de que eso me ayudó. Pero aún recuerdo que estaba muy asustado.

Uno de los mayores desafíos que enfrentan los padres adventistas en esta era de la historia terrenal tiene que ver con cuándo y cómo hablar a sus hijos acerca del inminente tiempo de angustia. Es también un desafío que enfrentan los pastores, docentes y toda otra persona que pueda hablar a los niños acerca del tiempo del fin.

Puesto que he realizado un estudio profundo acerca del tiempo del fin durante los últimos años, muchos me han pre-

guntado cómo hablar a sus niños acerca del tiempo de angustia sin provocarles temor. Y mi respuesta es muy simple: No creo que eso sea posible.

Dios creó la mente humana de tal manera que sienta temor ante el peligro. Si usted estuviera en medio de la selva una noche tenebrosa y escuchara un fuerte rugido a quince metros de una de las márgenes del camino, sentiría temor. No podría ni querría detener el temor, ya que éste lo motivaría a ponerse a salvo corriendo. Esa es la razón por la que Dios puso en nuestra mente la capacidad de sentir temor, y ésa es la razón por la que hizo que ese mecanismo sea instintivo; una respuesta automática que no requiere reflexión.

Aun durante el tiempo del fin, creo que deberíamos hacer todo lo posible para protegernos cuando estemos en peligro. Jesús aconsejó a sus discípulos: "Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra" (Mat. 10:23). Eso es usar el temor normal de una manera apropiada.

Sin embargo, existe una diferencia entre el temor normal y el pánico. El primero está bajo el control de la razón. Pero cuando somos presa del pánico, la razón pierde el control, y nuestro comportamiento está totalmente bajo el dominio de nuestro temor.

Hay un cierto nivel de temor normal asociado con nuestra expectación respecto del tiempo de angustia, y no deberíamos dejar de reconocer esto cuando hablamos con nuestros niños al respecto. En verdad, una de las mejores cosas que podemos hacer es permitir que nuestros pequeños expresen su muy normal temor y guiarlos luego a confiar en Jesús. Esta confianza no suprimirá, ni debería hacerlo, su temor normal, pero les ayudará a mantener ese temor bajo el control de la razón.

¿A qué edad deberíamos hablar a los niños acerca de estas cosas? Creo que deberíamos hablar a los niños muy pequeños acerca de los gozos asociados con el regreso de Jesús y no del tiempo de angustia. Cuando comencemos a hablarles acerca de

la crisis venidera, nuestros comentarios deberían ser siempre breves y simples, sin muchos detalles. A los seis años de edad, la mayoría de los niños pueden probablemente manejar esta clase de explicación. A medida que crezcan, podemos ir explicando las cosas con más detenimiento, de manera progresiva, para que cuando sean adolescentes tengan una idea bastante clara de lo que ocurrirá en el futuro próximo.

Puede ser que algunos padres piensen que esto es decir demasiado y demasiado pronto. Sin embargo, si sus hijos no aprenden estas cosas de usted, es casi seguro que las escucharán de alguna otra persona cuya explicación puede no ser tan atinada como la que usted podría darles. Si quiere asegurarse de ser el primero en hablar a sus hijos acerca de la crisis del tiempo del fin, debería hacerlo antes de que oigan de ella de labios de otras personas.

Creo que los preadolescentes son capaces de manejar esta información si les es presentada de manera conveniente. Hace varios años tuve el privilegio de hablar acerca del tiempo del fin durante varios días en un congreso campestre celebrado en Mountain View, en el oeste de Virginia. Durante la serie de conferencias, el director del departamento juvenil de la escuela sabática me preguntó si hablaría del tiempo del fin a sus muchachos. Dije que sí, aunque con cierta preocupación. Pero quedé asombrado. Después de presentar de manera más bien simple los eventos finales de la historia de la tierra, esos preadolescentes me acribillaron con las mismas preguntas que los adultos hacen. Las cuestiones que plantearon fueron profundas. ¡Y no se detenían! Hablé durante una hora, y esos muchachitos aún querían saber más. ¡Finalmente, tuve que terminar la reunión yo mismo!

Una de las preguntas que los niños hicieron fue cómo esperar el tiempo del fin sin sentir temor. Y les dije con franqueza que eso no es posible. Pero entonces expliqué que debemos aprender a confiar en Jesús, quien será nuestro guardián duran-

te el tiempo del fin.

La siguiente carta fue dirigida al editor de la revista *Review and Herald* [equivalente de la *Revista Adventista* en inglés] algunos años atrás en respuesta a una edición especial acerca del segundo advenimiento de Cristo:

“He pasado años tratando de neutralizar temores y horrores que han llegado a estar asociados con la segunda venida. Los adultos de la generación de mis padres aún hoy sienten aprehensión cuando hablan del conservadorismo del presidente Bush o de los cambiantes acontecimientos ocurridos en la ex Unión Soviética. Si la venida de Cristo es un evento emocionante, ¿por qué se centra la atención de manera tan insistente en los sucesos terroríficos del ‘tiempo de angustia’? Eso sólo me hace temer los días finales y sentirme culpable por ello.

“Como madre de dos hijos pequeños, he tomado la firme determinación de compartir los aspectos estimulantes e increíblemente maravillosos de Jesús, del cielo y de la segunda venida. La preocupación y la ansiedad se desarrollarán naturalmente en ellos a medida que crezcan en un mundo tan problemático como éste. Mi otra meta es impartir a mis hijos confianza en nuestro Padre celestial. Ellos necesitan saber que él nos cuida y nos guía, y que sólo deberíamos ocuparnos de un día a la vez.

“Debo preguntarme a mí misma: ¿Qué enseñaría Jesús a nuestros hijos acerca de su segundo advenimiento y cómo lo haría? ¿Se centraría él en la persecución, en la muerte y en cosas horribles, o querría que ellos supieran acerca de las alegrías que su segunda venida significarán para ellos personalmente? Elijo esto último. Quiero que este evento sólo evoque en ellos sentimientos de expectación y visiones de felicidad, no de terror e inseguridad. Quiero que mis hijos crezcan hasta convertirse en adultos capaces de acariciar el pensamiento del retorno de Cristo, no de rehuirlo”.²

Me gusta eso. Daría la impresión de que los hijitos de esa madre eran niños de edad preescolar cuando ella escribió esa carta. Esa es precisamente la edad cuando los niños necesitan que se les hable acerca de los gozos del regreso de Jesús, del cielo y de la vida eterna, y no del difícil tiempo anterior a estas cosas. También me gusta su idea de enseñar a los niños a confiar en Jesús, quien “nos cuida y nos guía”. Me gusta su comentario acerca de que “deberíamos ocuparnos de un día a la vez”. La única advertencia que yo haría a esta madre (y a otras como ella) es que no debería pensar que podrá impedir indefinidamente que sus hijos sepan acerca del tiempo del fin, ni debería querer eso. Dios nos reveló algo acerca de cómo será ese tiempo porque quiere que lo sepamos con el propósito de prepararnos. Los cristianos adultos necesitan tener una comprensión madura acerca de ese tiempo y de cómo afrontarlo mediante la confianza en Jesús, pero no pueden desarrollar esa confianza si se les impide saber acerca de ello para evitar que tengan miedo.

Incluso quienes no son padres deben ser cuidadosos. Por ejemplo, si usted es uno de esos adventistas que gusta de reunirse con otros los viernes al atardecer o los sábados de tarde (o en cualquier otro momento) para mantener prolongados diálogos teológicos, debe tener cuidado con lo que dice acerca del tiempo del fin si hay niños presentes. Si hay niños de edad preescolar rondando por allí, usted no debería hablar acerca del tiempo de angustia. En presencia de niños mayores, adapte su conversación a la edad de ellos, y destaque siempre la confianza en Dios.

Mirar el otro lado

Cierta vez escuché una historia acerca de una mujer que hizo montones de bordados. Cierto día la visitó una amiga que comenzó a quejarse por todas las dificultades que estaba padeciendo. La dueña de casa le mostró entonces el reverso del bordado y le preguntó si no creía que era una hermosa obra de arte.

Su amiga dijo: “¡No, es horrible!” Aquella dio vuelta entonces el bastidor y mostró a su amiga la cara principal del bordado. *Era* algo verdaderamente hermoso.

Es fácil ver en esta vida el tiempo difícil desde el reverso. Dios nos lo ha mostrado porque necesitamos saber acerca de él. Pero me siento feliz de que él también nos ha dado vislumbres de la parte principal. Me gustaría concluir este capítulo —y este libro— con una hermosa descripción tomada del Apocalipsis y que muestra al pueblo de Dios en el cielo *después* del tiempo de tribulación:

“Ví también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (Apoc. 15:2-4).

Esta vívida descripción nos da una pálida vislumbre de los gozos indescriptibles del cielo. Pero note que quienes alaban a Dios tan gozosamente pueden hacerlo porque han alcanzado “la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre”. Quienes entonen este cántico en el cielo algún día serán los que han aprendido sobre esta tierra a confiar en Jesús durante la más traumática prueba que los cristianos alguna vez hayan enfrentado. Por eso serán capaces de cantar entonces con tanta alegría.

Quiero formar parte de ese grupo. ¿Y usted?

Referencias

¹ *El conflicto de los siglos*, p. 680.

² *Adventist Review*, 27 de febrero de 1992, p. 2.

Reflexiones acerca del fin del tiempo de gracia

En este apéndice me gustaría presentarle algunos pensamientos acerca del fin del tiempo de gracia que pueden resultarle novedosos. Mucho de lo que compartiré con usted estará respaldado muy explícitamente por la evidencia inspirada, pero en algunos casos mis conclusiones serán una interpretación de esa evidencia.

En este apéndice utilizaré la expresión *fin del tiempo de gracia* de distintas maneras y esto podría fácilmente prestarse a confusión. Para evitar eso, me será necesario definir exactamente lo que quiero decir cuando empleo esa expresión.

Los adventistas hemos interpretado tradicionalmente el fin del tiempo de gracia como el momento cuando Jesús termina con su ministerio intercesor en el Santuario Celestial, después de lo cual el destino de cada ser humano quedará fijado para la eternidad. De allí en más, nadie que no haya aceptado a Jesús como su Salvador personal podrá salvarse. De ahora en adelante, cada vez que me refiera al fin del tiempo de gracia en este sentido lo haré mediante la expresión “el fin de la gracia para los seres humanos” o algo semejante. El siguiente diagrama,

que tal vez le resulte muy familiar, ilustra esta manera de pensar acerca del fin del tiempo de gracia.



Si bien es cierto que eso es a lo que los adventistas se refieren con mayor frecuencia cuando hablan del *fin del tiempo de gracia*, no es la única manera como usamos esa expresión. En este sentido, tanto este apéndice como el siguiente son simplemente una definición de algunas de esas otras maneras de usar la expresión “fin del tiempo de gracia”.

Tiempo de gracia individual y corporativo

Me parece útil distinguir entre el tiempo de gracia individual y el grupal o corporativo. En la siguiente declaración, Elena de White se refiere a ambos:

“Durante cierto tiempo de gracia, él [Dios] tiene paciencia con las naciones, las ciudades y los individuos” (*Review and Herald*, 2 de mayo de 1893).

Si Dios concede “cierto tiempo de gracia” tanto a los individuos como a los grupos (naciones y ciudades), es lógico concluir que la gracia, tanto para los individuos como para los grupos, puede terminar. Examinemos más detenidamente la terminación de la gracia tanto individual como grupal, comenzando con la individual.

Tiempo de gracia individual

La gracia para los seres humanos en general no finaliza cada vez que una persona termina con su tiempo de gracia indivi-

dual. Por lo tanto, el fin del tiempo de gracia de un individuo es una cosa muy diferente del fin del tiempo de gracia para toda la humanidad.

Los individuos pueden poner fin a su tiempo de gracia personal en cualquiera de dos maneras. Actualmente, la más común es cuando una persona muere. Sin embargo, algunas personas también ponen fin a su tiempo de gracia cuando toman una decisión final e irrevocable a favor o en contra de Jesucristo y la salvación eterna. Cuando el tiempo de gracia de un individuo termina del lado de Dios, el carácter santo de esa persona es sellado y Dios le garantiza que ha de vivir eternamente en su reino. Cuando el tiempo de gracia de un individuo termina del lado de Satanás, su carácter impío queda sellado y se le garantiza la muerte eterna (llamamos a eso: el pecado contra el Espíritu Santo). Eso es lo que significa Apocalipsis 22:11: “El que es injusto, sea injusto todavía... y el que es justo, practique la justicia todavía”.

Mientras dura el tiempo de gracia de una persona, ésta está en libertad de pasar del lado de Dios al de Satanás y viceversa. Pero cuando el tiempo de gracia de un individuo llega a su fin, esa persona ya no puede pasar de un lado a otro.

Tiempo de gracia grupal

Elena de White dice que Dios también concede un tiempo de gracia a las naciones y ciudades. Por lo tanto, el tiempo de gracia de los grupos humanos también puede terminar. De aquí en más, cuando me refiera al fin del tiempo de gracia de un grupo utilizaré la expresión “fin del tiempo de gracia corporativo”. El tiempo de gracia corporativo puede terminar de dos maneras. Primero, cuando termina el tiempo de gracia individual de cada miembro del grupo. La otra posibilidad es que el tiempo de gracia de un grupo termine aun cuando no haya terminado el tiempo de gracia de la mayoría de sus integrantes. Esta distinción es tan importante para el estudio que realizare-

mos tanto en este apéndice como en el siguiente, que me gustaría repetirlo para usted:

- El tiempo de gracia de un grupo puede terminar cuando termina el tiempo de gracia de todos sus integrantes.
- El tiempo de gracia de un grupo puede terminar aun cuando no haya terminado el tiempo de gracia de la mayoría de sus integrantes.

Me gustaría dirigir la atención de usted a varios ejemplos de cada caso. Comenzaremos con ejemplos de grupos cuyo tiempo de gracia terminó cuando concluyó el tiempo de gracia de todos sus integrantes.

Cuando concluye el tiempo de gracia de todos los individuos. El caso más notable de esto es sin duda el diluvio de Noé. Quienes se negaron a entrar en el arca en respuesta a la última apelación de Noé pusieron fin a su tiempo de gracia individual. El tiempo de gracia corporativo o grupal del mundo entero llegó a su fin cuando un ángel cerró la puerta del arca.¹ Entonces vino el diluvio. Lo mismo ocurrió en ocasión de la destrucción de Sodoma y Gomorra. Cuando cada habitante de esas ciudades, excepto Lot, su esposa y sus dos hijas, pusieron fin a su tiempo de gracia individual, llegó a su fin el tiempo de gracia corporativo de ambas ciudades, y entonces cayó el fuego.

Elena de White nos da un ejemplo más de la terminación del tiempo de gracia de un grupo cuyos integrantes habían puesto fin a sus respectivos tiempos individuales de gracia: la nación amorrea.

“[Dios] concede a las naciones cierto período de gracia, y les da evidencias de cuáles son sus requerimientos... [Pero] cuando la iniquidad llega al extremo, como en el caso de los amorreos, Dios interviene, y sus juicios ya no son refrenados” (*The Youth's Instructor* [El Instructor de la Juventud], 1º de febrero de 1894).

Esta clase de finalización del tiempo de gracia corporativo

—cuando termina el tiempo de gracia de cada integrante del grupo— es lo que ocurrirá también cuando termine el tiempo de gracia inmediatamente antes del derramamiento de las últimas siete plagas.

Cuando termina el tiempo de gracia corporativo sin que haya terminado el tiempo de gracia individual. También es posible que termine el tiempo de gracia corporativo mientras el tiempo de gracia individual de sus integrantes sigue vigente. Probablemente el mejor ejemplo de ello lo constituye la nación judía. Cuando los dirigentes judíos rechazaron la última apelación de Esteban ante el Sanedrín, los judíos pusieron fin al tiempo de gracia de su nación. De allí en adelante, dejaron de ser el pueblo elegido de Dios, *aunque los judíos podían aún ser salvos como individuos.*

Este concepto del fin del tiempo de gracia corporativo, como en el caso de una nación, mientras permanece vigente el tiempo de gracia de los individuos que integran esa nación, será de suma importancia para el análisis que haremos luego en este apéndice.

Elena de White nos informa acerca de por lo menos un caso futuro en el que el tiempo de gracia de una nación llegará a su fin aunque el tiempo de gracia individual de sus ciudadanos permanezca vigente. En tal sentido, ella dice lo siguiente acerca de los Estados Unidos de Norteamérica:

“Así como la proximidad de los ejércitos romanos fue para los individuos una señal de la destrucción inminente de Jerusalén, esta apostasía [una ley dominical nacional] puede ser para nosotros una señal de que se ha llegado al límite de la tolerancia divina, que nuestra nación ha llenado la medida de su iniquidad, y que el ángel de la misericordia está por alejarse para no volver” (*Testimonies for the Church*, t. 5, p. 451).

La expresión *ha llenado la medida de su iniquidad*, de acuerdo con la interpretación que los adventistas hacen usualmente de

ella, significa que el individuo o grupo al que se aplica ha alcanzado un punto en el que su tiempo de gracia está a punto de ser cerrado. Esto es confirmado por lo que Elena de White dice luego: “El ángel de la misericordia está por alejarse para no volver”. No obstante, los adventistas han entendido durante los últimos ciento cincuenta años que al promulgarse esa ley dominical ya habrá comenzado a darse la advertencia final. Muchas personas se unirán a nosotros después de eso. Obviamente, el tiempo de gracia de los habitantes individuales de Norteamérica permanecerá abierto después de que el tiempo de gracia corporativo de la nación haya terminado.

Los juicios vienen a continuación del fin del tiempo de gracia

Una de las implicaciones más significativas del fin del tiempo corporativo de gracia es que ello deja abierto el camino para que caigan los juicios de Dios. Vemos ejemplos bíblicos de esto en la destrucción de ciudades (Sodoma y Gomorra), naciones (los amorreos y los judíos) y el mundo entero (el diluvio). En cada uno de esos casos, los juicios se desencadenaron inmediatamente después de que concluyera el tiempo de gracia corporativo del grupo.

En el caso de los antediluvianos, de los habitantes de Sodoma y Gomorra, y de los amorreos, los juicios de Dios destruyeron a los pueblos mismos, ya que la población entera había concluido sus tiempos individuales de gracia. Por otra parte, los judíos siguieron existiendo como raza, porque el pueblo como un todo no había cerrado sus tiempos individuales de gracia. Por lo tanto, sólo fue destruido su gobierno nacional.

Elena de White sugiere que, en el caso de los Estados Unidos, los juicios divinos también ocurrirán tras concluir el tiempo de gracia corporativo de esa nación, aunque el gobierno nacional seguirá probablemente funcionando:²

“Cuando el estado haga uso de su poder para poner en vigor los decretos y sostener las instituciones de la iglesia, entonces la protestante Norteamérica habrá formado una imagen del papado y habrá una apostasía nacional que sólo concluirá en la ruina nacional” (*Comentario bíblico adventista*, t. 7, p. 987).

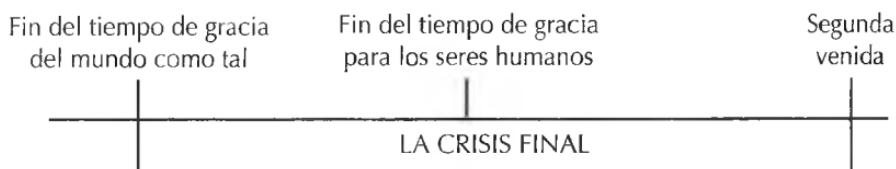
La historia de la destrucción de Sodoma y Gomorra nos da una pista interesante para saber cómo determina Dios cuándo debe ejecutar sus juicios. Mientras Abraham intercedía por las ciudades de la planicie, preguntó a Dios si derramaría sus terribles juicios en caso de que hubiera cincuenta personas justas en la ciudad. Dios dijo que no. Abraham redujo entonces la cifra a cuarenta y cinco, luego a cuarenta, treinta, veinte y diez. Dios dijo que no destruiría las ciudades aun en el caso de que sólo hubiera diez almas justas en ellas. Desafortunadamente, sólo había cuatro, y *Dios las rescató de la devastación antes de que ésta ocurriera*. Encontramos el mismo modelo de actuación en el caso del diluvio. Sólo ocho personas fueron encontradas fieles, y Dios las salvó del diluvio por medio del arca.

Esto nos enseña que Dios es extremadamente paciente con los seres humanos pecadores. El no pondrá fin a nuestro tiempo de gracia corporativo, sea cual fuere el grupo al que pertenezcamos, hasta que la rebelión sea prácticamente universal. Y creo que él es igualmente paciente con los individuos. ¡Esas son las buenas nuevas acerca del fin del tiempo de gracia!

El fin del tiempo de gracia del mundo como un todo

Apliquemos ahora lo que hemos aprendido hasta aquí en este capítulo al futuro del mundo como un todo. Creo que pronto llegará el momento cuando termine el tiempo de gracia del mundo como un todo, así como ocurrió con la nación judía. Esto dejará el camino abierto para que los más terribles desastres naturales —los juicios divinos de advertencia— caigan

sobre la tierra. No obstante, estos desastres no marcarán el cierre definitivo del tiempo de gracia de todos los seres humanos. En lugar de ello, esos eventos pondrán en movimiento la advertencia final. El tiempo de gracia individual permanecerá abierto de una manera general durante cierto tiempo, dando así a los individuos la oportunidad de responder a la advertencia final. Hemos visto el siguiente diagrama varias veces en este libro. Es tiempo de agregarle otro elemento:



Creo que cuando la crisis final se desate sobre el mundo, el tiempo de gracia del mundo como tal, en su conjunto, habrá terminado. Esto dejará el camino abierto para que caigan los terribles juicios de Dios acerca de los cuales hemos estado hablando, los cuales advertirán al mundo de que se acerca el fin del tiempo de gracia para la humanidad.

El fin del tiempo de gracia y la demora

Cuando Jesús pronunció su famoso sermón acerca de las señales del fin (véase Mat. 24, Mar. 13 y Luc. 21), combinó su descripción de la destrucción de Jerusalén con su descripción del fin del mundo. Al hacer eso, hizo de la destrucción de Jerusalén y de los eventos conducentes a ella un tipo o modelo del fin del mundo. La mayoría de los adventistas están de acuerdo en que éste es un principio válido para interpretar la profecía de Jesús,³ así que comparemos la destrucción de Jerusalén (el tipo o modelo) con el fin del mundo (el antítipo). Llamaré especialmente la atención a la demora en la implementación de la destrucción de Jerusalén y sus implicaciones para nuestro pro-

pio tiempo. Creo que es seguro dar por sentado que cuando los judíos agotaron su tiempo de gracia como nación, los juicios de Dios podrían haberse desencadenado inmediatamente; tan pronto como al día siguiente, y ciertamente en el lapso de unos pocos meses. Sin embargo, Dios decidió aplazar esos juicios durante casi cuarenta años, y por una muy buena razón. Si él hubiera ejecutado sus juicios contra Jerusalén y Judea inmediatamente, habría destruido el plantío en el que su naciente iglesia necesitaba madurar. Pero tan pronto como el evangelio había echado raíces suficientemente profundas en Asia Menor⁴ y Europa para que su iglesia pudiera sobrevivir a la destrucción de su cuna, los juicios destructivos de Dios comenzaron a caer sobre la nación judía.

Puesto que la destrucción de Jerusalén y los eventos que condujeron a ella son un tipo del segundo advenimiento de Cristo y de los eventos que conducen a ello, ¿podemos abrigar la expectativa de que Dios también retardará la implementación de sus juicios destructivos en nuestros días? Apocalipsis 7:1-4 sugiere que ése será en verdad el caso:

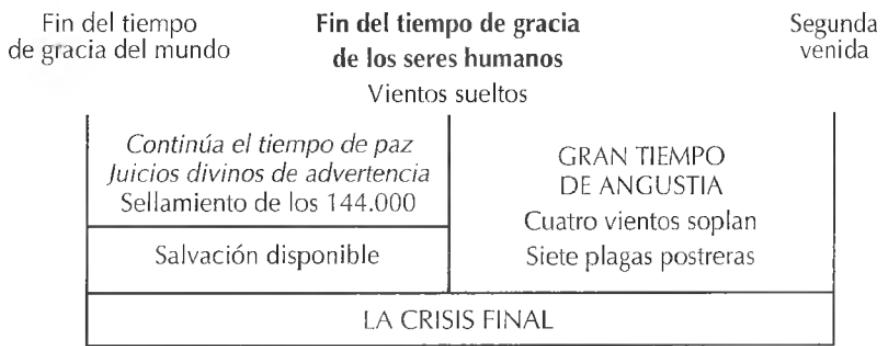
“Después de esto vi a cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra, que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hallamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel”.

Note que el tiempo de que los juicios destructivos de Dios caigan sobre la tierra para dañar la tierra, el mar y los árboles claramente ha llegado. Creo que eso significa que el tiempo de

gracia corporativo del mundo ha expirado, y ha sido abierto el camino para que caigan los juicios destructivos de Dios. Sin embargo, un ángel proveniente del cielo vuela raudamente hacia la tierra y demanda una postergación en la implementación del plan. Esto se parece mucho a la demora ocurrida en la implementación de los juicios destructivos contra la nación judía. Y así como había una razón para la postergación de la destrucción de la nación judía, también habrá una razón para la postergación de los juicios destructivos de Dios al final de la historia del mundo: los 144.000 necesitan tiempo para ser sellados.

Los adventistas hemos enseñado tradicionalmente que los cuatro vientos serán liberados cuando expire el tiempo de gracia humano, y hemos identificado la acción destructiva de esos vientos sobre la tierra, el mar y los árboles como las siete últimas plagas que serán derramadas después del fin del tiempo de gracia. Veremos a continuación cómo luce esa interpretación de los cuatro vientos en forma de diagrama. Preste especial atención a los elementos del diagrama que aparecen sombreados y note dónde están ubicados en relación con los que aparecen destacados en negrita y en cursiva:

LA TRADICIONAL INTERPRETACIÓN ADVENTISTA DE LOS CUATRO VIENTOS



**Comienza
la crisis final**

Note que en este diagrama, los cuatro vientos son puestos en libertad cuando termina el tiempo de gracia humano. Pero esta manera de bosquejar esos eventos presenta un problema. Los juicios divinos previos al fin del tiempo de gracia de la humanidad y descritos por Elena de White son extremadamente severos, lo cual hace difícil pensar que ese período pueda ser un tiempo de paz y calma como el requerido por el ángel celestial durante la demora. Por lo tanto, me gustaría que usted considere la posibilidad de que los cuatro ángeles soltarán los cuatro vientos poco antes de que termine el tiempo de gracia, y la demora debe ocurrir antes de eso. Puesto que esta idea es un poco compleja, es probable que usted desee dedicar unos momentos a examinar el diagrama que aparece a continuación. Compare los elementos sombreados de este diagrama con los mismos elementos del diagrama anterior. Note especialmente la relación de esos elementos con el fin del tiempo de gracia humano y con el inicio de la crisis final, que aparecen destacados en negrita y en cursiva en ambos diagramas:

INTERPRETACIÓN REVISADA DE LOS CUATRO VIENTOS

Fin del tiempo de gracia del mundo	Vientos soltados (en libertad)	Fin del tiempo de gracia de los seres humanos	Segunda venida
<i>Tiempo de paz</i> Los 144.000 sellados	<i>Juicios divinos de advertencia</i>	TIEMPO DE ANGUSTIA Juicios divinos punitivos Siete últimas plagas	
<i>Salvación disponible</i>			
			LA CRISIS FINAL Cuatro vientos soplan
Comienza la crisis final			

De acuerdo con este diagrama, la acción de los cuatro vientos se refiere a los juicios destructivos de Dios que ocurrirán durante todo el período de la crisis final, tanto antes como después del fin del tiempo de gracia humano.

Quiero concluir este análisis acerca del fin del tiempo de gracia diciendo que mi propósito al expresar estas ideas es que usted las considere cuidadosamente, y no que sirvan para el debate o la argumentación. Son algo tentativo, una sugerencia, especialmente en el caso del diagrama anterior.

Referencias

¹ Algunos probablemente tomaron su decisión final mucho antes de que el ángel cerrara la puerta.

² La profecía bíblica sugiere que la segunda bestia de Apocalipsis 13, que los adventistas han identificado históricamente como el gobierno de los Estados Unidos, no será destruida hasta el segundo advenimiento de Cristo (véase Apoc. 19:19, 20; una comparación del vers. 20 con Apoc. 13:13 muestra que el falso profeta y la segunda bestia de Apoc. 13 son lo mismo).

³ He aquí la evidencia inspirada para tales conclusiones: "Las escenas que ocurrieron en la destrucción de Jerusalén se repetirán en el día grande y terrible del Señor, pero de una manera más tremenda" (*Mensajes selectos*, t. 3, p. 477).

⁴ La región bíblica de Asia Menor corresponde aproximadamente a lo que hoy es Turquía.

Preguntas acerca de una cita del libro Palabras de vida del gran Maestro

En este apéndice deseo espaciarme en dos preguntas que me fueron hechas en relación con la declaración de Elena de White que aparece en la página 339 de su libro *Palabras de vida del gran Maestro* y que se refiere a “una calamidad repentina e inesperada”. Esta frase es la base del título de este libro —*La gran catástrofe*—, y una de esas dos preguntas está especialmente relacionada con el significado de ese título. Cité esa declaración de Elena de White en el capítulo 3, titulado “Los juicios inminentes de Dios”, pero es necesario que la leamos nuevamente antes de comenzar a analizarla:

“Es en la crisis cuando se revela el carácter. Cuando la voz fervorosa proclamó a medianoche: ‘¡He aquí, el esposo viene; salid a recibirle!’, y las vírgenes que dormían fueron despertadas de su sueño, se vio quien había hecho la preparación para el acontecimiento. Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación. Así tam-

bién hoy en día: *una calamidad repentina e inesperada*, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, demostrará si uno tiene verdadera fe en las promesas de Dios; mostrará si el alma es sostenida por la gracia. La gran prueba final vendrá a la terminación del tiempo de gracia, cuando será demasiado tarde para que la necesidad del alma sea suplida” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 339).

Analizaré dos cuestiones que surgen de esta declaración. Primero: Cuando Elena de White habló de “una calamidad repentina e inesperada”, ¿estaba prediciendo una calamidad que habrá de experimentar la iglesia entera en ocasión de la crisis final, o tenía en mente las calamidades individuales que pueden sobrevenir a cualquiera de nosotros en cualquier tiempo? Y segundo: Si ella tenía en mente una calamidad futura que será experimentada por la iglesia cristiana en su totalidad, ¿qué relación existe entre esa calamidad y el fin del tiempo de gracia?

La calamidad y la crisis final

En el presente libro he asumido la posición de que “una calamidad repentina e inesperada” se refiere a un desastre natural que alertará a todo el pueblo de Dios, simultáneamente alrededor del mundo, de que el segundo advenimiento de Cristo es inminente. Sin embargo, varias personas han cuestionado esto, algunas de ellas muy firmemente. Ellos entienden que Elena de White no se refiere a una calamidad futura, sino a cualquier calamidad que pueda ocurrirle a cualquier cristiano en cualquier tiempo. El siguiente diagrama ilustra estos asuntos de manera sucinta:

Posición A: Elena de White tenía en mente a los cristianos

- ☛ Individualmente
- ☛ En cualquier tiempo

Posición B: Elena de White tenía en mente a los cristianos

- Corporativamente: la iglesia en su totalidad
- Escatológicamente: en el tiempo del fin

Mi opinión es, obviamente, la segunda. Mi interpretación se debe en parte al hecho de que Elena de White utiliza la forma singular: “*una* calamidad”. Mientras que ella habla de calamidades múltiples en otros lugares, he asumido que aquí se refiere a la primera de esa serie de múltiples calamidades. De allí el título que elegí para este libro: *La gran catástrofe*.

Sin embargo, si Elena de White, al usar esa expresión, tenía en mente cualquier calamidad que pueda sobrevenir a cualquier cristiano en cualquier tiempo, el título de mi libro resulta injustificado. Sólo es válido si ella quiso que pensáramos en una calamidad que será experimentada por la iglesia cristiana entera en el tiempo del fin.

Quienes adoptan la posición de que ella se refería a los cristianos individuales en cualquier tiempo se remiten a la siguiente declaración de la *Review and Herald* del 17 de septiembre de 1895. Note que es muy semejante a la de *Palabras de vida del gran Maestro*:*

“El carácter se revela en la crisis. Cuando la voz fervorosa proclamó a medianoche: ‘¡Aquí viene el esposo; salid a recibirlle!’, las vírgenes que dormían se despertaron de su sueño, y se vio quiénes habían hecho la preparación para el acontecimiento. Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación. El carácter es revelado por las circunstancias. Las emergencias ponen de manifiesto el metal genuino del carácter. Alguna repentina e inesperada calamidad, desgracia o crisis, alguna enfermedad o angustia imprevista, algo que pone al alma cara a cara con la muerte, sacará a la luz la verdadera esencia del carácter. Se hará manifiesto si existe o no verdadera fe en las promesas de la Palabra de Dios. Se pondrá de manifiesto si el alma es

sostenida por la gracia o no, si hay aceite en el depósito de la lámpara”.

Resulta muy evidente que Elena de White se refiere en esta declaración a las calamidades *individuales* que pueden suceder a cualquiera de nosotros *en cualquier tiempo*. Ella habla de “desgracia o crisis, alguna enfermedad o angustia”. Por eso concuerdo plenamente con quienes afirman que Elena de White tiene en mente, en esta declaración, un amplio espectro de calamidades individuales que pueden ocurrir en cualquier momento, y no una calamidad singular, mundial, que da inicio a la crisis final. La pregunta es: ¿Quiere ella decir lo mismo cuando se refiere a “una calamidad repentina e inesperada” en *Palabras de vida del gran Maestro*?

La semejanza existente entre ambas declaraciones hace que resulte muy evidente el hecho de que ella transcribió, con leves modificaciones, la cita que aparece en la *Review and Herald* a su capítulo del libro *Palabras de vida del gran Maestro*. De esa manera, cuando iniciamos nuestro análisis de la cita que aparece en el libro, es razonable dar por sentado, al menos tentativamente, que ella se refirió a lo mismo en ambos lugares. No obstante, debemos otorgarle el derecho de expresar un pensamiento como el que aparece en el libro y que es diferente del que expresó en el artículo, particularmente en vista de que ella modificó el texto al incluirlo en el libro.

En verdad, existe una buena razón para creer que en *Palabras de vida del gran Maestro* ella tenía en mente la experiencia *corporativa* de la iglesia cristiana en un marco *escatológico*, y no las calamidades *individuales* que pueden ocurrir a cualquier persona *en cualquier momento*.

Para empezar, Elena de White no se limitó a transcribir el artículo entero de la *Review and Herald* para incluirlo con pequeñas modificaciones dentro de su libro. Los dos párrafos que hemos estado considerando son los únicos prácticamente iguales que aparecen en ese número de la *Review and Herald* y en

ese capítulo de *Palabras de vida del gran Maestro*. Y cuando comparamos ambos documentos, descubrimos que el capítulo del libro aplica la parábola de una manera significativamente diferente de como lo hace en el artículo de la revista. El artículo la aplica más al individuo en cualquier momento de la historia. El libro ve la parábola desde una perspectiva preponderantemente corporativa y escatológica.

Examinemos primeramente la manera como Elena de White maneja la parábola en el libro, y luego veremos cómo lo hace en el artículo.

La interpretación corporativa y escatológica de la parábola en *Palabras de vida del gran Maestro* se hace evidente casi desde el comienzo del capítulo. En la segunda página de ese capítulo, la autora dice que cuando Jesús narró la historia de las vírgenes a sus discípulos, estaba ejemplificando con ese suceso “la experiencia de la iglesia que vivirá precisamente antes de su segunda venida” (p. 336). Hay dos cosas que son importantes acerca de esta declaración. En primer lugar, Elena de White dice que examinará la parábola de las diez vírgenes por cuanto ella se aplica a la experiencia de la iglesia cristiana en su totalidad, no a la experiencia de los cristianos como individuos; y segundo, ella declara que examinará la parábola desde la perspectiva de la iglesia que existirá en el mundo “precisamente antes de su segunda venida [de Cristo]”. En otras palabras, ella se proponía aplicar la parábola *corporativa y escatológicamente*, no *individualmente y en cualquier tiempo o momento*.

El mismo pensamiento aparece expresado en la página 337:

“Todas las vírgenes salieron a recibir al esposo. Todas tenían lámparas y vasijas para aceite. Por un tiempo parecía no haber diferencia entre ellas. *Así ocurre con la iglesia que vive [ahora,] precisamente antes de la segunda venida de Cristo*” (la cursiva y el agregado son míos).

Elena de White aplica nuevamente la parábola a la expe-

riencia de la iglesia cristiana entera en el tiempo del fin: *corporativa y escatológicamente, no individualmente y en cualquier tiempo o momento.*

Ese es el contexto que precede a la declaración de *Palabras de vida del gran Maestro* acerca de la “calamidad repentina e inesperada”. Dediquemos un momento a examinar el contexto posterior, comenzando con el párrafo que aparece inmediatamente después de aquel que contiene la expresión:

“Las diez vírgenes están esperando en el atardecer de la historia de esta tierra. Todas aseveran ser cristianas. Todas han recibido un llamamiento, tienen un nombre y una lámpara; todas profesan estar realizando el servicio de Dios. Aparentemente todas esperan la aparición de Cristo. Pero cinco no están listas. Cinco quedarán sorprendidas y espantadas fuera de la sala del banquete” (pp. 339, 340).

Note nuevamente la aplicación que Elena de White hace de la parábola al tiempo del fin: Las diez vírgenes están esperando “en el atardecer de la historia de esta tierra”. Y note la aplicación corporativa: “Todas [las vírgenes] aseveran ser cristianas. Todas han recibido un llamamiento, tienen un nombre y una lámpara”, etc. La Sra. White continúa con esta aplicación corporativa y escatológica (referida al tiempo del fin) de la parábola a lo largo del resto del capítulo. Citaré apenas un par de ejemplos más acerca de ello para no cansarlo:

“La venida del esposo ocurrió a medianoche, es decir, en la hora más oscura. De la misma manera, la venida de Cristo ha de acontecer en el período más oscuro de la historia de esta tierra” (p. 341).

Esta declaración es claramente escatológica, algo totalmente ausente en el artículo de la *Review and Herald* del 17 de septiembre de 1895. La siguiente declaración es tanto escatológica como corporativa:

“En las noches [en el original inglés, esta expresión se encuentra en singular] de tinieblas espirituales, la gloria de Dios ha de brillar por medio de su iglesia, al levantar ésta a los quebrantados y consolar a los dolientes” (p. 143).

En un contexto diferente, la “noche de tinieblas espirituales” a la que Elena de White se refiere aquí podría aplicarse a más de un período de la historia de la tierra. Sin embargo, en el contexto del capítulo como un todo, se aplica claramente al período más oscuro de la historia de la tierra: las semanas y los meses que precederán inmediatamente a la segunda venida de Cristo. Y es la *iglesia* —el cuerpo colectivo, grupal, de los creyentes cristianos— quien ha de ministrar al mundo durante ese período.

Esa es la manera como Elena de White trata la parábola de las diez vírgenes en su libro *Palabras de vida del gran Maestro*. ¿Cómo lo hace en su artículo de la *Review and Herald*?

Así como ocurre con el capítulo del libro, el artículo íntegro es una interpretación de la parábola de las diez vírgenes. Sin embargo, desde el principio y hasta el fin, el artículo tiene la naturaleza de un consejo espiritual acerca de la sumisión y la transformación del carácter que resulta apropiado para los cristianos de cualquier tiempo. La autora no aplica la parábola en ninguna parte del artículo a la iglesia corporativa en los últimos días.

En el artículo se hace un uso abundante de los pronombres en plural: nosotros, ellos, etc. Pero el consejo parece especialmente relevante para la experiencia cristiana individual. He aquí un par de ejemplos de ello:

“Ellos [los cristianos semejantes a las vírgenes prudentes] entienden que el carácter del cristiano debería representar el carácter de Cristo, y estar lleno de gracia y verdad. A ellos es impartido el aceite de la gracia, que alimenta una luz que nunca declina”.

“Todos tenemos momentos de prueba. ¿Cómo nos conducimos cuando somos probados por Dios? ¿Se apagan nuestras lámparas o las mantenemos ardiendo? ¿Estamos preparados para toda emergencia en virtud de nuestra conexión con Aquél que es la plenitud de la gracia y de la verdad?”

No se hace aquí esfuerzo alguno por aplicar la parábola escatológicamente, o a la iglesia en su totalidad. Si bien los pronombres están en plural, el consejo de Elena de White es muy individual. Me parece especialmente significativo el hecho de que la segunda declaración se refiere a “momentos [o tiempos] de prueba”, pero es aplicable a todos los cristianos en cualquier tiempo de la historia. La autora no hace esfuerzo alguno por aplicar la parábola a la prueba escatológica final.

Otro punto para ser considerado es que la palabra *iglesia* aparece solamente una vez en todo el artículo de la *Review and Herald*, y su uso no sugiere en absoluto que la parábola en su totalidad sea interpretada en sentido corporativo. Ella dice:

“Ellas [las vírgenes insensatas] están unidas a quienes creen la verdad, y caminan con ellos, y tienen lámparas, las cuales representan un conocimiento de la verdad. Cuando hubo un reavivamiento en la *iglesia*, sus sentimientos fueron conmovidos; pero no hicieron provisión de aceite en sus vasijas porque no incorporaron los principios de la piedad a su vida diaria y a su carácter” (la cursiva es mía).

Resulta claro que en esta referencia hecha a la iglesia, Elena de White no está dejándonos una metáfora para la interpretación de la parábola como un todo. Note también que aunque Elena de White utiliza pronombres plurales, la aplicación que hace es especialmente relevante para la experiencia cristiana personal. Esto se aprecia a lo largo de todo el artículo.

Ahora que ya hemos examinado de manera abarcante el artículo de la *Review and Herald* y el capítulo de *Palabras de vida*

del *Gran Maestro*, necesitamos comparar los dos párrafos que se refieren a la “calamidad”. En ambos casos, Elena de White comienza el párrafo llamando la atención al hecho de que el carácter se pone de manifiesto en la crisis. Luego nos dice cuál fue la crisis en la vida de las diez vírgenes de la época de Cristo: el clamor de medianoche anunciando que el novio estaba en camino. He aquí cómo lo expresa ella en *Palabras de vida del gran Maestro* (la redacción del texto es casi idéntica a la del artículo de *Review and Herald*):

“Cuando la voz fervorosa proclamó a medianoche: ‘¡He aquí, el esposo viene; salid a recibirle!’, y las vírgenes que dormían fueron despertadas de su sueño, se vio quién había hecho la preparación para el acontecimiento. Ambas clases fueron tomadas desprevenidas; pero una estaba preparada para la emergencia, y la otra fue hallada sin preparación”.

El punto focal de estas declaraciones es el clamor de medianoche y la crisis que este hecho precipitó en la vida de las diez mujeres.

Note ahora las palabras que aparecen luego en *Palabras de vida del gran Maestro*: “Así también hoy en día”. Elena de White está por aplicar el momento de crisis ocurrido en la vida de las diez vírgenes a algún momento de crisis en la vida del pueblo de Dios de hoy.

¿Cuál es esa crisis?

En el artículo de la *Review and Herald* es “alguna... desgracia o crisis, alguna enfermedad o angustia imprevista”: la mayoría de las crisis cotidianas de cualquier cristiano en cualquier momento de la historia. Pero en *Palabras de vida del gran Maestro* es “la gran prueba final [que] viene a la terminación del tiempo de gracia”.

La “gran prueba final” de la que habla aquí Elena de White no puede ser apenas cualquier crisis en la vida de cualquier cristiano. Ella se está refiriendo a un momento muy específico en la

historia de la iglesia de Dios en la tierra: La crisis final que ocurrirá “a la terminación del tiempo de gracia” y que será experimentada simultáneamente por todo el pueblo de Dios en todas partes. Si usted duda de que esta crisis será de alcance mundial, ¡lea Apocalipsis 13! Y Elena de White dice que éste será el momento cuando el clamor de medianoche despertará a la iglesia dormida de Dios.

Sin embargo, la “gran prueba final” no es lo que despertará a las vírgenes, sino que éstas serán despertadas por una “calamidad repentina e inesperada”, y yo sugiero que la misma calamidad que habrá de despertarlas también desencadenará la crisis que probará nuestros caracteres.

Déjeme ahora hacerle una pregunta: ¿Qué clase de “calamidad repentina e inesperada” hará falta para despertar simultáneamente a todos los santos de Dios que están dormidos alrededor del mundo e introducirlos en la “gran prueba final”? Ciertamente, ninguno de los desastres naturales ocurridos en la tierra desde el diluvio ha hecho eso. Mi sugerencia es que una calamidad suficientemente poderosa como para despertar simultáneamente a todo el pueblo de Dios alrededor del mundo e introducirlo en la “gran prueba final” tendrá que ser de la magnitud que vimos previamente en este libro; tan terrible que pondrá en peligro la supervivencia de la humanidad entera. Ninguna otra cosa podría crear una crisis tal.

Es cierto que en ese tiempo ocurrirán muchas calamidades. Elena de White dice que ellas serán “de lo más favorosas, de lo más inesperadas”, y que “se seguirán la una a la otra” (*El evangelismo*, p. 24). También estoy seguro de que cada calamidad intensificará la lucha entre el pueblo de Dios y el mundo. Pero así como una mujer encinta es despertada de su sueño por los primeros dolores del parto, no por los últimos, seguramente la calamidad que despertará a la iglesia de Dios alrededor del mundo en el tiempo del fin será la primera, no la última. ¡La lógica exige que así sea!

Un punto que pienso que debemos reconocer es que la calamidad puede no ser un desastre natural: tal vez una guerra o un colapso financiero. Todas estas cosas ciertamente serán parte del escenario del tiempo del fin. Mi justificación para sugerir que puede ser un desastre natural es el contexto íntegro de este libro. Puesto que Elena de White y la Biblia dejan en claro que los desastres naturales crearán una crisis terrible en el mundo, me parece razonable entender la “calamidad repentina e inesperada” mencionada en *Palabras de vida del gran Maestro* también de esa manera.

También pienso que necesitamos considerar la posibilidad de que la “calamidad repentina e inesperada” mencionada por Elena de White podría referirse, aunque se encuentre en singular, a todas las calamidades de las que hemos estado hablando en este libro: a todo el período de la crisis final. No obstante, como lo señalé hace un momento, si el “tiempo de la calamidad” incluirá muchas calamidades, entonces tendrá que haber una que encabece la serie.

Esa es la razón por la que elegí para este libro el título: *La gran catástrofe*.

No obstante, después de haber dicho todo esto deseo agregar que respeto la opinión de quienes no están de acuerdo conmigo, quienes creen que la calamidad de la que habla Elena de White en la página 339 de *Palabras de vida del gran Maestro* no será un desastre natural de alcance mundial y que despierta a los santos durmientes de Dios en el tiempo del fin. Debe haber lugar para las diferencias amigables de opinión dentro del pueblo de Dios. ¡No vale la pena que peleemos acerca de este asunto!

Relación entre la calamidad y el fin del tiempo de gracia

La declaración de Elena de White según la cual “la gran prueba final viene a la terminación del tiempo de gracia” parece sugerir que la “calamidad repentina e inesperada” coincidirá con el fin del tiempo de gracia. Sin embargo, en este libro he

adoptado la posición de que aquella ocurrirá poco antes del fin del tiempo de gracia.

Debemos recordar que esta gran prueba final es lo que dividirá al mundo en dos grupos con el fin de que el tiempo de gracia pueda terminar. Por lo tanto, la prueba no puede ocurrir *en* el momento mismo cuando termine el tiempo de gracia en el sentido más absoluto. Debe ocurrir suficientemente antes del fin del tiempo de gracia como para que las personas puedan tomar su decisión en un sentido o en otro después de que la prueba acontezca. Por lo tanto, la declaración de Elena de White según la cual la prueba ocurrirá “a la terminación del tiempo de gracia” debe ser interpretada en un sentido general.

Si usted leyó el Apéndice A, ya sabe que entiendo el fin del tiempo de gracia de dos maneras: (1) como el momento cuando Cristo concluya su ministerio intercesor, y (2) como el breve período inmediatamente anterior a esa cesación (el tiempo del juicio de los seres humanos que estén vivos), durante el cual cesará el tiempo de gracia individual de todos los seres humanos. Creo que este período *posterior* fue el que Elena de White tuvo en mente cuando se refirió a la terminación del tiempo de gracia en su declaración acerca de la “calamidad repentina e inesperada”. Si todo esto le resulta un poco confuso, le recomiendo que lea el Apéndice A y luego lea lo que he dicho aquí.

Referencia

* Elena de White tomaba a menudo declaraciones suyas de escritos previos y las incluía en escritos posteriores, a veces textualmente, palabra por palabra, y otras veces con ligeras variaciones. En el caso de estas dos declaraciones, la que es cita de la *Review and Herald* es anterior a la otra, ya que data de 1895, mientras que el libro *Palabras de vida del gran Maestro* fue publicado en 1900.